



Franz  
**Kafka**  
La condena

Biblioteca Kafka

Lectulandia

Además del célebre relato que da título al volumen, aparecido por primera vez en 1913 en el anuario Arkadia y publicado como libro independiente en 1916, LA CONDENA recoge la gran mayoría de los libros y cuentos publicados por Franz Kafka en vida: *Contemplación* (1913), *Un médico rural* (1919) y *En la colonia penitenciaria* (1919). Completan el volumen *Conversación con el ebrio* y *Conversación con el suplicante*, fragmentos publicados en la revista Hyperion en 1909, los dos últimos relatos de Kafka *Una mujercita* y *Josefina la cantora*, el capítulo inicial de una novela nunca terminada (*Ricardo y Samuel*) escrita en colaboración con Max Brod, y tres breves *notas críticas*.

**Lectulandia**

Franz Kafka

# **La condena**

ePub r1.0

**mandius** 29.12.14

Título original: *Erzählungen und kleine Prosa*

Franz Kafka, 1972

Traducción: J. Rodolfo Wilcock

Editor digital: mandius

ePub base r1.2

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

# La condena

Era una mañana de domingo, en plena primavera Georg Bendemann, joven comerciante, estaba sentado en su dormitorio, en el primer piso de una de esas casas bajas y mal construidas que se elevaban a lo largo del río, que apenas se distinguían unas de otras por la altura y el color. Acababa de escribir una carta a un amigo de infancia que se encontraba en el extranjero, la cerró distraídamente y, apoyando los codos sobre el escritorio, contempló por la ventana el río, el puente y las colinas de la otra orilla, con su pálida vegetación.

Pensaba en su amigo, que algunos años antes, disconforme con las perspectivas que su patria le ofrecía, se había ido a Rusia. Ahora tenía un negocio en San Petersburgo, que al principio había prosperado bastante, pero que desde tiempo atrás parecía decaer, según se deducía de las quejas que su amigo, en sus visitas cada vez más espaciadas, formulaba insistentemente. Por lo tanto, sus esfuerzos en el extranjero eran inútiles; la exótica barba larga no había logrado transformar totalmente su rostro tan familiar desde la infancia, cuyo tinte amarillento parecía revelar alguna enfermedad latente. Según él decía, no tenía mayores relaciones con la colonia de compatriotas en aquella ciudad ni tampoco amistades entre las familias del lugar, de modo que su destino parecía ser una definitiva soltería.

¿Qué se podía escribir a una persona así, que evidentemente había errado de camino, y a quien se podía compadecer, pero no ayudar? ¿Aconsejarle acaso que volviera a su patria, que se transplantara nuevamente, que reanudara sus antiguas amistades —nada podía impedírselo— y se confiara en general a la benevolencia de sus amigos? Pero eso sólo hubiera significado decirle, y cuanto más amable, más ofensivamente, que todos sus esfuerzos habían sido vanos, que ya era hora de darse por vencido, que debía repatriarse y permitir que lo miraran eternamente como a un repatriado, con los ojos abiertos de asombro; que sólo sus amigos eran sensatos, que él era simplemente un niño adulto y que le convenía atenerse al consejo de sus amigos más afortunados porque no habían salido del país. ¿Y era acaso tan obvio que todos esos sufrimientos que se quería infligirle resultarían provechosos? Tal vez ni siquiera deseaba volver —él mismo decía que ya no estaba al corriente del estado de los negocios en su patria— y, por lo tanto, se quedaría en el extranjero a pesar de todo, amargado por los consejos, y cada vez más alejado de sus amigos. En cambio, si seguía estos consejos, y al llegar aquí se encontraba peor que antes —naturalmente, no por malicia, sino por la fuerza de las circunstancias—, no se sentía cómodo ni con sus amigos ni sin ellos, y en cambio se consideraba humillado, descubría de pronto que carecía tanto de patria como de amigos, ¿no sería mejor después de todo quedarse en el extranjero, como ahora? Considerando todas estas circunstancias, ¿se podía realmente dar por sentado que le convenía volver al país?

Por estos motivos, si uno deseaba mantener con él una relación epistolar, no podía impartirle noticias reales, ni siquiera las que se pueden comunicar sin temor a las más distantes relaciones. Ya hacía tres años que el amigo no venía al país, y se excusaba laboriosamente, alegando la inseguridad de la situación política en Rusia, que al

parecer no permitía ni la más breve ausencia de un pequeño comerciante, mientras cientos de miles de rusos se paseaban tranquilamente por el mundo. Sin embargo, durante el transcurso de esos tres años las cosas habían cambiado mucho para Georg. Hacía más o menos dos años que la madre de Georg había muerto, y desde entonces éste vivía con su padre; por supuesto, el amigo se enteró de la noticia y expresó sus condolencias mediante una carta, con tal sequedad que uno tenía forzosamente que deducir que la tristeza provocada por semejante pérdida era completamente incomprendible en el extranjero. Pero, desde esa época, Georg se había aplicado con mayor decisión a sus negocios, así como a todo lo demás. Tal vez la circunstancia de que su padre, mientras vivió su madre, sólo permitía que las cosas se hicieran como a él le parecía, le había impedido una verdadera y eficaz actividad. Pero después de dicha muerte, aunque todavía se ocupaba algo de los negocios, el padre se había vuelto menos tiránico. Tal vez —y esto era lo más probable— una racha sostenida de suerte lo había ayudado; pero era evidente que durante esos dos años los negocios habían mejorado inesperadamente; se habían visto obligados a duplicar el personal, las entradas se habían quintuplicado e, indudablemente, el futuro le reservaba nuevos éxitos.

Pero su amigo no sabía nada de estas transformaciones. En otros tiempos, quizá por última vez en su carta de condolencia, había tratado de persuadir a Georg para que se fuera a Rusia y le había descrito detalladamente las perspectivas comerciales que San Petersburgo le ofrecía. Las cifras eran infinitesimales en comparación con el volumen actual de los negocios de Georg. Pero éste no había sentido deseos de revelar sus éxitos a su amigo, y hacerlo ahora habría parecido realmente extraño.

Por lo tanto, Georg se limitaba en todos los casos a poner a su amigo al corriente de sucesos sin importancia, los que uno puede recordar una tranquila mañana de domingo y que el azar trae a la mente. Sólo quería que la imagen que durante este largo intervalo su amigo se había formado de su ciudad natal, y con la cual vivía conforme, no se modificaran. Y así ocurrió que Georg le anunció tres veces seguidas, en tres cartas bastante separadas entre sí, el compromiso de un hombre sin importancia con una joven igualmente sin importancia, hasta que el amigo, contra todas las previsiones de Georg, comenzó a interesarse por ese notable acontecimiento.

Georg prefería escribirle estas cosas en vez de confesarle que él mismo estaba comprometido, desde hacía algunos meses, con la señorita Frieda Brandenfeld, una joven de familia acomodada. A menudo hablaba de su amigo con su novia y de la curiosa relación epistolar que los unía.

—Entonces, no vendrá a nuestro casamiento —decía ella—, y, sin embargo, yo tengo el derecho de conocer a todos tus amigos.

—No quiero importunarla —contestaba Georg—; entiéndeme bien, él probablemente vendría, por lo menos así creo; pero se sentiría obligado e incómodo, tal vez me tendría envidia, y ciertamente se sentiría descontento e incapaz de hacer

nada para mitigar su descontento, y luego debería retornar solo a Rusia. Solo; ¿comprendes lo que eso significa?

—Sí, pero ¿no se enterará por otros medios de nuestra boda?

—No puedo impedirlo; pero, considerando la vida que hace, es improbable.

—Si tenías semejantes amigos, Georg, no debiste comprometerte conmigo.

—Bueno, la culpa de eso es tan tuya como mía; pero ahora no quisiera por nada cambiar la decisión.

Y cuando ella, respirando agitadamente bajo sus besos, agregó:

—De todos modos, me preocupa —él pensó que realmente no perdería nada si confesaba todo a su amigo.

«Así soy y así me eligió —pensó—; no puedo dedicarme a crear una imagen de mí que parezca más apropiada que yo para su amistad.»

Y, en efecto, la larga carta que acababa de escribir esa mañana de domingo informaba a su amigo del éxito de su compromiso con las siguientes palabras: «Me reservé para el final la mejor noticia. Estoy comprometido con la señorita Frieda Brandenfeld, una joven de familia acomodada, que vino a vivir a esta ciudad mucho después de tu partida y a quien por lo tanto no puedes conocer. Ya tendré ocasión de darte más detalles sobre mi novia; hoy me limito a decirte que soy muy feliz y que el único cambio que esto provocará en nuestra relación de siempre es que, si hasta ahora has tenido un amigo como todos, ahora tienes un amigo feliz. Además, encontrarás en mi novia, que te saluda afectuosamente y que pronto te escribirá personalmente, una verdadera amiga, lo que siempre es algo para un muchacho soltero. Sé que muchos motivos te impiden venir a visitarnos, pero ¿no te parece que mi casamiento es la ocasión más apropiada para hacer a un lado todos esos obstáculos? De todos modos, sea como sea, haz como mejor te parezca, de acuerdo únicamente a tus intereses.»

Con esta carta en la mano, Georg permaneció largo rato sentado ante su escritorio, mirando hacia la ventana. Apenas había contestado con una sonrisa distraída el saludo de un conocido que pasaba por la calle.

Finalmente se metió la carta en el bolsillo y salió de la habitación; atravesó un breve corredor hasta llegar a la habitación de su padre, donde no había entrado durante meses. En realidad esto no era necesario, porque veía a su padre todos los días en el negocio y, además, a mediodía comían juntos en un restaurante; de noche cada uno hacía lo que quería, pero generalmente se quedaban un rato en la sala común, con sus respectivos diarios, a menos que Georg, como a menudo ocurría, saliera con sus amigos o, sobre todo en los últimos tiempos, fuera a visitar a su novia.

Georg se asombró de que el cuarto de su padre fuera tan oscuro, aun en una mañana de sol: tanta sombra daba la alta pared que limitaba el patiecito. El padre estaba sentado junto a la ventana, en un rincón adornado con diversos recuerdos de la difunta madre, y leía el diario sosteniéndolo un poco de costado ante los ojos, para compensar cierto defecto visual. Sobre la mesa estaban los restos del desayuno, del que parecía no haber aprovechado mucho.

—¡Ah, Georg! —dijo el padre, y se acercó para recibirla.

Al andar, su pesada bata se abrió, y el amplio vuelo onduló susurrante en torno del anciano. «Mi padre es todavía un gigante», pensó Georg.

—Aquí está insopportablemente oscuro —dijo luego.

—Sí, está bastante oscuro —contestó el padre.

—¿Y tienes la ventana cerrada, además?

—Lo prefiero así.

—Afuera hace bastante calor —dijo Georg, como si continuara su observación anterior, y se sentó.

El padre recogió los platos del desayuno y los colocó sobre una cómoda.

—Sólo quería decirte —prosiguió Georg, que seguía con la mirada los movimientos de su padre, como si estuviera ausente— que he decidido enviar a San Petersburgo la noticia de mi compromiso.

Sacó del bolsillo un extremo de la carta y luego volvió a guardarla.

—¿A San Petersburgo? —preguntó el padre.

—Sí, a mi amigo —dijo Georg, buscando la mirada de su padre.

«En el negocio es otro hombre —pensó—; con qué solidez está aquí sentado, con los brazos cruzados sobre el pecho.»

—Sí. A tu amigo —dijo el padre con énfasis.

—Recordarás, padre, que al principio quise ocultarle mi compromiso. Por consideración hacia él; ése era el único motivo. Tú bien sabes que es una persona un poco quisquillosa. Pensé que podía enterarse por otras fuentes de mi compromiso, aunque, teniendo en cuenta su vida solitaria, eso no es muy probable; yo no podía evitarlo, pero de mí directamente no lo habría sabido nunca.

—Y, sin embargo, ¿ahora has cambiado otra vez de idea? —preguntó el padre, depositando su enorme periódico sobre el alféizar de la ventana y sobre el periódico las gafas, que cubrió con la mano.

—Sí, ahora he cambiado de idea. Si es realmente amigo mío, pensé, entonces, la felicidad de mi compromiso ha de ser también una felicidad para él. Y por lo tanto no me demoré en comunicárselo. Pero antes de enviar la carta quise decírtelo a ti.

—Georg —dijo el padre, abriendo su desdentada boca—, escúchame. Acudes a mí para hablarme de este asunto. Eso indudablemente te honra. Pero no sirve de nada, desgraciadamente no sirve de nada, si no me dices, además, toda la verdad. No quiero sacar a relucir cuestiones que no vienen al caso. Pero, desde la muerte de nuestra querida madre, han ocurrido ciertas cosas realmente desagradables. Quizá llegue alguna vez el momento de mencionarlas, y tal vez mucho más pronto de lo que pensamos. En el negocio hay muchas cosas que escapan a mi conocimiento, aunque esto no quiere decir que me las oculten (no pretendo insinuar ahora que me las ocultan), ya no soy tan capaz como antes, me falla la memoria, no puedo estar al corriente de todo. En primer lugar, esto se debe al ineludible proceso natural, y en segundo lugar, la muerte de nuestra querida madrecita ha sido para mí un golpe

mucho más fuerte que para ti. Pero prefiero no alejarme de este asunto, de esta carta; por lo tanto, Georg, te ruego que no me engañes. Es una trivialidad, no vale la pena ni mencionarla; por eso mismo no me engañes. ¿Existe realmente ese amigo tuyo en San Petersburgo?

Georg se puso de pie, desconcertado.

—Dejemos en paz a mi amigo. Mil amigos no reemplazarían a mi padre. ¿Sabes qué pienso? Que no te cuidas bastante. La ancianidad exige ciertas consideraciones. Eres para mí indispensable en el negocio, lo sabes perfectamente; pero si el negocio es perjudicial para tu salud, mañana mismo lo cierro para siempre. Y eso no nos conviene. No puedes seguir viviendo como vives. Debemos introducir un cambio radical en tus hábitos. Te quedas aquí sentado, en la oscuridad, cuando en la sala hay tanta luz. Apenas pruebas el desayuno, en vez de alimentarte como corresponde. Te quedas junto a la ventana cerrada cuando el aire te haría tanto bien. ¡No, padre! Llamaré al médico, y seguiremos sus indicaciones. Cambiaremos de habitación: pasarás al cuarto de delante, y yo a éste. No advertirás el cambio, porque mudaremos también todas tus cosas. Pero hay tiempo para todo eso; por ahora, descansa un poco en la cama, seguramente necesitas reposo. Ven, te ayudaré a desvestirte, ya verás como puedo. O si prefieres ir ya a la pieza de delante, puedes acostarte por ahora en mi cama. Sería lo más sensato.

Georg estaba junto a su padre, que había dejado caer sobre el pecho la cabeza de revueltos cabellos blancos.

—Georg —dijo el padre en voz baja, sin moverse.

Georg se arrodilló inmediatamente junto a su padre; al mirar su fatigado rostro comprobó que las dilatadas pupilas lo contemplaban de reojo.

—No tienes ningún amigo en San Petersburgo. Siempre has sido un bromista y también conmigo has querido bromear. ¿Cómo podrías realmente tener un amigo allá? No puedo creerlo.

—Haz un esfuerzo de memoria —dijo Georg, levantando de la silla al padre y quitándole la bata, mientras el anciano se sostenía débilmente en pie—; pronto hará tres años que mi amigo vino a visitarnos. Recuerdo todavía que no le tenías mucha simpatía. Por lo menos dos veces te oculté su presencia, aunque en realidad se encontraba conmigo en mi habitación. Tu antipatía hacia él me resultaba perfectamente comprensible, ya que mi amigo tiene sus peculiaridades. Pero luego te llevaste bastante bien con él. Me sentía tan orgulloso de que lo escucharas, que estuvieras de acuerdo con él y le hicieras preguntas. Si piensas un poco, lo recordarás. Nos contaba las más increíbles historias de la Revolución rusa. Por ejemplo, cuando vio, durante un viaje de negocios a Kiev, a un sacerdote en un balcón, en medio de un tumulto, que se cortó una cruz sangrienta en la palma de la mano, y luego alzó la mano y habló a la multitud. Tú mismo has contado algunas veces esa historia.

Mientras tanto, Georg había logrado sentar nuevamente a su padre y quitarle con toda delicadeza los pantalones de lana que usaba por encima de los calzoncillos, lo

mismo que los calcetines. Al contemplar el dudoso estado de limpieza de la ropa interior, se reprochó su descuido. Era indudablemente uno de sus deberes cuidar de que su padre no careciera de mudas de ropa interior. Todavía no había decidido con su futura esposa qué harían con su padre, porque tácitamente habían dado por sentado que el padre seguiría viviendo solo en el antiguo apartamento. Pero ahora decidió, de pronto, que su padre viviría con ellos, en su futura casa. Considerándolo más atentamente, hasta era posible que los cuidados que pensaba prodigar a su padre llegaran demasiado tarde.

Llevó en sus brazos al padre hasta la cama. Experimentó una sensación terrible al advertir que durante el breve trayecto hasta la cama el padre jugaba con la cadena de reloj que cruzaba su pecho. Ni siquiera podía acostarlo, tan firmemente se había aferrado a la cadena.

Pero en cuanto el anciano se acostó, todo pareció arreglado. Él mismo se cubrió y se subió las mantas mucho más arriba de los hombros, lo que era insólito en él. Luego miró a Georg, con ojos más bien amistosos.

—¿No es cierto que ahora comienzas a acordarte de él? —preguntó Georg con un movimiento cariñoso de la cabeza.

—¿Estoy bien cubierto? —preguntó el padre, como si no pudiera ver si tenía los pies debidamente tapados.

—Ya te sientes mejor, en la cama —dijo Georg, y le acomodó la ropa.

—¿Estoy bien cubierto? —preguntó nuevamente el padre; parecía extraordinariamente interesado en la respuesta.

—No te preocunes, estás bien cubierto.

—¡No! —exclamó el padre, interrumpiéndolo.

Arrojó las mantas con tal fuerza que en un instante se desparramaron totalmente y se puso de pie en la cama. Con una sola mano se apoyó ligeramente en el cielo raso.

—Tú quisieras cubrirme, lo sé, mi pequeño vástagos; pero todavía no estoy cubierto. Y aunque sean mis últimas fuerzas, para ti son suficientes, demasiadas casi. Conozco muy bien a tu amigo. Habría sido para mí un hijo predilecto. Por eso mismo tú lo traicionaste, año tras año. ¿Por qué si no? ¿Crees que no lloré nunca por él? Por eso te encierras en el escritorio, nadie puede entrar, el Jefe está ocupado; para escribir tus falsas cartas a Rusia. Pero por suerte un padre no necesita aprender a leer los pensamientos de su hijo. Cuando creíste que lo habías hundido, que lo habías hundido tanto que podías sentar tu trasero sobre él y que él ya no se movería, entonces mi señor hijo decide casarse.

Georg contempló la horrible imagen conjurada por su padre. El amigo de San Petersburgo, a quien su padre repentinamente conocía tan bien, impresionó su imaginación como nunca. Lo vio perdido en la vasta Rusia. Lo vio ante la puerta del negocio vacío y saqueado. Entre los escombros de los mostradores, de las mercaderías destrozadas, de dos picos rotos de gas, lo vio perfectamente. ¿Por qué se habría ido tan lejos?

—Pero escúchame —gritó el padre.

Georg, casi enloquecido, se acercó a la cama para enterarse definitivamente de todo, pero se detuvo a mitad de camino.

—Porque ella se levantó las faldas —comenzó a decir el padre con voz aflautada—, porque ella se levantó las faldas así, la inmunda cochina —y, como ilustración, se alzó la camisa tan alto que podía verse en el muslo su herida de la guerra—, porque ella se levantó las faldas así y así, te entregaste totalmente; y para gozar en paz con ella mancillaste la memoria de nuestra madre, traicionaste al amigo y tendiste en el lecho a tu padre para que no pueda moverse. Pero ¿puede o no puede moverse?

Y se irguió sin apoyarse en nada, y levantó las piernas. Resplandecía de perspicacia.

Georg permanecía en un rincón, lo más lejos posible de su padre. En otra época, había decidido firmemente observar todo con detención, para que nadie pudiera atacarlo indirectamente, ya fuera desde atrás o desde arriba. Recordó esa olvidada decisión y volvió a olvidarla, como cuando uno pasa un hilo corto por el ojo de una aguja.

—Pero ¡tu amigo no fue traicionado, sin embargo! —exclamó el padre, lanzando estocadas con el índice para mayor énfasis—. ¡Yo era su representante aquí!

—¡Comediante! —no pudo dejar de exclarar Georg; inmediatamente comprendió su error y ya demasiado tarde se mordió la lengua, con los ojos desorbitados, hasta sentir que las rodillas le flaqueaban de dolor.

—¡Sí, es claro que representé una comedia! ¡Comedia! ¡Excelente palabra! ¿Qué otro consuelo le quedaba al pobre padre viudo? Dime y trata de ser, por lo menos durante el instante de la respuesta, lo que alguna vez fuiste, mi hijo viviente: ¿qué otra cosa podía hacer yo, en mi cuarto del fondo, perseguido por un personal desleal, viejo hasta los huesos? Y mi hijo se paseaba jubilosamente por el mundo, concluía operaciones que yo había previamente preparado, no cabía en sí de satisfacción y se presentaba ante su padre con una expresión impenetrable de hombre importante. ¿Crees que yo no te habría querido, yo, de quien tú quisiste alejarte?

«Ahora se inclinará hacia adelante —pensó Georg—; si se cayera y se rompiera los huesos.» Estas palabras silbaban a través de su mente.

El padre se inclinó hacia adelante, pero no se cayó. Al ver que Georg no se acercaba, como había esperado, volvió a erguirse.

—Quédate donde estás; no te necesito. Te crees que todavía tienes fuerza suficiente para acercarte y que te quedas atrás sólo porque así lo deseas. Ten cuidado de no equivocarte. Sigo siendo el más fuerte. Yo solo tal vez hubiera tenido que relegarme al olvido; pero tu madre me transmitió hasta tal punto su fuerza, que establecí una estrecha relación con tu amigo, y tengo metidos a todos tus clientes en este bolsillo.

«Hasta en la camisa tiene bolsillos», pensó Georg, y creyó que con esa simple observación bastaba para ridiculizarlo ante el mundo entero. Lo pensó apenas un

instante y luego siguió olvidando todo.

—Cuélgate del brazo de tu novia y atrévete a presentarte ante mí. ¡La arrancaré de tu lado, no te imaginas cómo!

Georg hizo una mueca de incredulidad. El padre se limitó a asentir, confirmando la veracidad de sus palabras, hacia el rincón donde estaba Georg.

—¡Qué gracia me causaste hoy, cuando viniste y me preguntaste si podías anunciar tu compromiso a tu amigo! ¡Él ya sabe todo, estúpido niño, ya sabe todo! Yo le escribí, porque te olvidaste de quitarme mis implementos de escribir. Por eso no viene desde hace tantos años, porque sabe todo lo que ocurre cien veces mejor que tú; con la mano izquierda rompe tus cartas, sin leerlas, mientras con la derecha abre las mías.

Entusiasmado, agitó el brazo sobre la cabeza.

—¡Sabe todo mil veces mejor! —gritó.

—¡Diez mil veces! —dijo Georg para burlarse de su padre, pero antes de salir de su boca las palabras se convirtieron en una nefasta certeza.

—Desde hace años espero que vengas con esa pregunta. ¿Crees acaso que me importa alguna otra cosa en el mundo? ¿Crees acaso que leo diarios? ¡Toma! —y le arrojó un periódico que inexplicablemente había traído consigo a la cama.

Era un diario viejo, de nombre totalmente desconocido para Georg.

—¡Cuánto tiempo has tardado en abrir los ojos! La pobre madre murió antes de ver ese día de júbilo; tu amigo está muriéndose en Rusia, ya hace tres años estaba amarillo como un cadáver, y yo ya ves cómo estoy. Para eso tienes ojos.

—Entonces, ¿me acechabas constantemente? —exclamó Georg. Compasivo, sin darle importancia, dijo el padre:

—Seguro que hace mucho que querías decirme eso. Pero ya no importa. Y luego con más voz:

—Y ahora sabes que hay otras cosas en el mundo, porque hasta ahora sólo supiste las que se referían a ti. Es cierto que eras un niño inocente, pero mucho más cierto es que también fuiste un ser diabólico. Y por lo tanto escúchame: ahora te condeno a morir ahogado.

Georg se sintió expulsado de la habitación; resonaba todavía en sus oídos el golpe con que su padre se dejó caer sobre la cama. En la escalera, sobre cuyos escalones pasó como sobre un plano inclinado, tropezó con la criada, que subía a efectuar la limpieza matutina del apartamento.

—¡Jesús! —gritó ésta, y se cubrió la cara con el delantal, pero Georg ya había desaparecido.

Salió corriendo y cruzó la calle hacia el agua. Ya estaba aferrado a la baranda, como un hambriento a su comida. Saltó por encima, como correspondía al distinguido atleta que, para orgullo de sus padres, había sido en años juveniles. Se sostuvo un instante todavía, con manos cada vez más débiles; espió entre los barrotes de la baranda la llegada de un autobús, cuyo ruido cubriría fácilmente el ruido de su

caída; exclamó en voz baja: «Queridos padres, a pesar de todo, siempre os he amado», y se dejó caer.

En ese momento una interminable fila de vehículos pasaba por el puente.

# Descripción de una lucha

Dos diálogos del relato.

*Para F.*

## **Conversación con el suplicante**

En cierta época yo iba a menudo a la iglesia, porque una muchacha de quien yo estaba enamorado solía ir todas las tardes; la joven rezaba de rodillas, durante media hora, lo que me permitía contemplarla tranquilamente.

Una tarde que la joven no había venido, mientras observaba decepcionado a los demás fieles, me llamó la atención un muchacho delgado, echado de bruces en el suelo. De vez en cuando, se aferraba el cráneo con todas sus fuerzas, gemía intensamente y, con la cara en la concavidad de las manos, se golpeaba la cabeza contra las piedras del piso.

En la iglesia sólo había unas cuantas viejas, que frecuentemente ladeaban sus rostros inclinados y miraban de reojo al suplicante. Esta conspicuidad parecía inundarlo de felicidad, porque antes de iniciar cada uno de sus arrebatos piadosos, miraba en torno, para comprobar si los espectadores eran suficientemente numerosos. Esto me pareció indecoroso; decidí hablarle cuando saliera de la iglesia y preguntarle por qué rezaba de tan insólito modo. Sí, me sentía irritado porque mi amiga no había venido.

Transcurrió, sin embargo, una hora. Luego se levantó, se persignó minuciosamente y se dirigió tambaleado hacia la pila de agua bendita. Me interpuse entre la pila y la puerta, sabiendo que no lo dejaría pasar sin exigirle una explicación. Apreté las mandíbulas, como siempre antes de encarar una conversación decisiva. Adelanté la pierna derecha y apoyé sobre ella el peso de mi cuerpo; la izquierda sólo reposaba sobre la punta e pie. Esta posición contribuye a darme aplomo.

Es posible que el hombre me haya visto cuando mojó los dedos en el agua bendita o tal vez ya me había visto antes y se había asustado, porque de pronto echó a correr hacia la puerta y salió. La puerta vidriada se cerró tras él. Y cuando yo salí a mi vez de la iglesia, ya lo había perdido de vista, porque en las inmediaciones hay numerosas callejuelas y mucho movimiento.

Los días siguientes no vino, y en cambio vino mi amiga. Llevaba su vestido negro, con encajes transparentes en los hombros —que dejaban ver la media luna del borde de la camisa—, de cuyo ruedo caían volantes de seda bellamente cortados. Como ella siguió viniendo, me olvidé del joven y ni siquiera lo miré cuando días después apareció y reanudó sus habituales imploraciones. Pero al salir siempre pasaba a toda velocidad a mi lado, con el rostro vuelto. Quizá fuera porque yo sólo podía imaginármelo en movimiento, de modo que aun cuando estaba en reposo me parecía verlo correr.

Una vez me demoré en mi habitación. No obstante, fui a la iglesia. Descubrí que la joven ya se había ido y decidí volverme a casa. Pero allí estaba el muchacho como siempre. Recordé nuestro anterior incidente y sentí cierta curiosidad.

De puntillas fui hasta la puerta, di una moneda al mendigo ciego allí sentado y me acurruqué a su lado, detrás de la hora abierta de la puerta; allí permanecí una hora,

con expresión seguramente astuta. Me agradaba estar allí y decidí volver a menudo. Después de dos horas de espera me pareció insensato quedarme en ese lugar, por culpa de un suplicante. Y, sin embargo, me quedé una hora más, sin importarme ya que las arañas se pasearan por mis ropas, mientras los últimos fieles salían de la oscuridad de la iglesia, respirando profundamente.

Por fin salió él. Pisaba con cuidado, y sus pies tanteaban ligeramente el suelo antes de dar cada paso.

Me puse de pie, di un paso largo hacia adelante y lo aferré.

—Buenas noches —le dije y, tomándolo por el cuello de la camisa, lo arrastré por la escalinata, hacia la plaza iluminada.

Cuando llegamos abajo, me dijo con voz muy temblorosa:

—Buenas noches, mi querido, queridísimo señor; no se enoje conmigo, su más devoto servidor.

—Sí —dijo yo—, quiero formularle algunas preguntas, estimado señor; ya se me escapó varias veces, pero hoy no podrá escaparse.

—Tenga piedad de mí, señor; permítame volver a mi casa. Soy indigno de su interés, ésa es la verdad.

—No —exclamé yo a través del ruido de un tranvía que pasaba—, no le permitiré irse. Estos encuentros son justamente los que me agradan. Usted es una suerte para mí. Me felicito.

—Dios mío —dijo él—, tiene usted un corazón vivaz y una cabeza de adoquín. Para considerarme una suerte, qué feliz debe de ser. Porque mi desdicha es una desdicha tambaleante, una desdicha que oscila sobre una punta aguzada, y apenas se jala toca, cae sobre el curioso. Buenas noches, señor.

—Muy bien —dijo, reteniéndole con fuerza la mano derecha—; ya que no quiere contestarme, me echaré a gritar aquí mismo, en la calle. Y todas las empleadas que ahora salen de los negocios, y todos sus enamorados que las esperan gozosos, acudirán corriendo, porque creerán que algún caballo de plaza se ha caído o que ha ocurrido algún accidente semejante. Y entonces le denunciaré ante la multitud.

Inmediatamente me besó las manos, una después de la otra.

—Le diré lo que quiera, señor; pero, por favor, entremos en una de estas callejuelas laterales.

Asentí y lo seguí.

Pero no le bastaba la oscuridad de la callejuela, iluminada por lejanas lámparas amarillentas; me condujo hasta el zaguán de una vieja casa, bajo una lamparilla que pendía de un techo bajo, frente a una escalera de madera.

Allí sacó gravemente su pañuelo y, extendiéndolo sobre un escalón, me dijo:

—Siéntese, estimado señor; así podrá interrogarme con comodidad; yo permaneceré de pie para entestar mejor. Pero no me atormente.

Me senté y, mirándolo con los ojos entrecerrados, le dije:

Usted es un perfecto lunático; eso es usted. ¡Cómo se comporta en la iglesia!

¡Qué irritante y desagradable espectáculo! ¿Cómo quiere que uno medite en calma, cuando lo ve a usted?

El joven había apoyado su cuerpo contra la pared, y sólo su cabeza se movía libremente en el aire.

—No se enoje; ¿por qué se enoja por cosas que no le conciernen? Yo me enojo cuando me porto mal; pero cuando otro se porta mal, me alegro. Por eso no debe enojarse si le digo que el motivo de mi vida es ser contemplado por los demás.

—¡Que cosas dice! —exclamé demasiado fuerte para ese reducido corredor, porque temía dejar que mi voz se apagara nuevamente—. ¡Realmente, qué cosas dice! Ya adivino, ya adiviné la primera vez que lo vi, en qué estado se encuentra usted. Tengo cierta experiencia y no romeo cuando le digo que eso es un mareo en tierra fume. Es una condición en que uno se olvida del verdadero nombre de las cosas y con la prisa les pone nombres momentáneos y arbitrarios. ¡Rápido, rápido! Pero apenas se aleja de ellas, se olvida de los nombres que les puso. El álamo del campo, que usted llamó «Torre de Babel», porque no sabía o no quería saber que era un álamo, se estremece de pronto innominado, y usted se ve obligado a llamarlo «Noé, cuando estaba ebrio».

Me sentí un poco desconcertado cuando me contestó:

—Me alegro de no haber entendido lo que acaba de decir.

Airado, le dije rápidamente:

—Por eso mismo, porque se alegra, demuestra que lo ha entendido.

—Naturalmente que lo demuestro, estimado señor; pero es indudable que sus palabras fueron bastante singulares.

Apoyé una mano sobre un escalón más alto, me estiré hacia atrás, y en esta posición casi inexpugnable, último recurso del luchador, le pregunté:

—¿No le parece que tiene una manera muy astuta de librarse de las situaciones, proyectando en los otros su propio estado de ánimo?

Esto le dio coraje. Colocó una mano dentro de la otra, para dar mayor unidad a su cuerpo, y, ofreciendo cierta resistencia, me dijo:

—No, no hago eso con todos; por ejemplo, ni siquiera lo hago con usted, porque no puedo. Pero me alegraría mucho poder, porque entonces ya no necesitaría llamar la atención de las personas en la iglesia. ¿Sabe usted por qué lo necesito?

Esta pregunta me desconcertó. Evidentemente, no lo sabía, y creo que tampoco quería saberlo. Tampoco hubiera querido ir a ese lugar, pensaba yo, pero ese hombre me había obligado; para que lo escuchara. Por lo tanto, bastaba menear la cabeza para demostrarle que no lo sabía, pero ya no podía mover la cabeza.

El joven sonrió. Luego se arrodilló y me confesó con muecas soñolientas:

—No hubo nunca época alguna en que pudiera convencerme por mis propios medios de mi existencia. Tengo por lo tanto una conciencia tan fugitiva de los objetos que me rodean que siempre creo que esas cosas han vivido alguna vez, pero que ahora están desapareciendo. Siempre siento el deseo, querido señor, de ver las cosas

tales como son antes que yo las vea. Deben de ser muy hermosas y tranquilas. Así deben de ser, porque oigo a la gente hablar así de ellas.

Como no contestaba y sólo median te involuntarias contracciones del rostro le demostraba lo incómodo que me sentía, me preguntó:

—¿Usted no cree que la gente habla así?

Pensé que debía asentir con la cabeza, pero no pude.

—¿Realmente, no lo cree usted? Escúcheme, sin embargo; una vez, cuando era chico, abrí los ojos después de una breve siesta y oí, todavía semidormido, que mi madre preguntaba con voz natural, desde el balcón: «¿Qué hace usted allí, querida? Hace tanto calor.» Una mujer le contestó desde el jardín: «Gozo entre las plantas.» Lo dijo con absoluta naturalidad y sin insistir demasiado, como si todo el mundo lo diera por sentado.

Pensé que debía contestar y, por lo tanto, metí la mano en el bolsillo posterior de los pantalones, simulando buscar algo. Pero no buscaba nada; sólo quería cambiar de posición, para suplir mi parte en el diálogo. Luego le dije que ese incidente era muy singular y que no lo comprendía. Agregué que no creía en su veracidad y que seguramente lo habría inventado con algún propósito oculto, que se me escapaba. Después cerré los ojos, porque me dolían.

—¡Oh, cuánto me alegra que usted comparta mi opinión, y ha sido muy generoso de su parte interrumpirme para hacermelo saber! Verdaderamente, por qué avergonzarme (o por qué avergonzarnos) si mi andar no es altivo y grave, si no hago resonar las piedras con mi bastón ni rozó las ropas de la gente que pasa bulliciosamente a mi lado. Más bien, con justificado derecho, debería quejarme de verme obligado a pasar pegado a las paredes de las casas, con las espaldas encorvadas, a menudo desapareciendo en los vidrios de los escaparates.

«¡Qué días los días de mi vida! ¿Por qué está todo tan mal construido que a veces los más altos edificios se derrumban, sin que se descubra el menor motivo visible? Yo me trepo, sin embargo, a las ruinas y pregunto a todos los que encuentro: ¿Cómo pudo ocurrir esto? En nuestra ciudad..., una casa nueva..., ya es la quinta hoy..., fíjese usted. Pero nadie puede contestarme.

»A menudo caen hombres muertos en la calle, y allí se quedan. Entonces todos los comerciantes abren sus puertas, adornadas con sus mercaderías, acuden ágilmente, introducen al muerto en alguna casa y reaparecen con la sonrisa en los labios y en los ojos, diciendo: ‘Buenos días...; el cielo está gris...; he vendido muchos pañuelos de seda...; sí, la guerra.’ Me deslizo dentro de la casa y, después de alzar varias veces tímidamente la mano, con los dedos ya arqueados, termino por golpear en la ventanita del portero. ‘Estimado amigo —le digo amistosamente—, acaban de traerle un muerto. Muéstremelo, se lo ruego.’ Y cuando él menea la cabeza, indeciso, le digo con decisión: ‘Estimado amigo. Soy de la Policía secreta. Muéstreme ahora ese cadáver.’ ‘¿Un cadáver?’ pregunta él entonces, casi ofendido. ‘No, aquí no hay ningún cadáver. Esta es una casa decente.’ Saludo y me voy.

«Luego, cuando tengo que atravesar una plaza grande, me olvido de todo. La dificultad de esta empresa me perturba, y pienso insistentemente: Ya que construyen plazas tan grandes por puro capricho, ¿por qué no construyen también una balaustrada de piedra, que sirva de guía a través de la plaza? Hoy sopla un viento fuerte del Sudoeste. El aire de la plaza se arremolina. La aguja de la Municipalidad describe pequeños círculos. ¿Por qué no ponen orden en este caos? Todos los vidrios de las ventanas repiquetean, y los postes de alumbrado se inclinan como bambúes. El manto de la Virgen María sobre la columna flamea, y el viento tempestuoso quiere desgarrarlo. ¿Nadie lo ve? Los caballeros y las damas que quieren atravesar la plaza se deslizan por el aire. Cuando el viento amaina, se quedan donde están, se dicen algunas palabras y se inclinan para saludarse; apenas se reinician las ráfagas no pueden resistirlas, y todos los pies se elevan al mismo tiempo. Naturalmente, tienen que sostenerse el sombrero; pero sus miradas brillan alegremente, como si se tratara de una suave brisa. Sólo yo estoy atemorizado.»

Ofendido, le dije:

—La historia que me contó antes, de su señora madre y la señora en el jardín, no me parece nada notable. No sólo porque he oído y vivido muchas historias semejantes, sino también porque he participado muchas veces en ellas. Ese incidente es, sin embargo, absolutamente natural. ¿Le parece que si yo hubiera estado en ese balcón, no habría podido decir lo mismo, o contestar lo mismo desde el jardín? Una situación muy común.

Cuando dije esto pareció encantado. Me contestó que yo estaba muy bien vestido y que mi corbata le gustaba mucho. Y que qué espléndido cutis tenía yo. Y nada aclara más una confesión que retractarse de ella.

## Conversación con el ebrio

Al emerger con cortos pasos de la casa, me sentí abrumado por el cielo, con su luna, y sus estrellas y su enorme bóveda, y por la plaza principal, con la Municipalidad, la columna de la Virgen y la iglesia.

Pasé tranquilamente de la sombra al claro de luna, me desabroché el abrigo y me calenté; luego, alzando las manos, traté de acallar el bullicio de la noche y comencé a meditar:

—¿Qué pretendéis al comportaros como si fuerais reales? ¿Queréis hacerme creer que yo soy irreal, cómicamente plantado sobre el verde pavimento? Sin embargo, hace ya mucho tiempo que dejaste de ser real, oh cielo, y tú, plaza, no lo fuiste nunca.

»Es verdad que siempre tenéis cierta ventaja sobre mí, pero solamente cuando os dejo en paz.

»Gracias a Dios, luna, que ya no eres luna; pero tal vez sea un descuido de mi parte llamarte luna todavía; porque antes te llamabas luna. ¿Por qué pareces mucho

menos importante cuando te llamo ‘Olvidada linterna de papel de color singular’? ¿Y por qué casi desapareces cuando te llamo ‘Columna de la virgen’, y tú, columna de la virgen, por qué desaparece tu aspecto amenazador cuando te llamo ‘Luna que irradia luz amarillenta’?

»Por lo tanto, es evidente que no os conviene que se piense en vosotros; vuestro coraje y vuestro bienestar disminuyen.

»Dios mío, qué útil debe ser para los meditativos aprender de los ebrios.

«¿Por qué se ha calmado todo? Me parece que ya no hay viento. Y las casitas, que a menudo se deslizan por la plaza como sobre ruedecitas, están completamente fijas..., inmóviles..., inmóviles...; ni siquiera se ve la delgada línea negra que de costumbre las separa del suelo.»

Y me eché a correr. Corré sin interrupción, en torno de la vasta plaza, y como no encontré ningún borracho, seguí corriendo, sin disminuir mi velocidad y sin desfallecer, por Karlgasse. Mi sombra corría a mi lado, sobre la pared, a menudo más pequeña que yo, como si hubiese una zanja entre la pared y la calzada.

Al pasar frente al cuartel de bomberos, oí un ruido en la plazoleta; entré en ella y vi a un borracho junto a la verja de la fuente; tenía los brazos extendidos hacia arriba y golpeaba el suelo con sus pies calzados con zuecos de madera.

Primero me detuve, para calmar mi respiración; luego me acerqué a él, me quité el sombrero de copa y me presenté:

—Buenas noches, noble caballero, tengo veintitrés años, pero todavía no tengo nombre. Usted, en cambio, ha llegado seguramente, con un magnífico, sí, con un famoso nombre, de la gran ciudad de París. Trae todavía consigo todo el perfume artificial de la frívola corte de Francia.

»Seguramente ha visto usted, con sus pintados ojos, a esas grandes damas que suelen aparecer en las altas y ligeras terrazas, girando irónicamente el torso sobre sus esbeltas cinturas, mientras el extremo de sus colas bordadas, extendidas sobre la escalinata, yace todavía en la arena del jardín. ¿No es verdad que hay criados que suben por largas pértigas, regularmente esparcidas, criados de elegantes fraques grises y calzones blancos, con las piernas abrazadas a la pértiga, pero el torso inclinado hacia atrás y hacia un costado, porque deben alzar desde el suelo, mediante cuerdas, enormes toldos grises de lona y tenderlos en lo alto cuando esas grandes damas desean una mañana nublada?»

El hombre eructó, y casi alarmado agregué:

—Realmente, ¿no es cierto que usted, señor, acaba de llegar de nuestro París, del tempestuoso París, de esa granizada de entusiasmo?

Como él volvió a eructar, le dije desconcertado:

—Reconozco que éste es un gran honor para mí.

Y con dedos rápidos me abotoné el abrigo; luego hablé con fervor y timidez:

—Ya sé que usted no me considera digno de una respuesta, pero si no lo hubiera interrogado hoy, mi vida habría sido muy desdichada.

»Elegante caballero, le ruego me diga si es verdad lo que me han contado. ¿Hay en París hombres que sólo se visten con ropas bordadas, y casas que sólo tienen portales, y es verdad que en los días de verano el cielo es de móvil azul, sólo adornado por nubecitas blancas pegadas, todas en forma de corazón? ¿Y hay allí un Panóptico lleno de gente, donde sólo se ven árboles con los nombres de los héroes, criminales y amantes más conocidos, colgados en letreritos?

»¡Y oír, sin embargo, esas noticias! Esas noticias tan evidentemente falsas.

«¿No es cierto que las calles de París se ramifican rápidamente? Son inquietas, ¿no es cierto? No todo puede estar siempre en orden, sería imposible. De pronto ocurre algo, la gente se agolpa, acude por las calles convergentes con se paso de las grandes ciudades, que apenas toca el pavimento; todos sienten curiosidad, pero también el temor de ser defraudados; respiran agitadamente y asoman sus cabecitas. Pero cuando se rozan entre sí se inclinan profundamente y se piden mutuamente disculpas. 'Lo siento mucho..., lo hice sin pensar...; hay tanta gente; discúlpeme, señor, se lo ruego...; he sido realmente torpe...; lo reconozco. Me llamo..., me llamo Jérôme Faroche; soy vendedor de especias en la Rue du Cabotin...; permítame que lo invite a almorzar mañana...; también mi mujer estará encantada.' Así conversan, mientras la calle se llena de ruido y el humo de las chimeneas desciende entre las casas. Así es, en efecto. Y puede ocurrir de pronto que en un bullicioso bulevar de un barrio elegante se detengan dos carruajes. Los criados abren respetuosamente las puertas. Ocho nobles perros lobo de Siberia bajan ágilmente, de un salto, y se persiguen por la calzada, saltando y ladrandos. Y algunos dicen que son jóvenes dandis parisenses disfrazados.»

El hombre había cerrado fuertemente los ojos. Cuando callé, se metió ambas manos en la boca y se tironeó la mandíbula inferior. Tenía toda la ropa sucia. Tal vez lo habían echado de una taberna y todavía no había recobrado la lucidez.

Era más o menos ese breve y tranquilo instante de pausa entre el día y la noche, cuando la cabeza se nos inclina inesperadamente hacia un costado y cuando, sin que lo notemos todo se calla, porque no lo miramos, y luego desaparece. Mientras tanto, sólo nosotros quedamos encorvados y miramos en torno; pero ya no vemos nada ni sentimos la presión del aire; y nos demoramos en recordar que a cierta distancia hay casas con techos y chimeneas de ángulos felices, a través de las cuales entra la oscuridad en las casas, cruzando las buhardillas y llegando a las diferentes habitaciones. Y es una suerte que mañana sea otro día, y que, aunque parezca imposible, Podremos ver todo nuevamente.

El borracho alzó entonces las cejas tan alto que entre ellas y los ojos apareció un resplandor y explicó espasmódicamente:

—Así es, en efecto...; tengo sueño, en efecto; por lo tanto, me voy a dormir. Tengo, en efecto, un cuñado en Wenzelsplatz...; hacia allí voy, porque allí duermo, porque allí está mi cama. Ahora mismo voy. Pero, en efecto, no sé cómo se llama ni dónde vive...; me parece que me olvidé...; pero no importa, porque no sé muy bien si

tengo en realidad un cuñado. En efecto, ahora voy. ¿Cree usted que podré encontrarlo?

Entonces le contesté, sin pensar:

—Seguro. Pero usted acaba de llegar del extranjero, Y por algún motivo no lo acompaña su servidumbre. Permítame que lo conduzca.

No me contestó. Entonces le ofrecí mi brazo, para que se apoyara.

# Contemplación

*Para M. B.*

## Niños en un camino de campo

Yo oía pasar los coches junto a la cerca del jardín, muchas veces los veía a través de los intersticios apenas oscilantes del follaje. ¡Cómo crujía en el cálido verano la madera de sus ruedas y varas! Del campo volvían los labradores, y se reían escandalosamente.

Yo estaba sentado en nuestro pequeño columpio, descansando entre los árboles del jardín de mis padres.

Del otro lado de la cerca el ruido no cesaba. Los pasos de los niños que corrían desaparecían en un instante; carros de cosechadores, con hombres y mujeres arriba y alrededor, oscurecían los canteros de flores; hacia el atardecer veía a un señor con un bastón, que se paseaba, y a un par de muchachas que venían cogidas del brazo en dirección opuesta, y se hacían a un lado sobre el césped, saludándole.

Luego los pájaros se lanzaban al espacio, como salpicaduras; yo los seguía con los ojos, los veía subir de un solo impulso, hasta que ya no me parecía que ellos subieran, sino que yo caía; debía sostenerme de las sogas, y comenzaba a balancearme un poco, de debilidad. Pronto me columpiaba con más fuerza, el aire refrescaba y en vez de los pájaros en vuelo aparecían temblorosas estrellas.

Cenaba a la luz de una bujía. A menudo apoyaba ambos brazos en la madera, y ya cansado, comía mi pan con manteca. Las agujereadas cortinas se hinchaban bajo el cálido viento, y muchas veces alguno que pasaba por afuera las sujetaba con la mano, como si quisiera verme mejor y hablar conmigo. Generalmente la bujía se apagaba de golpe y en el humo oscuro de la vela seguían girando un rato los insectos. Si alguien me interrogaba desde la ventana, yo le miraba como se mira una montaña o el vacío, y tampoco a él le importaba mucho que yo le respondiera.

Pero si alguien saltaba sobre el alfíizar de la ventana, y me anunciaba que los demás estaban ya frente a la casa, yo me levantaba lanzando un suspiro.

—¿Y ahora por qué suspiras? ¿Qué ha ocurrido? ¿Alguna extraña desgracia, que jamás podrá remediararse? ¿Nunca más podremos ser lo que éramos antes? Realmente, ¿todo está perdido?

Nada estaba perdido. Salíamos corriendo de la casa.

—Gracias a Dios, por fin has llegado.

—Siempre llegas tarde.

—¿Sólo yo llego tarde?

—Tú más que los otros; quédate en tu casa si no quieres venir con nosotros.

—¡Sin cuartel!

—¿Qué? ¿Sin cuartel? ¿Qué estás diciendo?

Nos sumergíamos de cabeza en el atardecer. No existían ni el día ni la noche. Tan pronto se entrechocaban como dientes los botones de nuestros chalecos como corriámos regularmente espaciados, con fuego en la boca, como animales del trópico. Como los coraceros de las guerras antiguas, saltando hacia los aires y pisando fuerte,

nos empujábamos mutuamente a lo largo de la corta callejuela, y con ese impulso todavía en las piernas seguíamos un trecho por el camino principal. Algunos se metían en las alcantarillas, y apenas habían desaparecido frente al oscuro terraplén, cuando ya se les veía como forasteros en el sendero de arriba, desde donde nos gritaban.

—¡Bajad!

—¡Primero subid vosotros!

—Para que nos tiréis abajo; no, gracias, no somos tan tontos.

—Tan cobardes, querréis decir. Venid en seguida, venid.

—¿De veras? ¿Vosotros? ¿Nada menos que vosotros queréis tirarnos abajo? Me gustaría verlo.

Hacíamos la prueba, nos daban un empellón en el pecho y caímos sobre la hierba de la alcantarilla, encantados. Todo nos parecía uniformemente cálido, en la hierba no sentíamos ni calor ni frío, solamente cansancio.

Cuando uno se volvía sobre el costado derecho, con la mano debajo de la oreja, sentía deseos de dormir. Pero uno quería volver a levantarse, con la barbilla erguida, sólo para volver a caer en una zanja más honda. Con el brazo extendido y las piernas abiertas, uno quería lanzarse al aire, y caer sin duda en una zanja aún más profunda. Y hubiéramos deseado seguir indefinidamente este juego.

Cuando llegábamos a las últimas alcantarillas no nos preocupaba la mejor manera de echarnos para dormir, especialmente si estábamos de rodillas, y permanecíamos de espaldas, como enfermos, con ganas de llorar. Parpadeábamos a veces, cuando algún niño con las manos en la cintura saltaba con sus oscuras suelas del terraplén al camino, por encima de nosotros.

La luna había llegado ya a cierta altura, y alumbraba el paso del coche del correo. Una suave brisa comenzaba a soplar en todas partes, también se la sentía en el fondo de las zanjas; en las cercanías, el bosque empezaba a susurrar. Entonces uno no sentía tantos deseos de estar solo.

—¿Dónde estáis?

—¡Venid aquí!

—¡Todos juntos!

—¿Por qué te escondes? Déjate de tonterías.

—¿No has visto que ya pasó el correo?

—¡No! ¿Ya pasó?

—¡Naturalmente! Mientras dormías, pasó por el camino.

—¿Yo dormía? No puede ser.

—Cállate, si se te ve en la cara.

—Pues te digo que no.

—Ven.

Corríamos más apretados, muchos se daban la mano, llevábamos la cabeza lo más erguida que podíamos, porque el camino bajaba. Alguien lanzaba el grito de guerra

de las pieles rojas, nuestras piernas se lanzaban a galopar como nunca; al saltar, el viento nos alzaba por la cintura. Nada hubiera podido detenernos; corriamos con tal ímpetu que aún cuando alcanzábamos a alguno podíamos cruzar los brazos y mirar tranquilamente en torno.

Junto al puente del arroyo nos deteníamos; los que habían seguido corriendo, volvían. Debajo, el agua golpeaba contra las piedras y las raíces, como si no hubiera anochecido aún. No había ningún motivo para que alguno de nosotros no saltara sobre el parapeto del puente.

Detrás del follaje distante pasaba un tren, todos los vagones estaban iluminados, las ventanillas bien cerradas. Uno de nosotros comenzaba a entonar una canción callejera; pero todos queríamos cantar. Cantábamos mucho más rápido que el tren, nos cogíamos del brazo, porque las voces no bastaban; nuestros cantos se unían en un estrépito que nos hacía bien. Cuando uno mezcla su voz con la de los demás, es como si se lo llevaran con un anzuelo.

Así cantábamos, de espaldas al bosque, para los oídos de los viajeros lejanos. En el pueblo, los mayores estaban despiertos todavía, las madres preparaban las camas para la noche.

Ya era la hora. Yo besaba al que estaba a mi lado, daba la mano a los tres que estaban más cerca, y echaba a correr por el camino; nadie me llamaba. En el primer cruce, donde ya no podían verme, me volvía y retornaba corriendo al bosque. Iba hacia la ciudad, que quedaba hacia el sur del bosque; de ella decían en nuestro pueblo:

—Allí sí hay gente extraña. Imagínense que no duermen.

—¿Y por qué no duermen?

—Porque no están nunca cansados.

—¿Y por qué no?

—Porque son tontos.

—¿Y los tontos no se cansan?

—¿Cómo van a cansarse los tontos?

## Desenmascaramiento de un embaucador

Finalmente, hacia las diez de la noche, llegué con aquel hombre a quien apenas conocía, y que no se había despegado de mí durante dos largas horas de paseos por las calles, frente a la casa señorial donde tendría lugar una reunión a la que me habían invitado.

—Bueno —dije, y junté ruidosamente las palmas de las manos, para indicarle la necesaria inminencia de una despedida.

Ya había hecho algunas tentativas menos explícitas, y estaba bastante cansado.

—¿Piensa entrar ya? —me preguntó.

De su boca surgía un ruido como de dientes que se entrechocaban.

—Sí.

Yo estaba invitado; ya se lo había dicho una vez. Pero invitado a entrar en esa casa, donde tantos deseos tenía de entrar, y no a quedarme allí, ante la puerta, mirando más allá de la oreja de mi interlocutor, ni a guardar silencio como si hubiéramos decidido quedarnos eternamente en ese lugar. Ya compartían ese silencio las casas que nos rodeaban, y la oscuridad que de ellas ascendía hasta las estrellas. Y los pasos de algún transeúnte invisible, cuyo destino uno no sentía deseos de investigar; el viento, que azotaba insistente el lado opuesto de la calle, un gramófono, que cantaba detrás de la ventana cerrada de alguna habitación... todos querían participar de este silencio, como si les hubiera pertenecido para siempre.

Y mi acompañante se suscribía en su nombre, y después de una sonrisa, también en el mío, extendiendo hacia arriba el brazo derecho, contra la pared, y apoyando la cara contra ella, con los ojos cerrados.

Pero no quise ver el final de esa sonrisa, porque de pronto se apoderó de mí la vergüenza. Sólo ante esa sonrisa me había dado cuenta de que aquel hombre era un embaucador, y nada más. Y sin embargo ya hacía meses que me encontraba en esa ciudad, ya creía conocer perfectamente a estos embaucadores, que de noche vienen hacia nosotros con las manos extendidas, como taberneros, emergiendo de las calles secundarias; que rondan constantemente en torno de los postes de propaganda, a nuestro lado, como si jugaran al escondite, y nos espían desde el otro lado del poste, por lo menos con un ojo; que de pronto aparecen en las esquinas, cuando estamos indecisos, sobre el borde de la acera. Sin embargo, yo los comprendía perfectamente, porque eran las primeras personas que había conocido en las pequeñas posadas de la ciudad, y a ellos les debía los primeros signos de una intransigencia que siempre me había parecido una cualidad tan universal, y que ahora comenzaba a asomar en mí. ¡Cómo se adherían a uno, aun cuando uno se alejara de ellos, aun cuando uno les hubiera negado la más mínima esperanza! ¡Cómo no se desalentaban, cómo no cejaban, e insistían en mirarnos con rostros que aun desde lejos seguían siendo suplicantes! Y sus recursos eran siempre los mismos: se colocaban frente a nosotros, lo más visiblemente posible; trataban de impedir que fuéramos donde queríamos ir; nos ofrecían en cambio un asilo en su propio pecho, y cuando por fin el sentimiento contenido en nosotros estallaba, lo aceptaban dichosos, como si fuera un abrazo en el que impetuosamente se sumergían.

Y yo había sido capaz de estar tanto tiempo al lado de ese hombre sin reconocer el viejo juego. Me froté las yemas de los dedos, para borrar esa infamia.

Pero el hombre seguía inclinado hacia mí, como antes, considerándose todavía un perfecto embaucador; su complacencia ante su propio destino le coloreaba la mejilla descubierta.

—¡Descubierto! —le dije, y le palmeé suavemente el hombro. Luego subí con rapidez por la escalinata, y los rostros de los criados en el vestíbulo, desinteresadamente afectuosos, me alegraron como una hermosa sorpresa. Les

contemplé uno por uno, mientras me quitaban el abrigo y me limpiaban los zapatos. Respirando con alivio, y con el cuerpo erguido, entré en la sala.

## El paseo repentino

Cuando uno parece haberse decidido definitivamente a pasar la velada en casa, cuando se ha puesto la chaqueta más cómoda, se ha sentado después de la cena frente a la mesa iluminada, y ha comenzado algún trabajo o algún juego, después del cual podrá irse tranquilamente a la cama, como de costumbre; cuando afuera hace mal tiempo, y quedarse en casa parece lo más natural; cuando ya hace tanto tiempo que uno está sentado junto a la mesa que el mero hecho de salir provocaría la sorpresa general; cuando además el vestíbulo está a oscuras y la puerta de la calle con cerrojo; y cuando a pesar de todo uno se levanta, presa de repentina inquietud, se quita la chaqueta, se viste con ropa de calle, explica que se ve obligado a salir, y después de una breve despedida sale, cerrando con mayor o menor estrépito la puerta de la calle, según el grado de ira que uno cree haber provocado; cuando uno se encuentra en la calle, y ve que sus miembros responden con singular agilidad a esa inesperada libertad que les ha concedido; cuando gracias a esta decisión uno siente reunidas en sí todas las posibilidades de decisión; cuando uno comprende con más claridad que de costumbre que posee más poder que necesidad de provocar y soportar con facilidad los más rápidos cambios, y cuando uno recorre así las largas calles; entonces, por una noche, uno se ha separado completamente de su familia, que se desvanece en la nada, y convertido en una silueta vigorosa y de atrevidos y negros trazos, que se golpea los muslos con la mano, adquiere su verdadera imagen y estatura.

Todo esto resulta más decisivo aún si a estas altas horas de la noche uno decide ir a casa de un amigo, para ver cómo está.

## Resoluciones

Emerger de un estado de melancolía debiera ser fácil, aun a fuerza de pura voluntad. Trato de levantarme de la silla, rodeo la mesa, pongo en movimiento la cabeza y el cabello, hago fulgurar mis ojos, distiendo los músculos en torno. Desafiando mis propios deseos, saludo con entusiasmo a A. cuando viene a visitarme, tolero amablemente a B. en mi habitación, y a pesar del sufrimiento y el cansancio trago a grandes bocanadas todo lo que dice C.

Pero a pesar de todo, con un simple desliz que no hubiera podido evitar, destruyo toda mi labor, lo fácil y lo difícil, y me veo preso nuevamente en el mismo círculo anterior.

Por lo tanto, tal vez sea mejor soportarlo todo, pasivamente, comportarse como una mera masa pesada, y si uno se siente arrastrado, no dejarse inducir al menor paso innecesario, mirar a los demás con la mirada de un animal, no sentir ningún

arrepentimiento, en fin, ahogar con una sola mano el fantasma de vida que aún subsista, es decir, aumentar en lo posible la postrera calma sepulcral, y no dejar subsistir nada más.

Un movimiento característico de este estado consiste en pasarse el dedo meñique por las cejas.

## **La excursión a la montaña**

No sé —exclamé sin voz—, realmente no sé. Si no viene nadie, nadie viene. No hice mal a nadie, nadie me hizo mal, y sin embargo nadie quiere ayudarme. Absolutamente nadie. Y sin embargo no es así. Simplemente, nadie me ayuda; si no, absolutamente nadie me gustaría. Me gustaría mucho —¿por qué no?— hacer una excursión con un grupo de absolutamente nadie. Naturalmente, a la montaña; ¿adónde, si no? ¡Cómo se apiñan esos brazos extendidos y entrelazados, todos esos pies con sus innúmeros pasitos! Por supuesto, todos están vestidos de etiqueta. Vamos tan contentos, el viento se cuela por los intersticios del grupo y de nuestros cuerpos. En la montaña nuestras gargantas se sienten libres. Es asombroso que no cantemos.

## **Desdicha del soltero**

Parece tan terrible quedarse soltero, ser un viejo que tratando de conservar su dignidad suplica una invitación cada vez que quiere pasar una velada en compañía de otros seres; estar enfermo y desde el rincón de la cama contemplar durante semanas el cuarto vacío, despedirse siempre ante la puerta de la calle, no subir nunca las escaleras junto a su mujer, sólo tener una habitación con puertas laterales que conducen a habitaciones de extraños, traer la cena a casa en un paquete, tener que admirar a los niños de los demás y ni siquiera poder seguir repitiendo «Yo no tengo», modelar su aspecto y su proceder según el modelo de uno o dos solterones que uno conoció cuando era joven.

Así será, pero también hoy y más tarde, en realidad, será uno mismo quien está allí, con un cuerpo y una cabeza reales, y también una frente, para poder golpeársela con la mano.

## **El comerciante**

Es posible que algunas personas se compadezcan de mí, pero no me doy cuenta. Mi pequeño negocio me colma de preocupaciones, que me hacen doler la frente y las sienes, adentro, sin ofrecerme sin embargo perspectivas de alivio, porque mi negocio es pequeño.

Durante horas debo preparar las cosas con anticipación, vigilar la memoria del empleado, evitar de antemano sus temibles errores, y durante una temporada prever

las modas de la temporada próxima, no como serán entre las personas de mi relación, sino entre inaccesibles campesinos.

Mi dinero está en manos de desconocidos; sus finanzas me son incomprensibles; no adivino las desgracias que pueden sobrevenirles; ¡cómo hacer para evitarlas! Tal vez se han vuelto pródigos, y ofrecen una fiesta en un restaurante y otros se demoran un momento en esa misma fiesta, antes de huir a América.

Cuando después de un día de labor cierro el negocio, y me encuentro de pronto con la perspectiva de esas horas en que no podré hacer nada para satisfacer sus ininterrumpidas necesidades, entonces vuelve a apoderarse de mí como una marea creciente la agitación que por la mañana había logrado alejar, pero ya no puedo contenerla, y me arrastra sin rumbo.

Y sin embargo no sé sacar ventaja de este impulso, y sólo puedo volver a mi casa, porque tengo la cara y las manos sucias y sudadas, la ropa manchada y polvorienta, el gorro de trabajo en la cabeza y los zapatos desgarrados por los clavos de los cajones. Vuelvo como llevado por una ola, haciendo chasquear los dedos de ambas manos, y acaricio el cabello de los niños que me salen al paso.

Pero el camino es corto. Apenas llego a mi casa, abro la puerta del ascensor y entro.

Entonces descubro de pronto que estoy solo. Otras personas, que deben subir escaleras, y por lo tanto se cansan un poco, se ven obligadas a esperar jadeando que les abran la puerta de su domicilio, y tienen así una excusa para irritarse e impacientarse; entran luego en el vestíbulo, donde cuelgan sus sombreros, y sólo después de atravesar el corredor, a lo largo de varias puertas acristaladas entran en su habitación, y están solos.

Pero yo ya estoy solo en el ascensor, y miro de rodillas el angosto espejo. Mientras el ascensor comienza a subir, digo:

—¡Quietas, retroceded! ¿Adónde queréis ir, a la sombra de los árboles, detrás de los cortinajes de las ventanas, o bajo el follaje del jardín?

Hablo entre dientes, y la caja de la escalera se desliza junto a los vidrios opacos, como el agua de un torrente.

—Volad lejos de aquí; vuestras alas, que nunca pude ver, os llevarán tal vez al valle pueblerino, o hacia París, si allá queréis ir.

»Pero aprovechad para mirar por la ventana, cuando llegan las procesiones por las tres calles convergentes, sin darse paso, y se entrecruzan para volver a dejar la plaza vacía, cuando las últimas filas se alejan. Agitad vuestros pañuelos, indignaos, emocionados, elogiad a la hermosa dama que pasa en coche.

# »Cruzad el arroyo por el puente de madera, saludad a los niños que se bañan, y asombraos ante el ¡Hurra! de los mil marineros del acorazado distante.

»Seguid al hombre inconspicuo, y cuando le hayáis acorralado en un zaguán, robadle, y luego contemplad, con las manos en vuestros bolsillos, cómo prosigue su camino tristemente por la calle de la izquierda.

»Los policías, galopando dispersos, frenan sus cabalgaduras y os obligan a retroceder. Dejadles, las calles vacías les desanimarán, lo sé. Ya se alejan, ¿no os lo dije?, cabalgando de dos en dos, lentamente al volver las esquinas, y a toda velocidad cuando cruzan la plaza.

Y entonces debo salir del ascensor, mandarlo hacia abajo, hacer sonar la campanilla de mi casa, y la criada abre la puerta, mientras yo la saludo.

## Contemplación distraída en la ventana

¿Qué podemos hacer en estos días de primavera, que ya se aproximan rápidamente? Esta mañana temprano, el cielo estaba gris, pero si ahora uno se asoma a la ventana, se sorprende y apoya la mejilla contra la falleba.

Abajo, se ve la luz del sol feneciente sobre el rostro de la doncellita que se pasea mirando a su alrededor; al mismo tiempo se ve en él la sombra de un hombre que se acerca rápidamente.

Y luego el hombre pasa, y el rostro de la niña está totalmente iluminado.

## Camino de casa

Después de una tempestad, se ve el poder de persuasión del aire. Mis méritos se me hacen evidentes, y me dominan, aunque yo no les ofrezco ninguna resistencia.

Ando, y mi compás es el compás de este lado de la calle, de la calle, del barrio entero. Por derecho, soy responsable de todas las llamadas en las puertas, de todos los golpes sobre las mesas, de todos los brindis, de todas las parejas de amantes en sus lechos, en los andamiajes de las construcciones, en las calles oscuras, apretados contra los muros de las casas, en los divanes de los prostíbulos.

Comparo mi pasado con mi futuro, pero ambos me parecen admirables, no puedo otorgar la palma a ninguno de los dos, y sólo protesto ante la injusticia de la Providencia, que me ha favorecido tanto. Pero cuando entro en mi habitación, me siento un poco pensativo, aunque al subir las escaleras no me he encontrado con nada

que justifique ese sentimiento. No me sirve de mucho abrir de par en par la ventana, y oír que todavía están tocando música en un jardín.

## Transeúntes

Cuando uno sale a caminar de noche por una calle, y un hombre, visible desde muy lejos —porque la calle es empinada y hay luna llena—, corre hacia nosotros, no le detenemos, ni siquiera si es débil y andrajoso, ni siquiera si alguien corre detrás de él gritando; le dejamos pasar.

Porque es de noche, y no es culpa nuestra que la calle sea empinada y la luna llena; además, tal vez esos dos organizaron una cacería para entretenerse, tal vez huyen de un tercero, tal vez el primero es perseguido a pesar de su inocencia, tal vez el segundo quiere matarle, y no queremos ser cómplices del crimen, tal vez ninguno de los dos sabe nada del otro, y se dirigen corriendo por su cuenta hacia la cama, tal vez son noctámbulos, tal vez el primero lleva armas.

Y finalmente, de todos modos, ¿no podemos acaso estar cansados, no hemos bebido tanto vino? Nos alegramos de haber perdido de vista también al segundo.

## Compañero de viaje

Estoy en la plataforma del tranvía, completamente en ayunas en lo que respecta a mi posición en este mundo, en esta ciudad, en mi familia. Ni siquiera por casualidad sabría indicar qué derechos me asisten y me justifican, en cualquier sentido que se quiera. Ni siquiera puedo justificar por qué estoy en esta plataforma, me cojo a esta correa, me dejo llevar por este tranvía, las personas esquivan el tranvía, o siguen su camino, o contemplan los escaparates. Nadie me exige esa justificación, pero eso no importa.

El tranvía se acerca a una parada; una joven se acerca al estribo, dispuesta a bajar. Me parece tan definida como si la hubiera tocado. Esta viste de negro, los pliegues de su falda casi no se mueven, la blusa es ceñida y tiene un cuello de encaje blanco fino, su mano izquierda se apoya de plano sobre el tabique, el paraguas de su mano derecha descansa sobre el segundo peldaño. Su rostro es moreno, la nariz, levemente contraída a los lados, es redonda y ancha en la punta. Tiene una abundante cabellera oscura y pelillos dispersos en la sien derecha. Su diminuta oreja es breve y compacta, pero como estoy cerca puedo ver todo el pabellón de la oreja derecha, y la sombra en la raíz.

En ese momento me pregunté: «¿Cómo es posible que no esté asombrada de sí misma, que sus labios estén cerrados y no digan nada por el estilo?».

## Vestidos

Muchas veces, cuando veo vestidos que con sus múltiples pliegues, volantes y adornos oprimen bellamente hermosos cuerpos, pienso que no conservarán mucho tiempo esa tersura, que pronto mostrarán arrugas imposibles de planchar, polvos tan profundamente confundidos con el encaje, que ya no se podrá cepillarlos, y que nadie querrá ser tan ridículo y tan desdichado que use el mismo costoso vestido desde la mañana hasta la noche.

Y sin embargo encuentro jóvenes que son bastante hermosas y dejan ver variados y atractivos músculos y delicados huesos y tersa piel y masas de cabello sutil, y que no obstante día tras día aparecen con esta especie de disfraz natural, y siempre se apoyan en la misma mano y reflejan en su espejo el mismo rostro.

Sólo a veces, de noche, cuando vuelven tarde de alguna fiesta, sus vestidos parecen en el espejo raídos, deformados, sucios, ya vistos por demasiada gente, y casi impresentables.

## El rechazo

Cuando encuentro una hermosa joven y le ruego: «Tenga la bondad de acompañarme», y ella pasa sin contestar, su silencio quiere decir esto:

—No eres ningún duque de famoso título, ni un fornido americano con porte de piel roja, con ojos equilibrados y tranquilos, con una piel curtida por el viento de las praderas y de los ríos que las atraviesan, no has hecho ningún viaje por los grandes océanos, y por esos mares que no sé dónde se encuentran. En consecuencia, ¿por qué yo, una joven hermosa, habría de acompañarte?

—Olvidas que ningún automóvil te pasea en largos recorridos por las calles; no veo a los caballeros de tu séquito que se abalanzan detrás de ti, y que te siguen en estrecho semicírculo, murmurándote bendiciones; tus pechos parecen perfectamente comprimidos en tu blusa, pero tus caderas y tus muslos los compensan de esa opresión; llevas un vestido de tafetán plegado, como los que tanto nos alegraron el otoño pasado, y sin embargo, sonrías —con ese peligro mortal en el cuerpo— de vez en cuando.

—Ya que los dos tenemos razón, y para no darnos irrevocablemente cuenta de la verdad, preferimos, ¿no es cierto?, irnos cada uno a su casa.

## Para que mediten los jinetes

Si bien se piensa, no es tan envidiable ser vencedor en una carrera de caballos.

La gloria de ser reconocido como el mejor jinete de un país marea demasiado, junto al estrépito de la orquesta, para no sentir a la mañana siguiente cierto arrepentimiento.

La envidia de los contrincantes, hombres astutos y bastante influyentes, nos tristece al atravesar el estrecho pasaje que recorremos después de cada carrera, y

que pronto aparece desierto ante nuestra mirada, exceptuando algunos jinetes retrasados que se destacan diminutos sobre el borde del horizonte.

La mayoría de nuestros amigos se apresuran a cobrar sus ganancias, y sólo nos gritan un lejano y distraído «Hurra», volviéndose a medias, desde las alejadas ventanillas; pero los mejores amigos no apostaron nada a nuestro caballo, porque temían enojarse con nosotros si perdíamos; pero ahora que nuestro caballo ha vencido y ellos no han ganado nada, se vuelven cuando pasamos a su lado, y prefieren contemplar las tribunas.

Detrás de nosotros, los contrincantes, afirmados en sus cabalgaduras, tratan de olvidar su mala suerte, y la injusticia que en cierto modo se ha cometido con ellos; tratan de contemplar las cosas desde un nuevo punto de vista, como si después de este juego de niños debiera comenzar otra carrera, la verdadera.

Muchas damas consideran burlonamente al vencedor, porque parece hinchado de vanidad y sin embargo no sabe cómo encajar los interminables apretones de manos, felicitaciones, reverencias y saludos desde lejos, mientras los vencidos se callan la boca y acarician ligeramente las crines de sus caballos, muchos de los cuales relinchan.

Finalmente, bajo un cielo entristecido, comienza a llover.

## **La ventana a la calle**

Aquel que vive solo, y que sin embargo desea de vez en cuando vincularse a algo; aquel que, considerando los cambios del día, del tiempo, del estado de sus negocios y demás, anhela de pronto ver un brazo al cual pudiese aferrarse, no está en condiciones de vivir mucho tiempo sin una ventana que dé a la calle. Y si le place no desear nada, y sólo se acerca a la ventana como un hombre cansado cuya mirada oscila entre el público y el cielo, y no quiere mirar hacia afuera, y ha echado la cabeza un poco hacia atrás, sin embargo, a pesar de todo esto, los caballos de abajo terminarán por arrastrarle en su caravana de coches y su tumulto, y así finalmente en la armonía humana.

## **El deseo de ser piel roja**

Si uno pudiera ser un piel roja, siempre alerta, cabalgando sobre un caballo veloz, a través del viento, constantemente sacudido sobre la tierra estremecida, hasta arrojar las espuelas, porque no hacen falta espuelas, hasta arrojar las riendas, porque no hacen falta las riendas, y apenas viera ante sí que el campo era una pradera rasa, habrían desaparecido las crines y la cabeza del caballo.

## **Los árboles**

Porque somos como troncos de árboles en la nieve. Aparentemente, sólo están apoyados en la superficie, y con un pequeño empujón se los desplazaría. No, es imposible, porque están firmemente unidos a la tierra. Pero cuidado, también esto es pura apariencia.

## Desdicha

Cuando ya se volvía insopportable —hacia el atardecer de un día noviembre—, cansado de ir y venir por la estrecha alfombra de mi habitación, como en una pista de carreras, y de eludir la imagen de la calle iluminada, me volví hacia el fondo del cuarto, y en la profundidad del espejo encontré una nueva meta, y grité, solamente para oír mi propio grito, que no halló respuesta ni nada que disminuyera su vigor, de modo que ascendió sin resistencia, sin cesar ni siquiera cuando ya no fue audible; frente a mí se abrió en ese momento la puerta, rápidamente, porque hacía falta rapidez, y hasta los caballos de los coches piafaban en la calle como caballos enloquecidos en una batalla, ofreciendo sus gargantas.

Como un pequeño fantasma, se introdujo una niña desde el oscuro corredor, donde la lámpara no había sido encendida aún, y permaneció allí, de puntillas, sobre una tabla del piso que se estremecía levemente. Inmediatamente deslumbrada por el crepúsculo de mi habitación, intentó cubrirse la cara con las manos, pero se contentó inesperadamente con echar una mirada hacia la ventana, frente a cuya cruz el vapor ascendente de la luz callejera se había finalmente acurrucado, bajo la oscuridad. Con el codo derecho se apoyó en la pared, frente a la puerta abierta, permitiendo que la corriente que entraba le acariciara los tobillos, y también el pelo y las sienes.

La miré un instante, luego le dije: «Buenas tardes», y tomé mi chaqueta, que estaba sobre la pantalla frente a la estufa, porque no quería que me viera así, a medio vestir. Permanecí un momento con la boca abierta, para que la agitación se me escapara por la boca. Sentía un mal gusto en el paladar, las pestañas me temblaban, en fin, esta visita tan esperada no me causaba ningún placer.

La niña seguía junto a la pared, en el mismo lugar; había colocado la mano derecha contra la pared, y con las mejillas ruborizadas acababa de descubrir con asombro que el muro encalado era áspero y le lastimaba la punta de los dedos. Le dije:

—¿Me busca realmente a mí? ¿No habrá un error? Nada más fácil que cometer un error en esta casa tan grande. Me llamo Tal-y-tal, vivo en el tercer piso. ¿Soy la persona que usted busca?

—Calle, calle —dijo la criatura volviendo la cabeza—, no hay ningún error.

—Entonces, entre del todo en la habitación, quisiera cerrar la puerta.

—Acabo de cerrarla yo. No se moleste. Sobre todo, cálmese.

—No es ninguna molestia. Pero en este corredor vive mucha gente, y naturalmente todos son conocidos míos; la mayoría vuelve ahora de su trabajo;

cuando oyen hablar en un cuarto, se consideran con derecho a abrir la puerta y mirar qué ocurre. Siempre lo hacen. Esa gente ha trabajado el día entero, y nadie podría amargarles su provisional libertad nocturna. Además, usted lo sabe tan bien como yo. Permítame cerrar la puerta.

—¿Cómo, qué le ocurre? ¿Qué pasa? Por mí, puede venir toda la casa. Y le repito una vez más: ya he cerrado la puerta; ¿se cree que usted es el único que sabe cerrar una puerta? Hasta la he cerrado con llave.

—Muy bien, entonces. No pido más. No hacía falta que cerrara con llave. Y ahora que está usted aquí, le ruego que se considere como en su casa. Usted es mi invitada. Confíe totalmente en mí. Póngase cómoda, sin temor. No insistiré para que se quede, ni para que se vaya. ¿Necesito decírselo? ¿Tan mal me conoce usted?

—No. Realmente, no hacía falta que lo dijera. Aún más, no ha debido decírmelo. Soy una criatura; ¿por qué entonces tantas ceremonias conmigo?

—Exagera. Naturalmente, es una criatura. Pero no tan pequeña. Ha crecido bastante. Si fuera una muchacha, no se atrevería a encerrarse con llave en una habitación, a solas conmigo.

—No tenemos que preocuparnos por eso. Sólo quería decirle que el hecho de conocerle tan bien no me protege mucho, y sólo le evita a usted el trabajo de mantener conmigo las apariencias. Y sin embargo, quiere hacer cumplimientos. ¡Déjese de tonterías, se lo ruego, déjese de tonterías! Debo decirle que no le reconozco en todas partes y todo el tiempo, y menos en esta penumbra. Sería mejor que encendiera la luz. No, mejor que no. En todo caso, no olvidaré que acaba de amenazarme.

—¿Cómo? ¿Que yo la he amenazado? Pero escúcheme. Estoy muy contento de que por fin haya venido. Digo «al fin» porque es tarde. No puedo comprender por qué ha venido tan tarde. Es posible que la alegría me haya hecho hablar desordenadamente, y que usted haya entendido mal mis palabras. Admito todas las veces que usted quiera que tiene razón, que todo ha sido una amenaza, lo que usted prefiera. Pero nada de peleas, por Dios. ¿Cómo puede usted creer semejante cosa? ¿Cómo puede herirmee de ese modo? ¿Por qué desea con tanta intensidad estropear este breve instante de su presencia? Un desconocido sería más condescendiente que usted.

—No lo dudo; no es un gran descubrimiento. Yo estoy más cerca de usted, por mi propia naturaleza, que el desconocido más condescendiente. También usted lo sabe; entonces, ¿por qué toda esta tragedia? Si quiere representar conmigo una comedia, me voy ahora mismo.

—¿Ah, sí? ¿Se atreve también a decirme eso? Es un poco demasiado atrevida. Después de todo, está en mi habitación. Frotándose los dedos como una loca con la pared de mi cuarto. ¡Mi cuarto, mi pared! Y además, lo que usted dice no sólo es insolente, sino también ridículo. Dice que su naturaleza la impulsa a hablar conmigo de ese modo. ¿Realmente? ¿Su naturaleza la impulsa? Su naturaleza es muy amable.

Su naturaleza es la mía, y cuando yo por naturaleza me siento amable hacia usted, usted no puede entonces sentirse sino amable hacia mí.

—¿Le parece eso amable?

—Hablo de antes.

—¿Sabe usted cómo seré después?

—No sé nada.

Y me dirigí hacia la mesita de luz, y encendí la bujía. En aquella época yo no tenía gas ni luz eléctrica en mi habitación. Luego me quedé un rato sentado junto a la mesa, hasta que me cansé, me puse el abrigo, cogí el sombrero sobre el sofá, y apagué la vela. Al salir tropecé con la pata de una silla.

En la escalera me encontré con un inquilino de mi piso.

—¿Ya vuelve a salir, pícaro? —me preguntó éste, con las piernas abiertas y apoyadas en diferentes escalones.

—¿Qué quiere que haga? —dije—. Acabo de recibir la visita de un fantasma.

—Dice eso tan tranquilo, como si hubiera encontrado un pelo en la sopa.

—Bromea usted. Pero le diré que un fantasma es un fantasma.

—Muy cierto. Pero ¿qué ocurre si uno no cree en fantasmas?

—¿Y usted quiere dar a entender que yo creo en fantasmas? Pero ¿de qué me serviría no creer?

—Muy sencillo. No sentiría temor cuando un fantasma se le aparece realmente.

—¡Oh, eso es sólo un temor secundario! El temor principal es el temor de lo que provocó la aparición. Y ese temor persiste. En este momento lo siento, potente, dentro de mí.

De pura nerviosidad, comencé a registrarme todos los bolsillos.

—Pero si no sintió ningún temor ante la aparición en sí, ¿por qué no le preguntó tranquilamente cuál era el motivo que la provocó?

—Evidentemente, usted no ha hablado nunca con un fantasma. No se les puede sacar jamás una información precisa. Es algo muy oscilante. Esos fantasmas parecen dudar más que nosotros de su propia existencia, lo que no es extraño, teniendo en cuenta su fragilidad.

—No obstante, he oído decir que se puede alimentarlos.

—Está usted muy bien informado. En efecto, se puede. Pero ¿a quién se le ocurriría alimentar a un fantasma?

—¿Por qué no? Por ejemplo, si fuera un fantasma femenino... —dijo, y subió al escalón superior.

—Sí —dijo yo—, pero aun así sería pretender demasiado.

Pensé en otra cosa. Mi vecino había subido tanto, que para verme tuvo que agacharse hacia el hueco de la escalera.

—De todos modos —exclamé— si usted me roba mi fantasma, todo ha terminado entre nosotros para siempre.

—Era una simple broma —dijo él, y retiró la cabeza.

—Entonces no he dicho nada —le grité.

Ahora hubiera podido irme tranquilamente a pasear. Pero como me sentía tan desolado, preferí volver a subir, y me acosté.

# **Un médico rural**

*A mi padre*

## **El nuevo abogado**

Tenemos un nuevo abogado, el doctor Bucéfalo. Poco hay en su aspecto que recuerde a la época en que era el caballo de batalla de Alejandro de Macedonia. Sin embargo, quien está al tanto de esa circunstancia, algo nota. Y hace poco pude ver en la entrada a un simple ujier que lo contemplaba admirativamente, con la mirada profesional del carrerista consuetudinario, mientras el doctor Bucéfalo, alzando gallardamente los muslos y haciendo resonar el mármol con sus pasos, ascendía escalón por escalón la escalinata.

En general, la Magistratura aprueba la admisión de Bucéfalo. Con asombrosa perspicacia, dicen que dada la organización actual de la sociedad, Bucéfalo se encuentra en una posición un poco difícil y que en consecuencia, y considerando además su importancia dentro de la historia universal, merece por lo menos ser admitido. Hoy —nadie podría negarlo— no hay ningún Alejandro Magno. Hay muchos que saben matar; tampoco escasea la habilidad necesaria para asesinar a un amigo de un lanzazo por encima de la mesa del festín; y para muchos Macedonia es demasiado reducida, y maldicen en consecuencia a Filipo, el padre; pero nadie, nadie puede abrirse paso hasta la India. Aun en sus días las puertas de la India estaban fuera de todo alcance, pero no obstante, la espada del rey señaló el camino. Hoy dichas puertas están en otra parte, más lejos, más arriba; nadie muestra el camino; muchos llevan espadas, pero sólo para blandirlas, y la mirada que las sigue sólo consigue marearse.

Por eso, quizá, lo mejor sea hacer lo que Bucéfalo ha hecho, sumergirse en la lectura de los libros de derecho. Libre, sin que los muslos del jinete opriman sus flancos, a la tranquila luz de la lámpara, lejos del estruendo de las batallas de Alejandro, lee y vuelve las páginas de nuestros antiguos textos.

## **Un médico rural**

Me encontraba en un serio dilema: debía emprender un viaje urgente; un enfermo de gravedad me esperaba en un pueblo a diez millas de distancia; un fuerte temporal de nieve barría el vasto espacio que nos separaba; yo tenía un coche, un cochecito liviano, de grandes ruedas, exactamente lo más apropiado para nuestros caminos de campo; envuelto en el abrigo de pieles, con mi maletín de instrumental en la mano, esperaba en el patio, listo para partir; pero faltaba el caballo, no había caballo. El mío se había muerto la noche anterior, agotado por las fatigas de ese invierno gélido; mi criada corría ahora por el pueblo, en busca de un caballo prestado; pero no había esperanzas, yo lo sabía, y cada vez más cubierto de nieve, cada vez más incapaz de movimiento, permanecía allí, sin saber qué hacer. En la puerta apareció la muchacha, sola, y agitó la lámpara; naturalmente, ¿quién iba a prestarme su caballo para semejante viaje, a semejante hora? Una vez más atravesé el patio; no descubría

ninguna solución; desesperado, enloquecido, golpeé con el pie la ruinosa puerta de la pocilga, deshabitada desde hacía años. La puerta se abrió, y siguió oscilando sobre sus bisagras. Un vapor y un olor como de caballos salió de la pocilga. Una débil linterna colgaba de una cuerda. Un individuo, acurrucado junto al tabique bajo, mostró su rostro claro, de ojos azules.

—¿Los engancho al coche? —preguntó, acercándose a cuatro patas.

Yo no sabía qué decirle, y sólo me agaché para ver qué había dentro de la pocilga. La criada estaba a mi lado.

—Uno no sabe nunca lo que puede encontrar en su propia casa —dijo ésta, y ambos nos reímos.

—¡Eh, Hermano, eh, Hermana! —llamó el caballerizo, y dos caballos, dos poderosos animales de fuertes flancos, con las piernas dobladas y apretadas contra el cuerpo, las perfectas cabezas agachadas, como las de los camellos, mediante movimientos del cuarto trasero se abrieron paso reptando uno tras otro por el hueco de la puerta, que llenaban por completo. Pero inmediatamente se irguieron sobre sus largas patas, despidiendo un espeso vapor.

—Ayúdale —dije, y la atenta muchacha se apresuró a ayudar al caballerizo ocupado en enganchar los caballos. Pero apenas llegó a su lado, el hombre la abrazó y acercó su cara a la cara de la joven. Ésta gritó, y huyó hacia mí; sobre sus mejillas se veían, rojas, las marcas de dos hileras de dientes.

—¡Bestia! —grité furioso—. ¿Quieres que te azote?

Pero luego pensé que era un desconocido; que yo no sabía de dónde venía, y que me ofrecía ayuda cuando todos me habían fallado. Como si hubiera adivinado mis pensamientos, no se ofendió por mi amenaza, y siempre atareado con los caballos, sólo se volvió una vez hacia mí.

—Suba —me dijo; y, en efecto, todo estaba preparado.

Observo entonces que nunca había tenido un par de caballos tan hermosos, y subo alegremente.

—Pero yo conduciré; tú no conoces el camino —agrego.

—Naturalmente —dice él—, yo no voy con usted, me quedo con Rosa.

—¡No! —grita Rosa, y huye hacia la casa, presintiendo con toda razón la inevitabilidad de su destino; oigo el ruido de la cadena de la puerta, al correr en el cerrojo; oigo girar la llave en la cerradura; veo además que Rosa apaga todas las luces del vestíbulo, y siempre huyendo, las de las habitaciones restantes, para que no puedan encontrarla.

—Tú te vienes conmigo —digo al mozo—, o desisto de mi viaje, por más urgente que sea. No pienso dejarte a la muchacha como pago del viaje.

—¡Arre! —grita él; y da una palmada; el coche parte arrastrado como una madera en el torrente; todavía tengo tiempo de oír el ruido de la puerta de mi casa que cae hecha pedazos bajo los embates del mozo, luego mis ojos y mis oídos se hunden en el remolino de la tormenta que confunde uniformemente todos mis sentidos. Pero esto

sólo dura un instante; en efecto, como si frente a mi puerta se encontrara la puerta de mi paciente, ya estoy allí; los caballos se detienen; la nevada ha cesado; claro de luna en torno; los padres de mi paciente salen ansiosos de la casa; su hermana los sigue; me ayuda a bajar inmediatamente del coche; no entiendo sus confusas palabras; en el cuarto del enfermo el aire es casi irrespirable; la estufa, desatendida, echa humo; quiero abrir la ventana; pero antes voy a ver al enfermo. Delgado, sin fiebre, ni caliente ni frío, con ojos inexpresivos, sin camisa, el joven se yergue bajo el edredón de plumas, se abraza a mi cuello y me susurra al oído:

—Doctor, déjeme morir.

Miro a mi alrededor; nadie le ha oido; los padres callan, inclinados hacia delante, esperando mi veredicto; la hermana me ha traído una silla para que coloque mi maletín. Abro el maletín y busco entre mis instrumentos; el joven sigue tironeándome desde su lecho, para recordarme su súplica; tomo un par de pincitas, las examino a la luz de la bujía, y las deposito nuevamente.

«Sí —pienso como un blasfemo—, en estos casos los dioses nos ayudan, nos envían el caballo que necesitamos, y dada nuestra prisa nos agregan otro; para colmo nos conceden un caballerizo...».

Sólo en ese momento me acuerdo de Rosa; ¿qué hacer, cómo rescatarla, cómo salvarla de las garras de aquel caballerizo, a diez millas de distancia, con un par de caballos imposibles de manejar? Esos caballos, que no sé cómo se han soltado de las riendas; desde afuera, tampoco sé cómo, han empujado la ventana; asoman la cabeza, cada uno por una ventana, y sin preocuparse por las exclamaciones de la familia, contemplan al enfermo.

«Tengo que regresar inmediatamente», pienso, como si los caballos me invitaran al viaje, pero sin embargo permito que la hermana, que me cree mareado por el calor, me quite el abrigo de pieles. Me sirven una copa de ron, el anciano me palmea el hombro, porque el ofrecimiento de su tesoro le justifica esta familiaridad. Meneo la cabeza, en el estrecho ámbito de los pensamientos del anciano, debo de estar enfermo; ésa es la única razón de mi negativa. La madre permanece junto al lecho y me induce a acercarme; obedezco, y mientras un caballo relincha estridentemente hacia el cielo raso, apoyo la cabeza sobre el pecho del joven, que se estremece bajo mi barba mojada. Se confirma lo que ya sabía: el joven está sano, tiene algún trastorno circulatorio; está saturado de café que su solícita madre le sirve, pero sano; lo mejor sería sacarle de un tirón de la cama. No soy ningún reformador universal, y le dejo donde está. Soy el médico del distrito, y cumple con mi obligación hasta donde puedo, hasta un punto que ya es una exageración. Mal pagado, soy sin embargo generoso con los pobres y trato de ayudarles. Todavía tengo que ocuparme de Rosa, luego puede el joven hacer lo que se le ocurra, y yo morirme, también. ¿Qué hago aquí, en este interminable invierno? Mi caballo ha muerto, y no hay nadie en el pueblo que me preste el suyo. Me veo obligado a buscar caballos en la pocilga; si por casualidad no hubiera encontrado esos caballos habría debido recurrir a los cerdos.

Así es. Y saludo a la familia con un movimiento de cabeza. No saben nada de todo esto, y si lo supieran, no lo creerían. Es fácil escribir recetas, pero fuera de eso, entenderse con la gente es difícil. Ahora bien, ya he cumplido con mi visita, una vez más me han molestado inútilmente, estoy acostumbrado; con esa campanilla nocturna, todo el distrito me martiriza, pero que además tenga que sacrificar ahora a Rosa, esa hermosa muchacha, que durante tantos años ha vivido en mi casa casi sin que yo me diera cuenta de su presencia... ese holocausto es excesivo, y tengo que encontrarle alguna solución, cualquier cosa, para no dejarme arrastrar por esta familia, que con la mejor voluntad del mundo no podrían devolverme a mi Rosa. Pero mientras cierro el maletín y tiendo una mano hacia mi abrigo, la familia se reúne, el padre olfatea la copa de ron que tiene en la mano, la madre, evidentemente decepcionada conmigo —sí, ¿qué se imagina la gente?—, se muerde llorosa los labios, y la hermana agita un pañuelo lleno de sangre; me siento en cierto modo dispuesto a admitir, bajo ciertas condiciones, que tal vez el joven está enfermo. Me acerco a él, me sonríe como si le trajera la más mortificante de las sopas; ¡ah!, ahora los dos caballos relinchan juntos; ese estrépito ha sido seguramente dispuesto por los cielos para ayudarme en mi reconocimiento; y esta vez descubro que el joven está enfermo. En el costado derecho, cerca de la cadera, tiene una herida grande como la palma de mi mano. Rosada, con muchos matices, oscura en lo hondo, más clara en los bordes, ligeramente granulada, con coágulos irregulares de sangre, abierta como una mina al aire libre. Así es vista de lejos. De cerca, aparece sin embargo una complicación. ¿Quién la hubiera visto sin silbar? Gusanos, largos y gordos como mi dedo meñique, rosados y manchados de sangre, se retuercen, fijos en el interior de la herida, hacia la luz, con sus cabecitas blancas y sus numerosas patitas. Pobre muchacho, no tienes salvación. He descubierto tu gran herida; esta flor de tu costado te mata. La familia está radiante, me ven en plena actividad; la hermana se lo dice a la madre, la madre al padre, el padre a algunas visitas que entran por la puerta abierta a través del claro de luna, de puntillas, balanceando los brazos extendidos.

—¿Me salvarás? —murmura sollozando el joven, deslumbrado por la vista de su herida.

Así es la gente en mi distrito. Siempre esperan que el médico haga lo imposible. Han cambiado sus antiguas creencias; el cura se queda en su casa, y desgarra sus dalmáticas una tras otra; pero el médico todo lo puede, suponen ellos, con su diestra mano quirúrgica. Bueno, como quieran, yo no les pedí que me llamaran; si quieren usarme equivocadamente con fines religiosos, también eso les permitiré; ¿qué más puedo pedir yo, un viejo médico rural, despojado de su criada? Y acude la familia y los ancianos del pueblo, y me desvisten; un coro de colegiales, dirigido por el maestro, canta frente a la casa una melodía extraordinariamente simple con estas palabras:

Desvístanlo, para que cure,  
Y si no cura, mátenlo.

Sólo es un médico, sólo es un médico.

Ya estoy desvestido, y con los dedos en la barba contemplo tranquilamente a la gente, cabizbajo. No pierdo mi compostura, y estoy preparado para todo, aunque no me sirve de nada, porque ahora me toman por la cabeza y los pies y me llevan a la cama. Me colocan junto a la pared, al lado de la herida. Luego salen todos de la habitación; cierran la puerta; el canto cesa; las nubes cubren la luna; las cálidas mantas me abrigan; como sombras, las cabezas de los caballos oscilan en el vano de las ventanas.

—¿Sabes —me dice una voz al oído— que mi confianza en ti no es mucha? Ante todo, no has venido aquí por tus propios medios, sino a rastras. En vez de ayudarme, me incomodas en mi lecho de muerte. Lo que más me gustaría sería arrancarte los ojos.

—Realmente —digo yo—, es una vergüenza. Y sin embargo soy médico. ¿Qué quieres que haga? Te aseguro que yo también me siento muy incómodo.

—¿Y quieres que me conforme con esas disculpas? ¡Ah, supongo que sí! Siempre debo conformarme. Con una hermosa herida vine al mundo; ésa fue mi única dote.

—Joven amigo —digo—, tu error es que no tienes bastante amplitud de miras. Yo, que he visitado todos los cuartos de los enfermos, aquí y allá, te lo aseguro: tu herida no es tan mala. Hecha con dos golpes de hacha, en ángulo agudo. Muchos ofrecen sus flancos, y no oyen el hacha en el bosque, y menos aún que el hacha se les acerca.

—¿Es realmente verdad, o te aprovechas de mi fiebre para engañarme?

—Es realmente así, palabra de honor de un médico oficial.

Aceptó mi palabra, y guardó silencio. Pero ya era hora de pensar en mi liberación. Fielmente, los caballos permanecían aún en su lugar. Recogí rápidamente mis ropas, mi abrigo de piel y mi maletín; no quise perder tiempo en vestirme; si los caballos se daban tanta prisa como en el viaje de ida, era como saltar de esta cama a la mía. Obediente, uno de los caballos se retiró de la ventana; arrojé mis bártulos en el coche; la pelliza cayó fuera, y sólo quedó retenida por una manga en un gancho. Suficiente. Monté de un salto a un caballo; con las riendas caídas, un caballo mal atado al otro, el coche atrás, bamboleándose, y finalmente la pelliza que se arrastraba por la nieve.

—¡Al galope! —grité, pero nada de galope; despacio, como viejos, nos arrastrábamos por los desiertos de nieve; largo tiempo se oyó tras de nosotros el nuevo y erróneo canto de los niños:

Alegraos, oh pacientes,  
Ya os han puesto en cama al médico.

A este paso no llegaré nunca a casa; mi floreciente reputación está perdida; un sucesor me roba la clientela, pero inútilmente, porque no puede reemplazarme; en mi casa cunde el furor del asqueroso caballerizo; Rosa es su víctima; no quiero ni

pensarlo. Desnudo, expuesto a la helada de esta época desdichada, con un coche terreno y caballos ultraterrenos, vago por los campos, yo, un anciano. Mi pelliza cuelga detrás del coche, pero no puedo alcanzarla, y de la moviente chusma de mis clientes, ni uno mueve un dedo. ¡Traicionado! ¡Traicionado! Una sola vez que se conteste a una falsa llamada de la campanilla nocturna... y ya no hay esperanzas de arreglo.

## En la galería

Si alguna débil y tísica *écuyère* del circo fuera obligada por un Director despiadado a girar sin interrupción durante meses en torno de la pista, a golpes de fusta, sobre un ondulante caballo, ante un público incansable; a pasar como un silbido, arrojando besos, saludando y doblando el talle, y si esa representación se prolongara hacia la gris perspectiva de un futuro cada vez más lejano, bajo el incesante estrépito de la orquesta y de los ventiladores, acompañada por decrecientes y luego crecientes olas de aplausos, que en realidad son martinetes a vapor... entonces, tal vez, algún joven visitante de la galería descendería apresuradamente las largas escalinatas, cruzaría todas las gradas, irrumpiría en la pista, y gritaría: «¡Basta!», a través de la charanga de la siempre oportuna orquesta.

Pero como no es así, una hermosa dama, blanquirrosada, entra volando entre los cortinajes que los orgullosos lacayos abren ante ella; el Director, buscando con deferencia su mirada, se acerca como un animal obediente; con cuidado, la sube sobre el caballo overo, como si fuera su nieta predilecta, que emprende un viaje peligroso; no se decide a dar el latigazo inicial; finalmente, dominándose a sí mismo, lo da, resonante; corre junto al caballo, con la boca abierta; sigue con mirada aguda los saltos de la amazona; apenas puede comprender su destreza artística; trata de aconsejarla con gritos en inglés; furioso, exhorta a los caballerizos que sostienen los arcos para que pongan más atención; antes del gran Salto Mortal, implora a la orquesta, con los brazos en alto, que haga silencio; finalmente, alza a la pequeña y la desmonta del tembloroso corcel, la besa en ambas mejillas, y ninguna ovación del público le parece suficiente; mientras ella, sostenida por él, erguida sobre la punta de los pies, rodeada de polvo, con los brazos extendidos y la cabecita echada hacia atrás, desea compartir su felicidad con el circo entero... como esto es lo que ocurre, el visitante de la galería apoya el rostro sobre la baranda, y hundiéndose en la marcha final como en una honda pesadilla, llora, sin darse cuenta.

## Un viejo manuscrito

Se diría que el sistema de defensa de nuestra patria adolece de serios defectos. Hasta ahora no nos hemos ocupado de ese asunto, y sí de nuestras obligaciones cotidianas; pero algunos acontecimientos recientes nos inquietan.

Soy zapatero remendón; mi tenducho da a la plaza del palacio imperial. Apenas abro mis persianas en el crepúsculo matutino, ya se ven soldados armados, apostados en todas las bocacalles que dan a la plaza. Pero no son soldados nuestros, son evidentemente nómadas del norte. De algún modo que no comprendo, se han introducido hasta la capital, que, sin embargo, está bastante lejos de las fronteras. De todos modos, allí están; cada día su número parece mayor.

Como es su costumbre, acampan al aire libre, y abominan de las casas. Se entretienen en afilar las espadas, en aguzar las flechas, en ejercicios ecuestres. De esta plaza tranquila y siempre escrupulosamente limpia, han hecho una verdadera pocilga. Muchas veces intentamos salir de nuestros negocios y hacer un recorrido, para limpiar por lo menos la suciedad más visible; pero esas salidas son cada vez más escasas, porque es un trabajo inútil y corremos además el peligro de hacernos aplastar por los caballos salvajes, o de que nos hieran con los látigos.

No se puede hablar con los nómadas. No conocen nuestro idioma, y casi no tienen idioma propio. Entre ellos se entienden como se entienden los grajos. Todo el tiempo se oye ese graznido de grajos. Nuestras costumbres y nuestras instituciones les resultan tan incomprendibles como sin interés. En consecuencia, ni siquiera tratan de entender nuestro lenguaje de señas. Uno puede dislocarse la mandíbula y las muñecas a fuerza de ademanes, no entienden nada, y no entenderán nunca. A menudo hacen muecas; en esas ocasiones muestran el blanco del ojo, y les sale espuma de la boca, pero con eso no quieren decir nada, ni tampoco causar terror; lo hacen por costumbre. Si necesitan algo, lo roban. No puede decirse que utilicen la violencia. Simplemente, se apoderan de las cosas, y uno se hace a un lado y se las cede.

También de mi tienda se han llevado excelentes artículos. Pero no puedo quejarme, cuando veo por ejemplo lo que ocurre con el carnicero. Apenas llega su mercadería, los nómadas se la llevan e inmediatamente se la comen. También sus caballos devoran carne; a menudo se ve a un jinete junto a su caballo, comiendo el mismo trozo de carne que éste, una punta cada uno. El carnicero es miedoso y no se atreve a suspender los pedidos de carne. Pero nosotros comprendemos su situación, y hacemos colectas para mantenerle. Si los nómadas se encontraran sin carne, nadie sabe lo que se les ocurriría hacer; por otra parte, quién sabe lo que se les ocurrirá hacer, aun comiendo carne todos los días.

Hace poco, el carnicero pensó que por lo menos se podía ahorrar el trabajo de carnear, y una mañana trajo un buey vivo. Pero no se atreverá a hacerlo otra vez. Yo me pasé una hora entera tendido en el suelo, en el fondo de mi tienda, cubierto con todas mis ropas, mantas y almohadas, para no oír los mugidos de ese buey, mientras los nómadas se abalanzaban por todos lados sobre él y le arrancaban con los dientes trozos de carne viva. No me atreví a salir hasta mucho después que el ruido cesó; como ebrios en torno de una barrica de vino, estaban tendidos por la fatiga en torno de los restos del buey.

Justamente esa vez me pareció ver al mismo Emperador asomado a una de las

ventanas del palacio; casi nunca llega hasta las habitaciones exteriores, y vive siempre en el jardín más interno del palacio; pero en esta ocasión le vi, o por lo menos me pareció verle, ante una de las ventanas, contemplando cabizbajo lo que ocurría ante su castillo.

—¿En qué terminará esto? —nos preguntamos todos—. ¿Hasta cuándo soportaremos esta carga y este tormento? El palacio imperial ha atraído a los nómadas, pero no sabe qué hacer para repelerlos. El portal permanece cerrado; los guardias, que antes solían entrar y salir marchando festivamente, están ahora siempre encerrados detrás de las rejas de las ventanas. La salvación de la patria sólo depende de nosotros, artesanos y comerciantes; pero no estamos preparados para semejante empresa; tampoco nos hemos jactado nunca de ser capaces de cumplirla. Hay algún malentendido; y ese malentendido será nuestra ruina.

## Ante la ley

Ante la Ley hay un guardián. Un campesino se presenta frente a este guardián, y solicita que le permita entrar en la Ley. Pero el guardián contesta que por ahora no puede dejarle entrar. El hombre reflexiona, y pregunta si más tarde le dejarán entrar.

—Es posible —dice el portero—, pero no ahora.

La puerta que da a la Ley está abierta, como de costumbre; cuando el guardián se hace a un lado, el hombre se inclina para espiar. El guardián lo ve, se ríe y le dice:

—Si tanto lo deseas, prueba a entrar a pesar de mi prohibición. Pero recuerda que soy poderoso. Y sólo soy el último de los guardianes. Entre salón y salón también hay guardianes, cada uno más poderoso que el otro. Ya el tercer guardián es tan terrible que no puedo soportar su aspecto.

El campesino no había previsto estas dificultades; la Ley debería ser siempre accesible para todos, piensa él, pero al fijarse en el guardián, con su abrigo de pieles, su nariz grande y aguileña, su barba larga de tártaro, rala y negra, decide que le conviene más esperar. El guardián le da un banquito, y le permite sentarse a un lado de la puerta. Allí espera días y años. Intenta infinitas veces entrar, y fatiga al guardián con sus súplicas. Con frecuencia el guardián mantiene con él breves conversaciones, le hace preguntas sobre su país, y sobre muchas otras cosas; pero son preguntas indiferentes, como las de los grandes señores, y para terminar, siempre le repite que todavía no puede dejarle entrar. El hombre, que se ha provisto de muchas cosas para el viaje, lo sacrifica todo, por valioso que sea, para sobornar al guardián. Éste lo acepta todo, en efecto, pero le dice:

—Lo acepto para que no creas que has omitido algún esfuerzo.

Durante esos largos años, el hombre observa casi continuamente al guardián: se olvida de los otros, y le parece que éste es el único obstáculo que le separa de la Ley. Maldice su mala suerte, durante los primeros años temerariamente y en voz alta; más tarde, a medida que envejece, sólo murmura para sí. Retorna a la infancia, y como en

su larga contemplación del guardián ha llegado a conocer hasta las pulgas de su cuello de piel, también suplica a las pulgas que le ayuden y convenzan al guardián. Finalmente, su vista se debilita, y ya no sabe si realmente hay menos luz, o si sólo le engañan sus ojos. Pero en medio de la oscuridad distingue un resplandor, que surge inextinguible de la puerta de la Ley. Ya le queda poco tiempo de vida. Antes de morir, todas las experiencias de esos largos años se confunden en su mente en una sola pregunta, que hasta ahora no ha formulado. Hace señas al guardián para que se acerque, ya que la rigidez de la muerte endurece su cuerpo. El guardián se ve obligado a agacharse mucho para hablar con él, porque la disparidad de estaturas entre ambos ha aumentado bastante con el tiempo, para desmedro del campesino.

—¿Qué quieres saber ahora? —pregunta el guardián—. Eres insaciable.

—Todos se esfuerzan por llegar a la Ley —dice el hombre—; ¿cómo es posible entonces que durante tantos años nadie más que yo pretendiera entrar?

El guardián comprende que el hombre está a punto de morir, y para que sus desfallecidos sentidos percibían sus palabras, le dice al oído con voz atronadora:

—Nadie podía pretenderlo, porque esta entrada era solamente para ti. Ahora voy a cerrarla.

## Chacales y árabes

Acampábamos en el oasis. Mis compañeros dormían. Un árabe, alto y blanco, pasó a mi lado; había estado ocupándose de los camellos, y se dirigía a su lugar de reposo.

Me eché de espaldas en la hierba; traté de dormir; no podía; un chacal aullaba a lo lejos; volví a sentarme. Y lo que antes estaba tan lejos, de pronto estuvo cerca. Me rodeaba una multitud de chacales; ojos que destellaban como oro mate, y volvían a apagarse; cuerpos esbeltos, que se movían ágil y rítmicamente, como bajo un látigo.

Por detrás de mí, uno de los chacales se acercó, pasó bajo mi brazo, se apretó contra mí, como si buscara mi calor, luego se colocó frente a mí y me habló, mirándome casi de hito en hito:

—Soy, con mucho, el chacal más viejo. Me alegra mucho poder saludarte por fin. Ya casi había perdido toda esperanza, hace tanto, tanto que te esperábamos; mi madre te esperó, y su madre, y una tras otra todas sus madres, hasta llegar a la madre de todos los chacales. ¡Créelo!

—Me asombra —dije, y me olvidé de encender la pila de leños preparada para ahuyentar con el humo a los chacales—, me asombra mucho lo que dices. Sólo por casualidad he venido del lejano Norte, y estoy de paso por vuestro país. ¿Qué queréis de mí, chacales?

Y como alentados por estas palabras, tal vez demasiado amistosas, estrecharon el cerco en torno a mí; todos jadeaban con la boca abierta.

—Sabemos —comenzó el decano—, que vienes del Norte; en eso basamos

nuestras esperanzas. Allá existe la comprensión que no encontramos entre los árabes. De esta fría arrogancia, bien lo sabes, no se puede arrancar la menor chispa de comprensión. Matan animales para comérselos, y desprecian la carroña.

—No hables tan alto —dije—, hay árabes que duermen aquí cerca.

—Realmente, eres un extranjero —dijo el chacal—; si no, sabrías que ni una sola vez en la historia del mundo un chacal ha temido a un árabe. ¿Por qué íbamos a temerles? ¿No es ya bastante desdicha el que debamos vivir exiliados entre semejante gente?

—Puede ser, puede ser —dije—, no quiero juzgar asuntos que están tan lejos de mi competencia; parece una enemistad muy antigua; debe de estar en la sangre; tal vez sólo termine con la sangre.

—Eres muy perspicaz —dijo el viejo chacal; y todos jadearon más ansiosamente; agitados, a pesar de estar inmóviles; un olor a rancio, que a veces me obligaba a apretar los dientes, emanaba de sus fauces abiertas—. Eres muy perspicaz, eso que has dicho concuerda con nuestra antigua tradición. Así es; haremos correr su sangre, y terminaremos la lucha.

—¡Oh! —dije, con demasiada vehemencia quizá—; ellos se defenderán; con sus armas de fuego os matarán a miles.

—No nos comprendes —dijo él—, una condición bien humana, que según veo también existe en el Norte. No queremos matarles. No habría bastante agua en el Nilo para purificarnos. Nos basta ver sus cuerpos vivientes para salir corriendo, hacia el aire puro, hacia el desierto, que por eso es nuestra morada.

Y todos los chacales del círculo, a los que se habían agregado mientras tanto muchos otros que venían de más lejos, hundieron los hocicos entre las patas delanteras, y se los frotaron para limpiarse; parecían querer ocultar una repugnancia tan espantosa, que sentí deseos de dar un gran salto sobre sus cabezas y escapar.

—Entonces, ¿qué os proponéis hacer? —pregunté, tratando de ponerme de pie; pero no pude; dos animales jóvenes me habían aferrado con los dientes la chaqueta y la camisa, por detrás; tuve que quedarme forzosamente sentado.

—Te sostienen la cola —explicó con seriedad el chacal viejo—, una prueba de respeto.

—¡Soltadme! —exclamé, volviéndome alternativamente hacia el viejo y hacia los jóvenes.

—Naturalmente, te soltarán —dijo el viejo—, ya que lo deseas. Pero tardarán un poco, porque han mordido profundamente, como es su costumbre, y ahora deben aflojar lentamente los dientes. Mientras tanto, atiende a nuestra petición.

—Vuestra conducta no me ha predisposto demasiado a atenderla —dije.

—No nos eches en cara nuestra torpeza —dijo él, y por primera vez recurrió al tono lastimero de su voz natural—, somos unos pobres animales, sólo tenemos nuestros dientes; para todo lo que queremos hacer, lo malo y lo bueno, sólo disponemos de nuestros dientes.

—Bueno, ¿qué quieres? —le pregunté, no muy reconciliado.

—Señor —exclamó, y todos los chacales aullaron; lejanamente, remotamente, me pareció una melodía—. Señor, tú debes poner fin a esta lucha, que divide el mundo en dos bandos. Exactamente como eres tú, nuestros antepasados nos describieron al hombre que llevaría a cabo la empresa. Queremos que los árabes nos dejen en paz, aire respirable; que la mirada se pierda en un horizonte purificado de su presencia; no oír el quejido de la oveja que el árabe degüella; que todos los animales mueran en paz; para ser purificados por nosotros, sin interferencia ajena, hasta que hayamos vaciado sus osamentas y pelado sus huesos. Pureza, queremos sólo pureza —y aquí lloraban, sollozaban todos—. ¿Cómo soportas este mundo, noble corazón y dulce entraña? Porquería es su blancura; porquería es su negrura, un horror son sus barbas; basta ver las órbitas de sus ojos para escupir; y cuando alzan el brazo vemos en sus axilas la entrada del infierno. Por eso, señor, por eso, ¡oh, amado señor!, con la ayuda de tus manos todopoderosas, degüéllalos con estas tijeras.

Y respondiendo a un movimiento de su cabeza, apareció un chacal, de uno de cuyos colmillos colgaba un pequeño par de tijeras de costura, cubiertas de antiguo orín.

—Bueno, ya aparecieron las tijeras, ¡y ahora basta! —exclamó el guía árabe de nuestra caravana, que se había deslizado hacia nosotros con el viento en contra, y hacía silbar ahora su enorme látigo.

Todos huyeron rápidamente, pero a cierta distancia se detuvieron, estrechamente apretados entre sí; todos los animales se reunieron en un grupo tan rígido y apiñado, que parecía un pequeño hato, acorralado por fuegos fatuos.

—Así que tú también, señor, has contemplado y oído esta comedia —dijo el árabe, y rió tan alegremente como lo permitía la reserva de su raza.

—¿Tú también sabes lo que quieren esos animales? —pregunté.

—Naturalmente, señor —dijo él—, todo el mundo lo sabe; mientras existan árabes, esas tijeras se pasearán por el desierto, y seguirán vagando con nosotros hasta el último día. A todo europeo se las ofrecen, para que lleve a cabo la gran empresa; todo europeo es justamente aquél que ellos creen enviado por el destino. Esos animales alimentan una loca esperanza; bobos, son verdaderos bobos. Por eso los queremos; son nuestros perros; más hermosos que los vuestros. Fíjate; esta noche ha muerto un camello, lo he hecho traer aquí.

Aparecieron cuatro sirvientes que arrojaron ante nosotros el pesado cadáver. Apenas lo depositaron, los chacales elevaron sus voces. Como arrastrados por otras tantas cuerdas irresistibles, se acercaron, titubeantes, frotando el suelo con el cuerpo. Se habían olvidado de los árabes, olvidado de su odio; la presencia del hediondo cadáver los hechizaba, borraba todo lo demás. Ya uno se prendía del cuello, y con el primer mordisco llegaba hasta la aorta. Como una diminuta y vehemente bomba aspirante, que quisiera con tanta decisión como pocas probabilidades de éxito apagar algún enorme incendio, cada músculo de su cuerpo se estremecía y se esforzaba en su

tarea. Y pronto se entregaron todos a la misma tarea, amontonados sobre el cadáver, como una montaña.

Entonces, el guía los fustigó una y otra vez con su cortante látigo, vigorosamente. Alzaron la cabeza, en una especie de paroxismo extasiado; vieron ante ellos a los árabes; sintieron el látigo en los hocicos; dieron un salto hacia atrás, y retrocedieron corriendo, hasta cierta distancia. Pero la sangre del camello ya había formado charcos en el suelo, humeaba, el cuerpo estaba abierto en varios sitios; volvieron; nuevamente alzó el guía su látigo; detuve su brazo.

—Tienes razón, señor —me dijo—, dejémoslos seguir con su tarea; además, ya es hora de levantar el campamento. Lo has visto. Maravillosos animales, ¿no es verdad? ¡Y cómo nos odian!

## Una visita a la mina

Hoy han bajado hasta aquí los ingenieros jefes. La Dirección ha dado seguramente alguna orden de cavar nuevas galerías, y por eso han venido los ingenieros, para hacer un replanteamiento provisional. ¡Qué jóvenes son, y sin embargo, qué diferentes ya entre sí! Se han formado en plena libertad, y ya desde jóvenes muestran con toda naturalidad caracteres claramente definidos.

Uno, de pelo negro, vivaz, lo recorre todo con la mirada.

Otro, con un cuaderno, hace croquis al pasar, mira en torno, compara, toma notas.

Un tercero, con las manos en los bolsillos de la chaqueta, lo que hace que todo en él sea tenso, avanza erguido; conserva su dignidad; sólo la costumbre de morderse continuamente los labios demuestra su impaciente e irreprimible juventud.

El cuarto ofrece al tercero explicaciones que éste no le solicita; más bajo que el otro, le persigue como un demonio familiar, y con el índice siempre levantado, parece entonar una letanía sobre todo lo que ven.

El quinto, tal vez el más importante, no admite que le acompañen; a veces va delante, a veces detrás; el grupo acomoda su paso al suyo; es pálido y débil; la responsabilidad ha socavado sus ojos; a menudo, meditativo, se opriñe la frente con la mano.

El sexto y el séptimo marchan un poco agobiados, con las cabezas juntas, cogidos del brazo y conversando confidencialmente; si esto no fuera evidentemente nuestra mina de carbón, y nuestro puesto de trabajo en la galería más profunda, alguien podría creer que estos señores huesudos, afeitados y narigudos son dos jóvenes clérigos. Uno se ríe casi siempre con un ronroneo de gato; el otro, riendo igualmente, dirige la conversación, y con su mano libre marca una especie de compás. ¡Qué seguros han de estar estos señores de su posición; sí, a pesar de su juventud, cuántos servicios habrán prestado ya a nuestra mina, para atreverse así, en una inspección tan importante, bajo la mirada de su jefe, a ocuparse tan abstraídamente de asuntos personales, o por lo menos de asuntos que nada tienen que ver con la tarea del

momento! ¿O será tal vez posible que, a pesar de sus risas y su distracción, se den perfecta cuenta de todo? Uno no se atrevería casi a emitir un juicio definitivo sobre esta clase de señores.

Por otra parte, es en cambio indudable que el octavo está entregado a su labor con más atención que todos los demás. Todo tiene que tocarlo, que golpearlo con un martillito que saca constantemente del bolsillo, para volver a guardarlo en seguida. A menudo se arrodilla en la suciedad, a pesar de sus ropas elegantes, y golpea el piso, y luego al reanudar la marcha sigue golpeando las paredes y el techo de la galería. Una vez se ha tendido en el suelo, y ha permanecido inmóvil largo rato, hasta que pensamos que le había ocurrido alguna desgracia; pero de pronto se ha puesto de pie de un salto, con un breve encogimiento de su magro cuerpo. Simplemente, estaba haciendo una investigación. Nosotros creemos conocer nuestra mina y sus rocas, pero lo que este ingeniero investiga sin cesar de la manera descrita, nos resulta incomprendible.

El noveno empuja una especie de cochecito de bebé, donde se encuentran los aparatos de medición. Aparatos extraordinariamente costosos, envueltos en finísimo algodón. En realidad, el ordenanza debería conducir el cochecito, pero no le tienen bastante confianza, prefieren que lo lleve un ingeniero, y se ve que lo hace de buena gana. Es el más joven, probablemente, tal vez todavía no entiende bien todos los aparatos, pero su mirada no se aparta de ellos, lo que a menudo lo pone en peligro de chocar con el cochecito contra las paredes.

Pero hay otro ingeniero que va junto al coche y que impide esos accidentes. Éste, evidentemente, conoce a fondo los aparatos, y parece ser en realidad el encargado de ellos. De vez en cuando, sin detener el cochecito, coge una parte de algún aparato, la examina, la atornilla o la desatornilla, la agita y la golpea, la acerca a su oído y escucha; y por fin, mientras el conductor del coche se detiene, coloca nuevamente el pequeño objeto casi invisible desde lejos, con gran cuidado en el vehículo. Este ingeniero es un poco imperioso, pero sólo por consideración hacia los aparatos. Cuando el coche está a diez pasos de distancia de nosotros, el ingeniero nos hace un signo con el dedo, sin decir palabra, para que nos hagamos a un lado, aun donde no hay ningún lugar para hacerse a un lado.

Detrás de estos dos caballeros viene el ocioso ordenanza. Los señores, como es de esperar en personas de tanta instrucción, han abandonado hace tiempo cualquier arrogancia, pero en cambio el ordenanza parece haberla recogido y conservado toda. Con una mano a la espalda, la otra delante, sobre sus botones dorados, o acariciando el fino tejido de su librea, inclina constantemente la cabeza hacia izquierda y derecha, como si lo hubiéramos saludado y nos contestara, o como si diera por sentado que le hemos saludado, pero que no puede descender de sus alturas para comprobarlo. Naturalmente, no le saludamos, pero por su aspecto casi podría creerse que es algo maravilloso ser portero de la Dirección de la mina. A sus espaldas, todos nos reímos de él, pero como ni un rayo podría obligarle a volverse, seguimos considerándole

como algo incomprensible.

Hoy no trabajaremos mucho más; la interrupción ha resultado demasiado interesante; una visita como ésta nos quita todos nuestros deseos de trabajar. Sentimos demasiada tentación de quedarnos mirando a los caballeros que han desaparecido en la oscuridad de la galería de prueba. Además, nuestro turno pronto termina; ya no veremos el retorno de los señores.

## El pueblo más cercano

Mi abuelo solía decir:

La vida es asombrosamente corta. Ahora, al recordarla, se me aparece tan condensada, que por ejemplo casi no comprendo cómo un joven puede tomar la decisión de ir a caballo hasta el pueblo más cercano, sin temer —y descontando por supuesto la mala suerte— que aun el lapso de una vida normal y feliz no alcance ni para empezar semejante viaje.

## Un mensaje imperial

El Emperador —así dicen— te ha enviado a ti, el solitario, el más mísero de sus súbditos, la sombra que ha huido a la más lejana lejanía, microscópica ante el sol imperial; justamente a ti, el Emperador te ha enviado un mensaje desde su lecho de muerte. Hizo arrodillar al mensajero junto a su lecho, y le susurró el mensaje al oído; tan importante le parecía, que se lo hizo repetir en su propio oído. Asintiendo con la cabeza, corroboró la exactitud de la repetición. Y ante la muchedumbre reunida para contemplar su muerte —todas las paredes que interceptaban la vista habían sido derribadas, y sobre la amplia y elevada curva de la gran escalinata formaban un círculo los grandes del Imperio—, ante todos, ordenó al mensajero que partiera. El mensajero partió en el acto; un hombre robusto e incansable; extendiendo ora este brazo, ora el otro, se abre paso a través de la multitud; cuando encuentra un obstáculo, se señala sobre el pecho el signo del sol; adelanta mucho más fácilmente que ningún otro. Pero la multitud es muy grande; sus alojamientos son infinitos. Si ante él se abriera el campo libre, cómo volaría, qué pronto oirías el glorioso sonido de sus puños contra tu puerta. Pero, en cambio, qué inútiles son sus esfuerzos, todavía está abriendose paso a través de las cámaras del palacio central; no terminará de atravesarlas nunca; y si terminara, no habría adelantado mucho; todavía tendría que esforzarse para descender la escaleras; y si lo consiguiera, no habría adelantado mucho; tendría que cruzar los patios; y después de los patios el segundo palacio circundante; y nuevamente las escaleras y los patios; y nuevamente un palacio; y así durante miles de años; y cuando finalmente atravesara la última puerta —pero esto nunca, nunca puede suceder—, todavía le faltaría cruzar la capital, el centro del mundo, donde su escoria se amontona prodigiosamente. Nadie podría abrirse paso a

través de ella, y menos todavía con el mensaje de un muerto. Pero tú te sientas junto a tu ventana, y te lo imaginas, cuando cae la noche.

## Preocupaciones de un jefe de familia

Algunos dicen que la palabra *Odradek* es de origen eslovaco, y sobre esta base tratan de explicar su etimología. Otros, en cambio, creen que es de origen alemán y sólo presenta influencia eslovaca. La imprecisión de ambas interpretaciones permite suponer, sin equivocarse, que ninguna de las dos es verdadera, sobre todo porque ninguna de las dos nos revela que esta palabra tenga algún sentido.

Naturalmente, nadie se ocuparía de estos estudios, si no existiera en realidad un ser que se llama *Odradek*. A primera vista se asemeja a un carrete de hilo, chato y en forma de estrella, y en efecto, también parece que tuviera hilos arrollados; por supuesto, sólo son trozos de hilos viejos y rotos, de diversos tipos y colores, no sólo anudados, sino también enredados entre sí. Pero no es solamente un carrete, porque en medio de la estrella emerge un travesaño, y sobre éste, en ángulo recto, se inserta otro. Con ayuda de esta última barrita, de un lado, y de uno de los rayos de la estrella del otro, el conjunto puede erguirse como sobre dos patas.

Uno se siente inducido a creer que esta criatura tuvo en otro tiempo alguna especie de forma inteligible, y ahora está rota. Pero esto no parece comprobado; por lo menos, no hay nada que lo demuestre; no se ve ningún agregado, o superficie de rotura, que corrobore esta suposición; es un conjunto bastante insensato, pero dentro de su estilo, bien definido. De todos modos, no es posible un estudio más detallado, porque *Odradek* es extraordinariamente ágil, y no es posible apresarlo.

Se esconde alternativamente en la buhardilla, en la caja de la escalera, en los corredores, en el vestíbulo. A veces no se lo ve durante meses; seguramente se ha mudado a otra casa; pero siempre vuelve, fielmente, a la nuestra. A menudo, cuando uno sale por la puerta y lo encuentra apoyado justamente debajo de uno en la escalera, siente deseos de hablarle. Naturalmente, uno no le hace una pregunta difícil, más bien lo trata —su tamaño diminuto es tal vez el motivo— como a un niño.

—Bueno, ¿cómo te llamas?

—*Odradek* —dice él.

—¿Y dónde vives?

—Domicilio desconocido —dice, y ríe; claro que es la risa de alguien que no tiene pulmones. Suena más o menos como el susurro de las hojas caídas.

Y así termina generalmente la conversación. Por otra parte, no siempre responde; a menudo se queda mucho tiempo callado, como la madera de que parece estar hecho.

Ociosamente, me pregunto qué será de él. ¿Puede ocurrir que se muera? Todo lo que se muere tiene que haber tenido alguna especie de intención, alguna especie de actividad, que lo haya gastado; pero esto no puede decirse de *Odradek*. ¿Será posible

entonces que siga rodando por las escaleras y arrastrando pedazos de hilo ante los pies de mis hijos y de los hijos de mis hijos? Evidentemente, no hace mal a nadie; pero la suposición de que pueda sobrevivirme me resulta casi dolorosa.

## Once hijos

Tengo once hijos.

El primero es exteriormente bastante insignificante, pero serio y perspicaz; aunque le quiero, como quiero a todos mis demás hijos, no sobreestimo su valor. Sus razonamientos me parecen demasiado simples. No ve ni a izquierda ni a derecha ni hacia el futuro; en el reducido círculo de sus pensamientos, gira y gira corriendo sin cesar, o más bien pasea.

El segundo es hermoso, esbelto, bien formado; es un deleite verle manejar el florete. También es perspicaz, pero además tiene experiencia del mundo; ha visto mucho, y por eso mismo la naturaleza de su país parece hablar con él más confidencialmente que con los que nunca salieron de su patria. Pero es probable que esta ventaja no se deba únicamente, ni siquiera esencialmente, a sus viajes; más bien es un atributo de la inimitabilidad del muchacho, reconocida por ejemplo por todos los que han querido imitar sus saltos ornamentales en el agua, con varias volteretas en el aire, y que sin embargo no le hacen perder ese dominio casi violento de sí mismo. El coraje y el afán del imitador llega hasta el extremo del trampolín; pero una vez allí, en vez de saltar, se sienta repentinamente, y alza los brazos para excusarse. Pero a pesar de todo (en realidad debería sentirme feliz con un hijo semejante), mi afecto hacia él no carece de limitaciones. Su ojo izquierdo es un poco más chico que el derecho, y parpadea mucho; no es más que un pequeño defecto, naturalmente, que por otra parte da más audacia a su expresión; nadie, considerando la incomparable perfección de su persona, llamaría a ese ojo más chico y parpadeante un defecto. Pero yo, su padre, sí. Naturalmente, no es ese defecto físico lo que me preocupa, sino una pequeña irregularidad de su espíritu que en cierto modo corresponde a aquél, cierto veneno oculto en su sangre, cierta incapacidad de utilizar a fondo las posibilidades de su naturaleza, que yo solo entreveo. Tal vez esto, por otra parte, sea lo que hace de él mi verdadero hijo, porque esa limitación es al mismo tiempo la limitación de toda nuestra familia, y sólo en él es tan aparente.

El tercer hijo es también hermoso, pero no con la hermosura que me agrada. Es la belleza de un cantor; los labios bien formados; la mirada soñadora; esa cabeza que requiere un cortinaje detrás para ser efectiva; el pecho extraordinariamente amplio; las manos que fácilmente ascienden y demasiado fácilmente vuelven a caer; las piernas que se mueven delicadamente, porque no soportan el peso del cuerpo. Y además el tono de su voz no es perfecto; se mantiene un instante; el entendido se dispone a escuchar; pero poco después pierde el aliento. Aunque en general todo me tienta a exhibir especialmente a este hijo mío, prefiero mantenerle en la sombra; él,

por su lado, no pone reparos, pero no porque conozca sus defectos, sino por pura inocencia. Aún más, no se siente cómodo en nuestra época; como si perteneciera a nuestra familia, pero además formara parte de otra, perdida para siempre, a menudo está melancólico y nada consigue alegrarle.

Mi cuarto hijo es tal vez el más sociable. Verdadero hijo de su época, todos le comprenden, se mueve en un plano común a todos, y todos le buscan para saludarle. Tal vez esta apreciación general otorgue a su naturaleza cierta ligereza, a sus movimientos cierta libertad, a sus razonamientos cierta inconsistencia. Muchas de sus observaciones merecen ser repetidas, pero no todas, porque en conjunto adolecen realmente de extremada superficialidad. Es como aquel que se eleva maravillosamente del suelo, hiende en los aires como una golondrina, y luego termina desoladamente su vuelo en un oscuro desierto, en una nada. Estos pensamientos me amargan cuando le contemplo.

El quinto hijo es bueno y amable; prometía ser menos de lo que es; era tan insignificante, que realmente uno se sentía solo en su presencia; pero ahora ha logrado gozar de cierto crédito. Si me preguntaran cómo, no sabría contestar. Tal vez la inocencia sea lo que más fácilmente se abre paso a través del tumulto de los elementos de este mundo, e inocente lo es. Quizá demasiado inocente. Amigo de todos. Quizá demasiado amigo. Confieso que me siento incómodo cuando me lo elogian. Parece que el valor de los elogios disminuyera cuando se los prodigan a alguien tan evidentemente digno de elogios como mi hijo.

Mi sexto hijo parece, por lo menos a primera vista, el más profundo de todos. Es un cabizbajo, y sin embargo un charlatán. Por eso no es fácil entenderle. Si se siente dominado, se entrega a una impenetrable tristeza, si logra la supremacía, la mantiene a fuerza de conversación. Aunque no le niego cierta capacidad de apasionamiento y de olvido de sí mismo; a la luz del día, se le ve con frecuencia debatirse en medio de sus pensamientos, como en un sueño. Sin estar enfermo —nada de eso, su salud es muy buena—, a veces se tambalea, especialmente en el crepúsculo, pero no necesita ayuda, no se cae. Tal vez la culpa de ese fenómeno la tenga su desarrollo físico, porque es demasiado alto para su edad. Eso hace que en conjunto sea feo, aunque en ciertos detalles es hermoso, por ejemplo en las manos y los pies. También su frente es fea; tanto la piel como la forma de los huesos parecen mal desarrollados.

El séptimo hijo me pertenece tal vez más que todos los demás. El mundo no sabría apreciarle como merece; no comprende su tipo especial de ingenio. Yo no exagero su valor; ya sé que su importancia no es digna de consideración; si el mundo no cometiera otro error que el de no saber apreciarle, seguiría siendo impecable. Pero dentro de mi familia no podría prescindir de este hijo. Introduce cierta inquietud, y al mismo tiempo cierto respeto por la tradición, y sabe combinarlos, por lo menos así me lo parece, en un todo incontestable. Es verdad que él es el menos capacitado para sacar partido de ese todo; no es él quien pondrá en movimiento la rueda del futuro; pero esa manera de ser suya es tan alentadora, tan rica en esperanzas; me gustaría que

tuviera hijos, y que éstos tuvieran hijos a su vez. Por desgracia, no parece dispuesto a satisfacer ese deseo. Satisfecho consigo mismo, actitud que me es muy comprensible pero al mismo tiempo deplorable, y que desde luego, se opone notablemente al juicio de sus conocidos, se pasea por todas partes solo, no se interesa por las muchachas, y sin embargo no pierde nunca su buen humor.

Mi octavo hijo es mi desesperación, y realmente no sé por qué motivo. Me trata como a un desconocido, y no obstante siento que me une a él un estrecho vínculo paterno. El tiempo no ha hecho mucho bien; pero antes yo solía estremecerme cuando pensaba en él. Sigue su propio camino; ha roto todo vínculo conmigo; y ciertamente, con su cabeza dura, su cuerpecito atlético —aunque cuando era muchacho sus piernas eran muy débiles, pero quizás con el tiempo ese defecto se haya subsanado— llegará con toda facilidad adonde se proponga ir. Muchas veces he deseado volver a llamarle, preguntarle cómo le iba realmente, por qué se alejaba de ese modo de su padre, y cuáles eran sus propósitos fundamentales, pero ahora está tan lejos, y ha pasado tanto tiempo, que es mejor dejar las cosas como están. He oído decir que es el único hijo mío que usa barba; naturalmente, eso no puede quedar bien en un hombre tan bajo como él.

Mi noveno hijo es muy elegante, y tiene lo que las mujeres consideran sin lugar a dudas una mirada seductora. Tan seductora, que en ciertas ocasiones consigue seducirme a mí, aunque sé muy bien que basta una esponja mojada para borrar todo ese brillo ultraterreno. Lo curioso de este muchacho es que no trata en absoluto de ser seductor; para él el ideal sería pasarse la vida tendido en el sofá, y desperdiciar su seductora mirada en la contemplación del cielo raso, o mejor aún, dejarla reposar detrás de los párpados cerrados. Cuando está en esa su posición favorita, gusta de hablar, y habla bastante bien; concisamente y con perspicacia; pero sólo dentro de estrechos límites; si se sale de ellos, lo que es inevitable ya que son tan estrechos, su conversación se vuelve vacua. Uno querría hacerle señas para advertírselo, si hubiera alguna esperanza de que su mirada soñolienta pudiera siquiera verlas.

Mi décimo hijo pasa por ser de carácter insincero. No quiero negar totalmente ese defecto, ni tampoco afirmarlo. Ciertamente, cualquiera que le ve acercarse, con una pomosidad que no corresponde a su edad, con su levita siempre cuidadosamente abotonada, con un sombrero negro y viejo pero minuciosamente cepillado, con su rostro inexpresivo, la mandíbula un poco prominente, las largas pestañas que se curvan penumbrosas ante los ojos, esos dos dedos que tan a menudo se lleva a los labios; el que lo ve así piensa: «éste es un perfecto hipócrita». Pero oídle hablar. Comprensivo; reflexivo; lacónico; pregunta y replica con satírica vivacidad, en un maravilloso acuerdo con el mundo, una armonía natural y alegre; una armonía que necesariamente vuelve más tenso el cuello y endereza el cuerpo. Muchos que se suponen muy agudos, y que por ese motivo creyeron experimentar cierta repulsión ante su aspecto exterior, terminaron por sentirse fuertemente atraídos por su conversación. Pero en cambio hay otras personas que no ponen reparos en su exterior,

pero que consideran su conversación demasiado hipócrita. Yo, como padre, no quiero pronunciar un juicio definitivo, pero debo admitir que estos últimos críticos son por lo menos más dignos de atención que los primeros.

Mi undécimo hijo es delicado, quizás el más débil de mis hijos; pero su debilidad es engañosa, porque a veces sabe mostrarse fuerte y decidido, aunque en el fondo también en esos casos padezca de una debilidad fundamental. Pero no es una debilidad vergonzosa, sino algo que sólo parece debilidad a ras de tierra. ¿No es acaso, por ejemplo, una debilidad la predisposición al vuelo, que después de todo consiste en una inquietud y una indecisión y un aleteo? Algo parecido ocurre con mi hijo. Naturalmente, éstas no son cualidades que regocijen a un padre; evidentemente, tienden a la destrucción de la familia. Muchas veces me mira, como si quisiera decirme: «Te llevaré conmigo, padre». Entonces pienso: «Eres la última persona a quien me confiaría». Y su mirada parece replicarme: «Déjame entonces ser por lo menos la última».

Éstos son mis once hijos.

## Un fraticidio

Se ha comprobado que el asesinato tuvo lugar de la siguiente manera:

Schmar, el asesino, se apostó alrededor de las nueve de la noche —una noche de luna— en la intersección de la calle donde se encuentra el escritorio de Wese, la víctima, y la calle donde ésta vivía.

El aire de la noche era frío y penetrante. Pero Schmar sólo vestía un delgado traje azul; además, tenía la chaqueta desabotonada. No sentía frío; por otra parte, estaba todo el tiempo en movimiento. Su mano no soltaba el arma del crimen, mitad bayoneta y mitad cuchillo de cocina, completamente desnuda. Miraba el cuchillo a la luz de la luna; la hoja resplandecía; pero no bastante para Schmar; la golpeó contra las piedras del pavimento, hasta sacar chispas; quizá se arrepintió de ese impulso, y para reparar el daño, la pasó como el arco de un violín contra la suela de su zapato, sosteniéndose sobre una sola pierna, inclinado hacia adelante, escuchando al mismo tiempo el sonido del cuchillo contra el zapato, y el silencio de la fatídica callejuela.

¿Por qué permitió todo esto el particular Pallas, que a poca distancia de allí lo contemplaba todo desde su ventana del segundo piso?

Misterios de la naturaleza humana. Con el cuello alzado, el vasto cuerpo envuelto en la bata, meneando la cabeza, miraba hacia abajo.

Y a cinco casas de distancia, del otro lado de la calle, la señora Wese, con el abrigo de piel de zorros sobre el camisón, miraba también por la ventana, esperando a su marido, que hoy tardaba más que de costumbre.

Finalmente sonó la campanilla de la puerta del escritorio de Wese, demasiado fuerte para la campanilla de una puerta; sonó por toda la ciudad, hacia el cielo, y Wese, el laborioso trabajador nocturno, salió de la casa, todavía invisible, sólo

anunciado por el sonido de la campanilla; inmediatamente, el pavimento registra sus tranquilos pasos.

Pallas se asoma todavía más; no se atreve a perder ningún detalle. La señora Wese, tranquilizada por el sonido de la campanilla, cierra ruidosamente la ventana. Pero Schmar se arrodilla; como en ese momento no tiene ninguna otra parte del cuerpo descubierta, sólo apoya la cara y las manos contra las piedras; donde todo se hiela, Schmar arde.

En la misma esquina en que ambas calles se encuentran, se detiene Wese; sólo el bastón en que se apoya asoma por la otra calle. Un capricho. El cielo nocturno le atrae, y el azul oscuro y el oro. Sin pensar lo contempla, sin pensar se levanta el sombrero y se acaricia el pelo; allá arriba, ninguna armoniosa conjunción le señala su inmediato futuro; todo sigue en su insensato, inescrutable lugar. En sí y para sí, es muy razonable que Wese siga su camino; pero se encamina hacia el cuchillo de Schmar.

—¡Wese! —grita Schmar, poniéndose de puntillas, con el brazo extendido, y el cuchillo en vertical—. ¡Wese! En vano te espera Julia.

Y a derecha del cuello y a izquierda del cuello y finalmente en lo más hondo del vientre hunde Schmar su arma. Las ratas de agua hacen cuando las abren un ruido semejante al ruido que hace Wese.

—Ya está —dice Schmar, y arroja el cuchillo, esa superflua carga ensangrentada, hacia la casa contigua—. ¡Éxtasis del crimen! Alivio, sensación de alas que el fluir de la sangre ajena nos provoca. Wese, vieja sombra nocturna, amigo, compañero de cervicerías, te desangras en el oscuro pavimento de la calle. ¡Por qué no serás una simple vejiga llena de sangre, para que yo me suba sobre ti y te haga desaparecer totalmente! No todo lo que deseamos se cumple, no todos los sueños que florecen dan fruto, tus grávidos restos permanecen aquí, ya indiferentes a cualquier puntapié. ¿De qué sirve esa muda pregunta que a través de ellos nos formulas?

Pallas, tratando de tragar la confusión de espantos de su cuerpo, aparece en la puerta de la casa, abierta de par en par.

—¡Schmar! ¡Schmar! Todo ha sido visto, nada quedó oculto.

Pallas y Schmar se escudriñan mutuamente. Este escudriñamiento tranquiliza a Pallas; Schmar no llega a ninguna conclusión.

La señora Wese, con una muchedumbre a cada lado, se acerca veloz, su rostro totalmente envejecido por el terror. El abrigo de piel se abre, la señora se arroja sobre Wese, a quien ese cuerpo envuelto en un camisón pertenece; el abrigo de piel que se abate sobre el matrimonio, como el césped de una tumba, pertenece a la multitud.

Schmar, conteniendo con dificultad su última náusea, apoya la boca sobre el hombro del policía que con livianos pasos se lo lleva.

## Un sueño

Josef K. soñó:

Era un día hermoso, y K. quiso salir a pasear. Pero apenas dio dos pasos, llegó al cementerio. Vio numerosos e intrincados senderos, muy ingeniosos y nada prácticos; K. flotaba sobre uno de esos senderos como sobre un torrente, en un inconmovible deslizamiento. Desde lejos, su mirada advirtió el montículo de una tumba recién rellenada, y quiso detenerse a su lado. Ese montículo ejercía sobre él casi una fascinación, y le parecía que nunca podría acercarse demasiado rápidamente. A veces, sin embargo, la tumba casi desaparecía de la vista, oculta por estandartes cuyos lienzos flameaban y entrechocaban con gran fuerza; no se veía a los portadores de los estandartes, pero era como si allí reinara un gran júbilo.

Todavía escudriñaba la distancia, cuando vio de pronto la misma sepultura a su lado, cerca del camino; pronto la dejaría atrás. Salto rápidamente al césped. Pero como en el momento del salto el sendero se movía velozmente bajo sus pies, se tambaleó y cayó de rodillas justamente frente a la tumba. Detrás de ésta había dos hombres que sostenían una lápida en el aire, apenas apareció K. clavaron la lápida en la tierra, donde quedó sólidamente asegurada. Entonces surgió de un matorral un tercer hombre, en quien K. reconoció inmediatamente a un artista. Sólo vestía pantalones y una camisa mal abotonada; en la cabeza tenía una gorra de terciopelo; en la mano, un lápiz común, con el que dibujaba figuras en el aire mientras se acercaba.

Apoyó este lápiz en la parte superior de la lápida; la lápida era muy alta; el hombre no necesitaba agacharse, pero sí inclinarse hacia adelante, porque el montículo de tierra (que evidentemente él no quería pisar) le separaba de la piedra. Estaba de puntillas, y se apoyaba con la mano izquierda en la superficie de la lápida. Mediante un prodigo de destreza, logró dibujar con su lápiz ordinario letras doradas; escribió: «Aquí yace». Cada una de las letras era clara y hermosa, profundamente grabada, y de oro purísimo. Cuando hubo escrito las dos palabras, se volvió hacia K.; K., que sentía gran ansiedad por saber cómo seguiría la inscripción, apenas se preocupaba por el individuo, y sólo miraba la lápida. El hombre se dispuso nuevamente a escribir, pero no pudo, algo se lo impedía; dejó caer el lápiz, y nuevamente se volvió hacia K. Esta vez K. le miró, y advirtió que estaba hondamente perplejo, pero no podía explicarse el motivo de su perplejidad. Toda su vivacidad anterior había desaparecido. Esto hizo que también K. comenzara a sentirse perplejo; cambiaban miradas desoladas; había entre ellos algún odioso malentendido, que ninguno de los dos podía solucionar. Fuera de lugar, comenzó a repicar una campanita de la capilla fúnebre, pero el artista hizo una señal con la mano y la campana cesó. Poco después comenzó nuevamente a repicar; esta vez con mucha suavidad y sin especial insistencia; inmediatamente cesó; era como si solamente quisiera probar su sonido. K. se sentía afligido por la situación del artista, comenzó a llorar y sollozó largo rato en la concavidad de sus manos. El artista esperó que K. se calmara, y luego decidió, ya que no encontraba otra salida, proseguir su inscripción.

El primer breve trazo que dibujó fue para K. un alivio, pero el artista tuvo que vencer evidentemente una extraordinaria repugnancia antes de terminarlo; además, la inscripción no era ahora tan hermosa, sobre todo parecía haber mucho menos dorado, los trazos se demoraban, pálidos e inseguros; pero la letra resultó bastante grande. Era una J; estaba casi terminada ya, cuando el artista, furioso, dio un puntapié contra la tumba, y la tierra voló por los aires. Por fin comprendió K.; era muy tarde para pedir disculpas; con sus diez dedos escarbó en la tierra, que no le ofrecía casi ninguna resistencia; todo parecía preparado de antemano; sólo para disimular, habían colocado esa fina costra de tierra; inmediatamente se abrió debajo de él un gran hoyo, de empinadas paredes, en el cual K., impulsado por una suave corriente que lo puso de espaldas, se hundió. Pero cuando ya le recibía la impenetrable profundidad esforzándose todavía por erguir la cabeza, pudo ver su nombre que atravesaba rápidamente la lápida, con espléndidos adornos.

Encantado por esta visión, se despertó.

## Informe para una academia

Excelentísimos señores académicos:

Me hacéis el honor de pedirme que presente a la Academia un informe sobre mi simiesca vida anterior.

En este sentido no puedo desgraciadamente complacerlos, pues cerca de cinco años me separan ya de la simiedad. Ese lapso, corto quizás si se mide por el calendario, es interminablemente largo cuando, como yo, se ha galopado a través de él acompañado a trechos por gente importante, consejos, aplausos y música orquestal; pero en realidad solo, pues todo ese acompañamiento estaba —para conservar la imagen— del otro lado de la barrera. De haberme aferrado obstinadamente a mis orígenes, a mis recuerdos de juventud, me hubiera sido imposible cumplir lo que he cumplido. La disciplina suprema que me impuse consistió justamente en negarme a mí mismo toda obstinación. Yo, mono libre, acepté ese yugo; pero por eso mismo los recuerdos se me fueron borrando cada vez más. Si bien, de haberlo querido los hombres, hubiera podido retornar libremente, al comienzo, por la puerta total que el cielo forma sobre la tierra, ésta fue estrechándose más y más a medida que mi evolución se activaba como a latigazos: más recluido, y mejor me sentía en el mundo de los hombres: la borrasca, que viniendo de mi pasado soplaba tras de mí, se ha ido calmando: hoy es tan sólo una corriente de aire que me refresca los talones. Y el agujero lejano a través del cual ésta me llega, y por el cual llegué yo un día, se ha achicado tanto que —de tener fuerza y voluntad suficiente para volver corriendo hasta él— tendría que desollarme vivo si quisiera atravesarlo. Hablando con franqueza —por más que me agrade hablar de estas cosas en sentido metafórico—, hablando con franqueza os digo: vuestra simiedad, señores míos, en tanto que tuvierais algo similar en vuestro pasado, no podría estar más lejana de vosotros, que

lo que de mí está la mía. Sin embargo, le cosquillea los talones a todo aquél que pisa la tierra, tanto al pequeño chimpancé como al gran Aquiles.

Pero con todo, en un sentido limitadísimo, podré quizá contestar a vuestra pregunta, cosa que por lo demás hago con gran placer. Lo primero que aprendí fue a estrechar la mano en señal de convenio solemne. Estrechar la mano da testimonio de franqueza. Pueda hoy, al estar en el apogeo de mi carrera, agregar, a ese primer apretón de manos, también la palabra franca. Ella no aportará a la Academia nada esencialmente nuevo, y quedaré muy por debajo de lo que se me pide, pero que ni con la mejor voluntad puedo decir. De cualquier manera, en estas palabras expondré la línea directiva por la cual alguien que fue mono ingresó en el mundo de los humanos y se instaló firmemente en él. Conste además que ni las insignificancias siguientes podría contaros si no estuviese totalmente convencido de mí, y si mi posición no se hubiese afirmado de manera incommovible en todos los grandes *music-halls* del mundo civilizado.

Soy oriundo de la Costa de Oro. Para saber cómo fui capturado dependo de informes ajenos. Una expedición de la firma Hagenbeck —con cuyo jefe, por otra parte, he vaciado luego no pocas botellas de vino tinto— estaba al acecho emboscada en la maraña que orilla el río, cuando en medio de una banda corrí una tarde hacia el abrevadero. Dispararon: fui el único que cayó herido, alcanzado por dos tiros.

Uno en la mejilla. Fue leve pero dejó una gran cicatriz pelada y roja que me valió el nombre repugnante, totalmente inexacto y que podría haber sido inventado por un mono, de Peter el Rojo, como si sólo por esa mancha roja en la mejilla me diferenciara yo de aquel simio amaestrado llamado Peter, que poco ha reventó y cuya reputación era, por lo demás, únicamente local. Esto al margen.

El segundo tiro me alcanzó más abajo de la cadera. Era grave y por su culpa aún hoy renqueo un poco. No hace mucho leí en un artículo escrito por alguno de esos diez mil sabuesos que contra mí se desahogan desde los periódicos «que mi naturaleza simiesca no ha sido reprimida del todo», y como ejemplo de ello alega que cuando recibo visitas me complazco en bajar los pantalones para mostrar la señal dejada por la bala. Al bribón ese deberían bajarle a tiros, y uno por uno, cada dedito de la mano con que escribe. Yo, yo puedo quitarme los pantalones ante quien me dé la gana: nada se encontrará allí más que un pelaje cuidado y la cicatriz dejada por el —elijamos aquí para un fin preciso un término preciso y que no se preste a equívocos — injurioso tiro. Todo está a la luz del día: no hay nada que ocultar. Tratándose de la verdad toda persona generosa prescinde de los modales, por finos que éstos sean. En cambio otra cosa sería si el chupatintas en cuestión se quitase los pantalones al recibir visitas. Doy fe de su cordura admitiendo que no lo hace, ¡pero que entonces no me embrome más con sus gazmoñerías!

Después de estos tiros desperté —y aquí comienzan a surgir lentamente mis propios recuerdos— en una jaula colocada en el entrepuente del barco de Hagenbeck. No era una jaula con rejas a los cuatro costados, eran más bien tres rejas clavadas a

un cajón. El cuarto costado formaba, pues, parte del cajón mismo. Ese conjunto era demasiado bajo para estar de pie en él y demasiado estrecho para estar sentado. Por eso me acurrucaba doblando las rodillas que sin cesar me temblaban. Como probablemente no quería ver a nadie, por lo pronto prefería permanecer en la oscuridad: me volvía hacia el costado de las tablas y dejaba que los barrotes de hierro se me incrustaran en el lomo. Dicen que es conveniente enjaular así a los animales salvajes, en los primeros tiempos de su cautiverio, y hoy, según mi experiencia, no puedo negar que, desde el punto de vista humano, tienen en efecto razón.

Pero en todo esto no pensaba entonces. Por primera vez en mi vida me encontraba sin salida; por lo menos no la había directa. Directamente ante mí estaba el cajón con sus tablas bien unidas. Había, sin embargo, una rendija entre las tablas. Al descubrirla por primera vez la saludé con el aullido dichoso de la ignorancia. Pero esa rendija era tan estrecha que ni sacar por ella la cola podía, y ni con toda la fuerza simiesca me era posible ensancharla.

Como después me informaron, debo haber sido excepcionalmente poco ruidoso, y por ello dedujeron o que me extinguirían muy pronto o que, de sobrevivir a la crisis de los primeros tiempos, sería luego muy apto para el amaestramiento. Sobreviví a esos tiempos. Mis primeras ocupaciones en la vida nueva fueron: sollozar sordamente; espulgarme hasta el dolor; lamer hasta el hastío una nuez de coco; golpear con el cráneo contra la pared del cajón y enseñar los dientes cuando alguien se acercaba. Y en medio de todo ello una sola noción: no hay salida. Naturalmente hoy sólo puedo transcribir lo que entonces sentía como mono con palabras de hombre y por eso mismo lo desvirtúo.

Pero aunque ya no pueda captar la vieja verdad simiesca, no cabe duda de que ella está por lo menos en el sentido de mi descripción.

Hasta entonces había tenido tantas salidas, y ahora no me quedaba ninguna. Estaba encallado. Si me hubieran clavado, no hubiera disminuido por ello mi libertad de acción. ¿Por qué? Aunque te rasques hasta hacerte sangre el pellejo entre los dedos de los pies, no encontrarás explicación. Aunque te aprietas la espalda contra los barrotes de la jaula hasta casi partirete en dos, no encontrarás explicación. No tenía salida pero tenía que procurarme una: sin ella no podía vivir. Siempre contra esa pared hubiera reventado inevitablemente. Mas como en el circo Hagenbeck a los monos les cuadran las paredes de cajón, pues bien, dejé de ser mono. Ésta fue una asociación de ideas clara y hermosa que debió, en cierto modo, ocurrírseme en la barriga, ya que los monos piensan con la barriga.

Temo que no se comprenda bien lo que yo entiendo por «salida». Empleo la palabra en su sentido más cabal y más común. Intencionadamente no digo libertad. No hablo de esa gran sensación de libertad hacia todos los ámbitos. Cuando mono posiblemente la conocí y he visto hombres que la añoran. En lo que a mí se refiere, ni entonces ni ahora pido libertad. Con la libertad —y esto lo digo de pasada— uno se engaña demasiado entre los hombres, ya que si el de libertad es uno de los

sentimientos más sublimes, así también son de sublimes los correspondientes engaños. En los teatros de variedades, antes de salir a escena, he visto a menudo ciertas parejas de artistas trabajando en los trapecios, muy arriba, cerca del techo. Se lanzaban, se mecían, saltaban, volaban el uno a los brazos del otro, se llevaban el uno al otro suspendido del pelo con los dientes. «También esto», pensé, «es libertad para el hombre: ¡el movimiento soberano!». ¡Oh escarnio de la santa naturaleza! Ningún edificio quedaría en pie bajo las carcajadas que semejante espectáculo provocaría entre la simiedad.

No, yo no quería libertad. Quería únicamente una salida: a derecha, a izquierda, adonde fuera. No pretendía más. Aunque la salida fuese tan sólo un engaño: como la pretensión era pequeña el engaño no sería mayor. ¡Avanzar, avanzar! Con tal de no detenerse con los brazos en alto, apretado contra las tablas de un cajón.

Hoy lo veo claro: si no hubiera tenido una gran tranquilidad interior no hubiera podido escapar jamás. En realidad todo lo que he llegado a ser se lo debo posiblemente a esa gran tranquilidad que me acometió, allá, en los primeros días del barco. Pero, a la vez, debo esa tranquilidad a la tripulación.

Ésta era buena gente a pesar de todo. Hoy recuerdo todavía con placer el sonido de sus pasos pesados que entonces resonaban en mi sopor. Acostumbraban a hacer las cosas con extrema lentitud. Si alguno necesitaba frotarse los ojos levantaba la mano como un peso muerto. Sus bromas eran groseras pero cordiales. A sus risas se mezclaba siempre una tos que, aunque sonaba peligrosa, no significaba nada. Tenían continuamente en la boca algo que escupir y les era indiferente dónde lo escupían. Se quejaban siempre de que mis pulgas les saltaban encima, pero no por eso llegaron nunca a enojarse en serio conmigo: sabían, pues, que las pulgas se multiplicaban en mi pelaje y que las pulgas son saltarinas. Con esto se daban por satisfechos. Cuando estaban de asueto se sentaban a veces algunos de ellos en semicírculo frente a mí, hablándose apenas, gruñéndose el uno al otro, fumando la pipa tendidos sobre los cajones, palmeándose la rodilla a mi menor movimiento, y alguno, de vez en cuando, cogía una varita y con ella me hacía cosquillas donde me daba placer. Si me invitaran hoy a realizar un viaje en ese barco, desde luego declinaría la invitación, pero cierto es también que los recuerdos que allí en el entrepunte me perseguirían no serían todos desagradables.

La tranquilidad que obtuve en el círculo de esa gente me preservó, ante todo, de cualquier conato de fuga. Recapitulando, creo que ya entonces presentía que, para seguir viviendo, tenía que encontrar una salida, pero que esta salida no la hallaría en la fuga. No sé ahora si la fuga era posible, pero creo que sí lo era: a un mono debe de serle siempre posible la fuga. Con mis dientes actuales debo cuidarme hasta en la común tarea de cascar una nuez, pero en aquel entonces, poco a poco, hubiera podido roer de lado a lado el cerrojo de la puerta. No lo hice. ¿Qué hubiera ganado con ello? Apenas hubiese asomado la cabeza me hubieran cazado de nuevo y encerrado en una jaula peor; o bien hubiera podido huir hacia los otros animales, hacia las serpientes

gigantes, por ejemplo, que estaban frente a mí, para exhalar en su abrazo el último suspiro; o, de haber logrado deslizarme hasta el puente superior y saltado por sobre la borda, me hubiera mecido un ratito sobre el océano y luego me habría ahogado. Actos suicidas todos éstos. No razonaba tan humanamente entonces, pero bajo la influencia de mi medio ambiente actué como si hubiese razonado.

No razonaba, pero observaba, sí, con toda tranquilidad, a esos hombres que veía ir y venir. Siempre las mismas caras, los mismos gestos; a menudo me parecían ser un solo hombre. Pero ese hombre, o esos hombres, se movían sin trabas. Un alto designio comenzó a alborear en mí. Nadie me prometía que, de llegar a ser lo que ellos eran, me quitarían la reja. No se hacen tales promesas para esperanzas que parecen incolmables, pero si llegan a colmarse, aparecen estas promesas después, justamente allí donde antes se las había buscado en vano. Ahora bien, nada había en esos hombres que de por sí me atrajera mayormente. Si fuera partidario de esa libertad a la cual aludí, hubiera preferido sin duda el océano a esa salida que veía reflejarse en la turbia mirada de aquellos hombres. Había estado observándoles, de todas maneras, ya mucho antes de haber pensado en estas cosas, y, desde luego, sólo estas observaciones acumuladas me empujaron en aquella determinada dirección.

¡Era tan fácil imitar a la gente! Escupir pude ya en los primeros días. Nos escupíamos entonces mutuamente a la cara, con la diferencia de que yo me lamía luego hasta dejarla limpia y ellos no. Pronto fumé en pipa como un viejo, y cuando además metía el pulgar en la cazoleta de la pipa, todo el entrepuente se desternillaba de risa. Pero durante mucho tiempo no noté diferencia alguna entre la pipa cargada y la vacía.

Nada me dio tanto trabajo como la botella de caña. Me torturaba el olor y, a pesar de mi buena voluntad, pasaron semanas antes de que lograra vencer esa repugnancia. Lo increíble es que la gente tomó más en serio esas luchas interiores que cualquier otra cosa mía. En mis recuerdos tampoco diferencio a esa gente, pero había uno que venía siempre, solo o acompañado, de día, de noche, a las horas más diversas, y deteniéndose ante mí con la botella vacía me daba lecciones. No me comprendía: quería descifrar el enigma de mi ser. Descorchaba lentamente la botella, luego me miraba para saber si yo había comprendido. Confieso que yo le miraba siempre con una atención frenética y atropellada. Ningún maestro de hombre encontrará en el mundo entero mejor aprendiz de hombre. Cuando había descorchado la botella se la llevaba a la boca, yo con los ojos seguía todos sus movimientos. Asentía satisfecho conmigo, y posaba la botella en sus labios. Yo, entusiasmado con mi paulatina comprensión, chillaba rascándose a lo largo, a lo ancho, donde fuera. Él, regocijado, empinaba la botella y bebía un trago. Yo, impaciente y desesperado por emularle, me ensuciaba en la jaula, lo que de nuevo le regocijaba mucho. Después apartaba de sí la botella con gesto enfático y volvía de igual manera a acercarla a sus labios, y luego, echado hacia atrás en un gesto exageradamente pedagógico, la vaciaba de un trago. Yo, extenuado por excesivo deseo, no podía seguirle y permanecía colgado

débilmente de la reja mientras él, dando con esto por terminada la lección teórica, se frotaba, con amplia sonrisa, la barriga.

Sólo entonces comenzaba el ejercicio práctico. ¿No me había dejado ya el teórico demasiado extenuado? Sí, demasiado extenuado, pero esto era parte de mi destino. A pesar de ello tomaba lo mejor que podía la botella que me tendían; la descorchaba temblando; el lograrlo me iba dando nuevas fuerzas; levantaba la botella de manera casi idéntica a la del modelo; la posaba en los labios y... la arrojaba con asco; con asco, aunque estaba vacía y sólo el olor la llenaba; con asco la arrojaba al suelo. Para dolor de mi maestro, para mayor dolor mío; ni a él ni a mí mismo lograba reconciliar luego con el hecho de que, después de arrojar la botella, no me olvidara de frotarme a la perfección la barriga, mostrando al mismo tiempo una amplia sonrisa.

Así transcurría la lección con demasiada frecuencia, y en honor de mi maestro quiero hacer constar que no se enojaba conmigo, pero sí que, a veces, con la pipa encendida me tocaba el pelaje hasta que comenzaba a arder lentamente, en cualquier lugar donde yo difícilmente alcanzaba; entonces lo apagaba él mismo con su mano gigantesca y buena. No se enojaba conmigo, pues reconocía que, desde el mismo lado, ambos luchábamos contra la índole simiesca, y que era yo quien llevaba la peor parte.

A pesar de ello, qué triunfo luego, tanto para él como para mí, cuando cierta noche, ante un gran corro de espectadores —quizá estaban de fiesta, sonaba un fonógrafo, un oficial circulaba entre los tripulantes—, cuando aquella noche, sin que nadie lo advirtiese, cogí una botella de caña que alguien descuidadamente había olvidado junto a mi jaula, y ante el creciente asombro de la reunión, la descorché con toda corrección, la llevé a los labios y, sin vacilar, sin muecas, como un bebedor empedernido, poniendo los ojos en blanco y con el gaznate palpitante, la vacié real y verdaderamente. Arrojé la botella, no ya como un desesperado, sino como un artista, pero me olvidé, eso sí, de frotarme la barriga. En cambio, porque no podía hacer otra cosa, porque algo me empujaba a ello, porque los sentidos me bullían, por todo ello, en fin, rompé a gritar: «¡Hola!», con voz humana. Ese grito me hizo entrar de un salto en la comunidad de los hombres, y su eco: «¡Escuchad, habla!» lo sentí como un beso en mi cuerpo chorreante de sudor.

Repite: no me seducía imitar a los humanos; les imitaba porque buscaba una salida; por ningún otro motivo. Con ese triunfo, por otra parte, poco había conseguido, pues inmediatamente la voz me falló de nuevo. Sólo al cabo de unos meses volví a recuperarla. La repugnancia hacia la botella de caña reapareció con más fuerza aún, pero sin duda alguna había yo encontrado de una vez por todas mi camino.

Cuando en Hamburgo me entregaron al primer amaestrador, advertí en seguida que ante mí se abrían dos posibilidades: el jardín zoológico o el *music-hall*. No vacilé. Me dije: pon toda tu voluntad en ingresar en el *music-hall*: ésta es la salida. El jardín zoológico no es más que otra nueva jaula; quien entra allí está perdido.

Y aprendí, señores míos. ¡Ah, sí, cuando hay que aprender se aprende; se aprende cuando se trata de encontrar una salida! ¡Se aprende sin piedad! Se vigila uno a sí mismo con el látigo, lacerándose a la menor resistencia. La índole simiesca salió con furia fuera de mí, se alejó de mí dando volteretas, y por ello mi primer maestro mismo casi se volvió simiesco y tuvo que abandonar pronto las lecciones para ser internado en un sanatorio. Afortunadamente pronto salió de allí.

Consumí, sin embargo, a muchos maestros. Sí, hasta a varios a la vez. Cuando estuve ya más seguro de mi capacidad, cuando el público siguió mis progresos, cuando mi futuro comenzó a sonreírme, yo mismo elegí mis profesores. Les hice sentar en cinco habitaciones sucesivas y aprendí con todos a la vez, saltando sin interrupción de un cuarto a otro.

¡Qué progresos! ¡Qué irrupción, desde todos los ámbitos, de los rayos del conocimiento en el cerebro que despierta! ¿Por qué negarlo? Esto me hacía dichoso. Pero tampoco puedo negar que no lo sobreestimaba, ya entonces, ¡y cuánto menos lo sobreestimo ahora! Con un esfuerzo que hasta hoy no ha vuelto a repetirse sobre la tierra, logré tener la cultura media de un europeo. Esto en sí posiblemente no sería nada, pero es algo, sin embargo, en la medida en que me ayudó a dejar la jaula y a procurarme esta salida especial; esta salida humana. Hay un excelente giro alemán: «escurrirse entre los matorrales». Esto fue lo que yo hice: «me escurrí entre los matorrales». No me quedaba otro camino, por supuesto: siempre que no había que elegir la libertad.

Si de una ojeada examino mi evolución y lo que fue su objetivo hasta ahora, ni me lamento de ella, ni me doy por satisfecho. Con las manos en los bolsillos del pantalón, con la botella de vino sobre la mesa, recostado o sentado a medias en la mecedora, miro por la ventana. Si llegan visitas, las recibo como se debe. Mi empresario está sentado en la antecámara: si toco el timbre, acude y escucha lo que tengo que decirle. De noche casi siempre hay función y obtengo éxitos ya apenas superables. Y si al salir de los banquetes, de las sociedades científicas o de las gratas reuniones entre amigos, llego a casa a horas avanzadas de la noche, allí me espera una pequeña y semiamaestrada chimpancé, con quien, a la manera simiesca, lo paso muy bien. De día no quiero verla, pues tiene en la mirada esa locura del animal perturbado por el amaestramiento; eso únicamente yo lo advierto, y no puedo soportarlo.

De todas maneras, en resumen he logrado lo que me había propuesto lograr. Y no se diga que el esfuerzo no valía la pena. Por lo demás, no es la opinión de los hombres lo que me interesa; yo sólo quiero difundir conocimientos, sólo estoy informando. También a vosotros, excelentísimos señores académicos, sólo os he informado.

# En la colonia penitenciaria

—Es un aparato singular —dijo el oficial al explorador, y contempló con cierta admiración el aparato, que le era tan conocido.

El explorador parecía haber aceptado sólo por cortesía la invitación del comandante para presenciar la ejecución de un soldado condenado por desobediencia e insulto hacia sus superiores. En la colonia penitenciaria no era tampoco muy grande el interés suscitado por esta ejecución. Por lo menos en ese pequeño valle, profundo y arenoso, rodeado totalmente por riscos desnudos, sólo se encontraban, además del oficial y el explorador, el condenado, un hombre de boca grande y aspecto estúpido, de cabello y rostro descuidados, y un soldado que sostenía la pesada cadena donde convergían las cadenitas que retenían al condenado por los tobillos y las muñecas, así como por el cuello, y que estaban unidas entre sí mediante cadenas secundarias. De todos modos, el condenado tenía un aspecto tan caninamente sumiso, que al parecer hubieran podido permitirle correr en libertad por los riscos circundantes, para llamarlo con un simple silbido cuando llegara el momento de la ejecución.

El explorador no se interesaba mucho por el aparato y se paseaba detrás del condenado con visible indiferencia, mientras el oficial daba fin a los últimos preparativos, arrastrándose de pronto bajo el aparato, profundamente hundido en la tierra, o trepando de pronto por una escalera para examinar las partes superiores. Fácilmente hubiera podido ocuparse de estas labores un mecánico, pero el oficial las desempeñaba con gran celo, tal vez porque admiraba el aparato, o tal vez porque por diversos motivos no se podía confiar ese trabajo a otra persona.

—¡Ya está todo listo! —exclamó finalmente, y descendió de la escalera. Parecía extraordinariamente fatigado, respiraba con la boca muy abierta, y se había metido dos finos pañuelos de mujer bajo el cuello del uniforme.

—Estos uniformes son demasiado pesados para el trópico —dijo el explorador, en vez de hacer alguna pregunta sobre el aparato, como hubiera deseado el oficial.

—En efecto —dijo éste, y se lavó las manos sucias de aceite y de grasa en un balde que allí había—; pero para nosotros son símbolos de la patria; no queremos olvidarnos de nuestra patria. Y ahora fíjese en este aparato —prosiguió inmediatamente, secándose las manos con una toalla y mostrando al mismo tiempo el aparato. Hasta ahora intervine yo, pero de aquí en adelante el aparato funciona absolutamente solo.

El explorador asintió y siguió al oficial. Éste quería cubrir todas las contingencias, y por eso dijo:

—Naturalmente, a veces hay inconvenientes; espero que no los haya hoy, pero siempre se debe contar con esa posibilidad. El aparato debería funcionar ininterrumpidamente durante doce horas. Pero cuando hay entorpecimientos, son sin embargo desdeñables, y se los soluciona rápidamente.

—¿No quiere sentarse? —preguntó luego, sacando una silla de mimbre entre un montón de sillas semejantes, y ofreciéndosela al explorador; éste no podía rechazarla. Se sentó entonces; al borde de un hoyo estaba la tierra removida, dispuesta en forma

de parapeto; del otro lado estaba el aparato.

—No sé —dijo el oficial— si el comandante le ha explicado ya el aparato. El explorador hizo un ademán incierto; el oficial no deseaba nada mejor, porque así podía explicarle personalmente el funcionamiento.

—Este aparato —dijo, tomándose de una manivela y apoyándose sobre ella— es un invento de nuestro antiguo comandante. Yo asistí a los primerísimos experimentos, y tomé parte en todos los trabajos, hasta su terminación. Pero el mérito del descubrimiento sólo le corresponde a él. ¿No ha oído hablar usted de nuestro antiguo comandante? ¿No? Bueno, no exagero si le digo que casi toda la organización de la colonia penitenciaria es obra suya. Nosotros, sus amigos, sabíamos aun antes de su muerte que la organización de la colonia era un todo tan perfecto, que su sucesor, aunque tuviera mil nuevos proyectos en la cabeza, por lo menos durante muchos años no podría cambiar nada. Y nuestra profecía se cumplió; el nuevo comandante se vio obligado a admitirlo. Lástima que usted no haya conocido nuestro antiguo comandante. Pero —el oficial se interrumpió— estoy divagando, y aquí está el aparato. Como usted ve, consta de tres partes. Con el correr del tiempo, se generalizó la costumbre de designar a cada una de estas partes mediante una especie de sobrenombre popular. La inferior se llama la Cama, la de arriba el Diseñador, y esta del medio, la Rastra.

—¿La Rastra? —preguntó el explorador.

No había escuchado con mucha atención; el sol caía con demasiada fuerza en ese valle sin sombras, apenas podía uno concentrar los pensamientos. Por eso mismo le parecía más admirable ese oficial, que a pesar de su chaqueta de gala, ajustada, cargada de charreteras de adornos, proseguía con tanto entusiasmo sus explicaciones, y además, mientras hablaba, apretaba aquí y allá algún tornillo con un destornillador. En una situación semejante a la del explorador parecía encontrarse el soldado. Se había enrollado la cadena del condenado en torno de las muñecas; apoyado con una mano en el fusil, cabizbajo, no se preocupaba por nada de lo que ocurría. Esto no sorprendió al explorador, ya que el oficial hablaba en francés, y ni el soldado ni el condenado entendían el francés. Por eso mismo era más curioso que el condenado se esforzara por seguir las explicaciones del oficial. Con una especie de soñolienta insistencia, dirigía la mirada hacia donde el oficial señalaba, y cada vez que el explorador hacia una pregunta, también él, como el oficial, lo miraba.

—Sí, la Rastra —dijo el oficial—, un nombre bien educado. Las agujas están colocadas en ellas como los dientes de una rastra, y el conjunto funciona además como una rastra, aunque sólo en un lugar determinado, y con mucho más arte. De todos modos, ya lo comprenderá mejor cuando se lo explique. Aquí, sobre la Cama, se coloca al condenado. Primero le describiré el aparato, y después lo pondré en movimiento. Así podrá entenderlo mejor. Además, uno de los engranajes del Diseñador está muy gastado; chirría mucho cuando funciona, y apenas se entiende lo que uno habla; por desgracia, aquí es muy difícil conseguir piezas de repuesto.

Bueno, ésta es la Cama, como decíamos. Está totalmente cubierta con una capa de algodón en rama; pronto sabrá usted por qué. Sobre este algodón se coloca al condenado, boca abajo, naturalmente desnudo; aquí hay correas para sujetarle las manos, aquí para los pies, y aquí para el cuello. Aquí, en la cabecera de la Cama (donde el individuo, como ya le dije, es colocado primeramente boca abajo), esta pequeña mordaza de fieltro, que puede ser fácilmente regulada de modo que entre directamente en la boca del hombre, tiene la finalidad de impedir que grite o se muerda la lengua. Naturalmente, el hombre no puede alejar la boca del fieltro, porque la correa del cuello le quebraría las vértebras.

—¿Esto es algodón? —preguntó el explorador, y se agachó.

—Sí, claro —dijo el oficial riendo—; tóquelo usted mismo.

Cogió la mano del explorador, y se la hizo pasar por la Cama.

—Es un algodón especialmente preparado, por eso resulta tan irreconocible; ya le hablaré de su finalidad.

El explorador comenzaba a interesarse un poco por el aparato; protegiéndose los ojos con la mano, a causa del sol, contempló el conjunto. Era una construcción elevada. La Cama y el Diseñador tenían igual tamaño, y parecía dos oscuros cajones de madera. El Diseñador se elevaba unos dos metros sobre la Cama; los dos estaban unidos entre sí, en los ángulos, por cuatro barras de bronce, que casi resplandecían al sol. Entre los cajones, oscilaba sobre una cinta de acero la Rastra.

El oficial no había advertido la anterior indiferencia del explorador, pero sí notó su interés naciente; por lo tanto interrumpió las explicaciones, para que su interlocutor pudiera dedicarse sin inconvenientes al examen de los dispositivos. El condenado imitó al explorador; como no podría cubrirse los ojos con la mano, miraba hacia arriba, parpadeando.

—Entonces, aquí se coloca al hombre —dijo al explorador, echándose hacia atrás en su silla, y cruzando las piernas.

—Sí —dijo el oficial, corriendo la gorra un poco hacia atrás, y pasándose la mano por el rostro acalorado—, y ahora escuche. Tanto la Cama como el Diseñador tienen baterías eléctricas propias; la Cama la requiere para sí, el Diseñador para la Rastra. En cuanto el hombre está bien asegurado con las correas, la Cama es puesta en movimiento. Oscila con vibradores diminutos y muy rápidos, tanto lateralmente como verticalmente. Usted habrá visto aparatos similares en los hospitales; pero en nuestra Cama todos los movimientos están exactamente calculados; en efecto, deben estar minuciosamente sincronizados con los movimientos de la Rastra. Sin embargo, la verdadera ejecución de la sentencia corresponde a la Rastra.

—¿Cómo es la sentencia? —preguntó el explorador.

—¿Tampoco sabe eso? —dijo el oficial, asombrado, y se mordió los labios—. Perdóneme si mis explicaciones son tal vez un poco desordenadas: le ruego realmente que me disculpe. En otros tiempos, correspondía en realidad al comandante dar las explicaciones, pero el nuevo comandante rehúye ese honroso deber; de todos modos,

el hecho de que a una visita de semejante importancia —y aquí el explorador trató de restar importancia al elogio, con un ademán de las manos, pero el oficial insistió—, a una visita de semejante importancia ni siquiera se la ponga en conocimiento del carácter de nuestras sentencias, constituye también una insólita novedad, que... —y con una maldición al borde de los labios se contuvo y prosiguió—. ... Yo no sabía nada, la culpa no es mía. De todos modos, yo soy la persona más capacitada para explicar nuestros procedimientos, ya que tengo en mi poder —y se palmeó el bolsillo superior— los respectivos diseños preparados por la propia mano de nuestro antiguo comandante.

—¿Los diseños del comandante mismo? —preguntó el explorador—. ¿Reunía entonces todas las cualidades? ¿Era soldado, juez, constructor, químico y dibujante?

—Efectivamente —dijo el oficial, asintiendo con una mirada impenetrable y lejana.

Luego se examinó las manos; no le parecían suficientemente limpias para tocar los diseños; por lo tanto, se dirigió hacia el balde y se las lavó nuevamente. Luego sacó un pequeño portafolio de cuero, y dijo:

—Nuestra sentencia no es aparentemente severa. Consiste en escribir sobre el cuerpo del condenado, mediante la Rastra, la disposición que él mismo ha violado. Por ejemplo, las palabras inscriptas sobre el cuerpo de éste condenado —y el oficial señaló al individuo— serán: *Honra a tus superiores*.

El explorador miró rápidamente al hombre; en el momento en que el oficial lo señalaba, estaba cabizbajo y parecía prestar toda la atención de que sus oídos eran capaces, para tratar de entender algo. Pero los movimientos de sus labios gruesos y apretados demostraban evidentemente que no entendía nada. El explorador hubiera querido formular diversas preguntas, pero al ver al individuo sólo inquirió:

—¿Conoce él su sentencia?

—No —dijo el oficial, tratando de proseguir inmediatamente con sus explicaciones, pero el explorador lo interrumpió:

—¿No conoce su sentencia?

—No —repitió el oficial, callando un instante como para permitir que el explorador ampliara su pregunta—. Sería inútil anunciársela. Ya lo sabrá en carne propia.

El explorador no quería preguntar más; pero sentía la mirada del condenado fija en él, como inquiriéndole si aprobaba el procedimiento descrito. En consecuencia, aunque se había repantigado en la silla, volvió a inclinarse hacia adelante y siguió preguntando:

—Pero, por lo menos ¿sabe que ha sido condenado?

—Tampoco —dijo el oficial, sonriendo como si esperara que le hiciera otra pregunta extraordinaria.

—¿No? —dijo el explorador y se pasó la mano por la frente—, entonces ¿el individuo tampoco sabe cómo fue conducida su defensa?

—No se le dio ninguna oportunidad de defenderse —dijo el oficial y volvió la mirada, como hablando consigo mismo, para evitar al explorador la vergüenza de oír una explicación de cosas tan evidentes.

—Pero debe de haber tenido alguna oportunidad de defenderse —insistió el explorador, y se levantó de su asiento.

El oficial comprendió que corría el peligro de ver demorada indefinidamente la descripción del aparato; por lo tanto, se acercó al explorador, lo tomó por el brazo, y señaló con la mano al condenado, que al ver tan evidentemente que toda la atención se dirigía hacia él, se puso en posición de firme, mientras el soldado daba un tirón a la cadena.

—Le explicaré cómo se desarrolla el proceso —dijo el oficial—. Yo he sido designado juez de la colonia penitenciaria. A pesar de mi juventud. Porque yo era el consejero del antiguo comandante en todas las cuestiones penales, y además conozco el aparato mejor que nadie. Mi principio fundamental es éste: la culpa es siempre indudable. Tal vez otros juzgados no siguen este principio fundamental, pero son multipersonales, y además dependen de otras cámaras superiores. Este no es nuestro caso, o por lo menos no lo era en la época de nuestro antiguo comandante. El nuevo ha demostrado, sin embargo, cierto deseo de inmiscuirse en mis juicios, pero hasta ahora he logrado mantenerlo a cierta distancia, y espero seguir lográndolo. Usted desea que le explique este caso particular; es muy simple, como todos los demás. Un capitán presentó esta mañana la acusación de que este individuo, que ha sido designado criado suyo, y que duerme frente a su puerta, se había dormido durante la guardia. En efecto, tiene la obligación de levantarse al sonar cada hora, y hacer la venia ante la puerta del capitán. Como se ve, no es una obligación excesiva, y sí muy necesaria, porque así se mantiene alerta en sus funciones, tanto de centinela como de criado. Anoche el capitán quiso comprobar si su criado cumplía con su deber. Abrió la puerta exactamente a las dos, y lo encontró dormido en el suelo. Cogió la fusta, y le cruzó la cara. En vez de levantarse y suplicar perdón a su superior por las piernas, lo sacudió y exclamó: «Arroja ese látigo, o te como vivo». Estas son las pruebas. El capitán vino a verme hace una hora, tomé nota de su declaración y dicté inmediatamente la sentencia. Luego hice encadenar al culpable. Todo esto fue muy simple. Si primeramente lo hubiera hecho llamar, y lo hubiera interrogado, sólo habrían surgido confusiones. Habría mentido, y si yo hubiera querido desmentirlo, habría reforzado sus mentiras con nuevas mentiras y así sucesivamente. En cambio, así lo tengo en mi poder y no se escapará. ¿Está todo aclarado? Pero el tiempo pasa, ya debería comenzar la ejecución y todavía no terminé de explicarle el aparato.

Obligó al explorador a que se sentara nuevamente, se acercó otra vez al aparato, y comenzó:

—Como usted ve, la forma de la Rastra corresponde a la forma del cuerpo humano; aquí está la parte del torso, aquí están las rastras para las piernas. Para la cabeza, sólo hay esta agujita. ¿Le resulta claro?

Se inclinó amistosamente ante el explorador dispuesto a dar las más amplias explicaciones.

El explorador, con el ceño fruncido, consideró la Rastra. La descripción de los procedimientos judiciales no lo había satisfecho. Debía hacer un esfuerzo para no olvidar que se trataba de una colonia penitenciaria, que requería medidas extraordinarias de seguridad, y donde la disciplina debía ser exagerada hasta el extremo. Pero, por otra parte, pensaba en el nuevo comandante que evidentemente proyectaba introducir, aunque poco a poco, un nuevo sistema de procedimientos; estrecha mentalidad que este oficial no podía prender. Estos pensamientos le hicieron preguntar:

—¿El comandante asistirá a la ejecución?

—No es seguro —dijo el oficial, dolorosamente impresionado por una pregunta tan directa, mientras su expresión amistosa se desvanecía—. Por eso mismo debemos darnos prisa. En consecuencia, aunque lo siento muchísimo, me veré obligado a simplificar mis explicaciones. Pero mañana, cuando hayan limpiado nuevamente el aparato (su única falla consiste en que se ensucia mucho), podré seguir explayándome con más detalles. Reduzcámonos entonces por ahora a lo más indispensable. Una vez que el hombre está acostado en la Cama, y ésta comienza a vibrar, la Rastra desciende sobre su cuerpo. Se regula automáticamente, de modo que apenas roza el cuerpo con la punta de las agujas; en cuanto se establece el contacto, la cinta de acero se convierte inmediatamente en una barra rígida. Y entonces empieza la función. Una persona que no esté al tanto, no advierte ninguna diferencia entre un castigo y otro. La Rastra parece trabajar uniformemente. Al vibrar, rasga con la punta de las agujas la superficie del cuerpo, estremecido a su vez por la Cama. Para permitir la observación del desarrollo de la sentencia, la Rastra ha sido construida de vidrio. La fijación de las agujas en el vidrio originó algunas dificultades técnicas, pero después de diversos experimentos solucionamos el problema. Le diré que no hemos escatimado esfuerzos. Y ahora cualquiera puede observar, a través del vidrio, cómo va tomando forma la inscripción sobre el cuerpo. ¿No quiere acercarse a ver las agujas?

El explorador se levantó lentamente, se acercó y se inclinó sobre la Rastra.

—Como usted ve —dijo el oficial—, hay dos clases de agujas, dispuestas de diferente modo. Cada aguja larga va acompañada por una más corta. La larga se reduce a escribir, y la corta arroja agua, para lavar la sangre y mantener legible la inscripción. La mezcla de agua y sangre corre luego por pequeños canalículos, y finalmente desemboca en este canal principal, para verterse en el hoyo, a través de un caño de desagüe.

El oficial mostraba con el dedo el camino exacto que seguía la mezcla de agua y sangre. Mientras él, para hacer lo más gráfica posible la imagen, formaba un cuenco con ambas manos en la desembocadura del caño de salida, el explorador alzó la cabeza y trató de volver a su asiento, tanteando detrás de sí con la mano. Vio

entonces con horror que también el condenado había obedecido la invitación del oficial para ver más de cerca la disposición de la Rastra. Con la cadena había arrastrado un poco al soldado adormecido, y ahora se inclinaba sobre el vidrio. Se veía cómo su mirada insegura trataba de percibir lo que los dos señores acababan de observar, y cómo, faltándole la explicación, no comprendía nada. Se agachaba aquí y allá. Sin cesar, su mirada recorría el vidrio. El explorador trató de alejarlo, porque lo que hacía era probablemente punible. Pero el oficial lo retuvo con una mano, con la otra cogió del parapeto un terrón, y lo arrojó al soldado. Este se sobresaltó, abrió los ojos, comprobó el atrevimiento del condenado, dejó caer el rifle, hundió los talones en el suelo, arrastró de un tirón al condenado, que inmediatamente cayó al suelo, y luego se quedó mirando cómo se debatía y hacia sonar las cadenas.

—¡Póngalo de pie! —gritó el oficial, porque advirtió que el condenado distraía demasiado al explorador. En efecto, éste se había inclinado sobre la Rastra, sin preocuparse mayormente por su funcionamiento, y sólo quería saber qué ocurría con el condenado.

—¡Trátelo con cuidado! —volvió a gritar el oficial.

Luego corrió en torno del aparato, cogió personalmente al condenado bajo las axilas, y aunque éste se resbalaba constantemente, con la ayuda del soldado lo puso de pie.

—Ya estoy al tanto de todo —dijo el explorador, cuando el oficial volvió a su lado.

—Menos de lo más importante —dijo éste, tomándolo por un brazo y señalando hacia lo alto—. Allá arriba, en el Diseñador, está el engranaje que pone en movimiento la Rastra; dicho engranaje es regulado de acuerdo a la inscripción que corresponde a la sentencia. Todavía utilizo los diseños del antiguo comandante. Aquí están —y sacó algunas hojas del portafolio del cuero—, pero por desgracia no puedo dárselos para que los examine; son mi más preciosa posesión. Siéntese, yo se los mostraré desde aquí, y usted podrá ver todo perfectamente.

Mostró la primera hoja. El explorador hubiera querido hacer alguna observación pertinente, pero sólo vio líneas que se cruzaban repetida y laberínticamente, y que cubrían en tal forma el papel que apenas podían verse los espacios en blanco que las separaban.

—Lea —dijo el oficial.

—No puedo —dijo el explorador.

—Sin embargo, está claro —dijo el oficial.

—Es muy ingenioso —dijo el explorador evasivamente—, pero no puedo descifrarlo.

—Sí —dijo el oficial, riendo y guardando nuevamente el plano—, no es justamente caligrafía para escolares. Hay que estudiarlo largamente. También usted terminaría por entenderlo, estoy seguro. Naturalmente, no puede ser una inscripción simple; su fin no es provocar directamente la muerte, sino después de un lapso de

doce horas, término medio; se calcula que el momento crítico tiene lugar a la sexta hora. Por lo tanto, muchos, muchísimos adornos rodean la verdadera inscripción; ésta sólo ocupa una estrecha faja en torno del cuerpo; el resto se reserva a los embellecimientos. ¿Está ahora en condiciones de apreciar la labor de la Rastra, y de todo el aparato? ¡Fíjese! —y subió de un salto la escalera, e hizo girar una rueda—. ¡Atención, hágase a un lado!

El conjunto comenzó a funcionar. Si la rueda no hubiera chirriado, habría sido maravilloso. Como si el ruido de la rueda lo hubiera sorprendido, el oficial la amenazó con el puño, luego abrió los brazos, como disculpándose ante el explorador, y descendió rápidamente, para observar desde abajo el funcionamiento del aparato. Todavía había algo que no andaba, y que sólo él percibía; volvió a subir, buscó algo con ambas manos en el interior del Diseñador, se dejó deslizar por una de las barras, en vez de utilizar la escalera, para bajar más rápidamente, y exclamó con toda su voz en el oído del explorador, para hacerse oír en medio del estrépito:

—¿Comprende el funcionamiento? La Rastra comienza a escribir; cuando termina el primer borrador de la inscripción en el dorso del individuo, la capa de algodón gira y hace girar el cuerpo lentamente sobre un costado para dar más lugar a la Rastra. Al mismo tiempo, las partes ya escritas se apoyan sobre el algodón, que gracias a su preparación especial contiene la emisión de sangre y prepara la superficie para seguir profundizando la inscripción. Luego, a medida que el cuerpo sigue girando, estos dientes del borde de la Rastra arrancan el algodón de las heridas, lo arrojan al hoyo, y la Rastra puede proseguir su labor. Así sigue inscribiendo, cada vez más hondo, las doce horas. Durante las primeras seis horas, el condenado se mantiene casi tan vivo como al principio, sólo sufre dolores. Después de dos horas, se le quita la mordaza de fieltro, porque ya no tiene fuerzas para gritar. Aquí, en este recipiente calentado eléctricamente, junto a la cabecera de la Cama, se vierte pulpa caliente de arroz, para que el hombre se alimente, si así lo desea, lamiéndola con la lengua. Ninguno desdena esta oportunidad. No sé de ninguno, y mi experiencia es vasta. Sólo después de seis horas desaparece todo deseo de comer. Generalmente me arrodillo aquí, en ese momento, y observo el fenómeno. El hombre no traga casi nunca el último bocado, sólo lo hace girar en la boca, y lo escupe en el hoyo. Entonces tengo que agacharme, porque si no me escupiría en la cara. ¡Qué tranquilo se queda el hombre después de la sexta hora! Hasta el más estolido comienza a comprender. La comprensión se inicia en torno de los ojos. Desde allí se expande. En ese momento uno desearía colocarse con él bajo la Rastra. Ya no ocurre más nada; el hombre comienza solamente a descifrar la inscripción, estira los labios hacia afuera, como si escuchara. Usted ya ha visto que no es fácil descifrar la inscripción con los ojos; pero nuestro hombre la descifra con sus heridas. Realmente, cuesta mucho trabajo; necesita seis horas por lo menos. Pero ya la Rastra lo ha atravesado completamente y lo arroja en el hoyo, donde cae en medio de la sangre y el agua y el algodón. La sentencia se ha cumplido, y nosotros, yo y el soldado, lo enterramos.

El explorador había inclinado el oído hacia el oficial, y con las manos en los bolsillos de la chaqueta contemplaba el funcionamiento de la máquina. También el condenado lo contemplaba, pero sin comprender. Un poco agachado, seguía el movimiento de las agujas oscilantes; mientras tanto el soldado, ante una señal del oficial, le cortó con un cuchillo la camisa y los pantalones por la parte de atrás, de modo que estos últimos cayeron al suelo; el individuo trató de retener las ropas que se le caían, para cubrir su desnudez, pero el soldado lo alzó en el aire y sacudiéndolo hizo caer los últimos jirones de vestimenta. El oficial detuvo la máquina, y en medio del repentino silencio el condenado fue colocado bajo la Rastra. Le desataron las cadenas, y en su lugar lo sujetaron con las correas; en el primer instante, esto pareció significar casi un alivio para el condenado. Luego hicieron descender un poco más la Rastra, porque era un hombre delgado. Cuando las puntas lo rozaron, un estremecimiento recorrió su piel; mientras el soldado le ligaba la mano derecha, el condenado lanzó hacia afuera la izquierda, sin saber hacia dónde, pero en dirección del explorador. El oficial observaba constantemente a este último, de reojo, como si quisiera leer en su cara la impresión que le causaba la ejecución que por lo menos superficialmente acababa de explicarle.

La correa destinada a la mano izquierda se rompió; probablemente, el soldado la había estirado demasiado. El oficial tuvo que intervenir, y el soldado le mostró el trozo roto de correa. Entonces el oficial se le acercó y con el rostro vuelto hacia el explorador dijo:

—Esta máquina es muy compleja, a cada momento se rompe o se descompone alguna cosa; pero uno no debe permitir que estas circunstancias influyan en el juicio de conjunto. De todos modos, las correas son fácilmente sustituibles; usaré una cadena; es claro que la delicadeza de las vibraciones del brazo derecho sufrirá un poco.

Y mientras sujetaba la cadena, agregó:

—Los recursos destinados a la conservación de la máquina son ahora sumamente reducidos. Cuando estaba el antiguo comandante, yo tenía a mí disposición una suma de dinero con esa única finalidad. Había aquí un depósito, donde se guardaban piezas de repuesto de todas clases. Confieso que he sido bastante pródigo con ellas, me refiero a antes, no ahora, como insinúa el nuevo comandante, para quien todo es un motivo de ataque contra el antiguo orden. Ahora se ha hecho cargo personalmente del dinero destinado a la máquina, y si le mando pedir una nueva correa, me pide, como prueba, la correa rota; la nueva llega por lo menos diez días después, y además es de mala calidad, y no sirve de mucho. Cómo puede funcionar mientras tanto la máquina sin correas, eso no le preocupa a nadie.

El explorador pensó: Siempre hay que reflexionar un poco antes de intervenir decisivamente en los asuntos de los demás. Él no era ni miembro de la colonia penitenciaria, ni ciudadano del país al que ésta pertenecía. Si pretendía emitir juicios sobre la ejecución o trataba directamente de obstaculizarla, podían decirle: «Eres un

extranjero, no te metas». Ante esto no podía contestar nada, sólo agregar que realmente no comprendía su propia actitud, y de ningún modo pretendía modificar los métodos judiciales de los demás. Pero aquí se encontraba con cosas que realmente lo tentaban a quebrar su resolución de no inmiscuirse. La injusticia del procedimiento y la inhumanidad de la ejecución eran indudables. Nadie podía suponer que el explorador tenía algún interés personal en el asunto, porque el condenado era para él un desconocido, no era compatriota suyo, y ni siquiera era capaz de inspirar compasión. El explorador había sido recomendado por personas muy importantes, había sido recibido con gran cortesía, y el hecho de que lo hubieran invitado a la ejecución podía justamente significar que se deseaba conocer su opinión sobre el asunto. Esto parecía bastante probable, porque el comandante, como bien claramente acababan de expresarle, no era partidario de esos procedimientos, y su actitud ante el oficial era casi hostil.

En ese momento oyó el explorador un grito airado del oficial. Acababa de colocar, no sin gran esfuerzo, la mordaza de fieltro dentro de la boca del condenado, cuando este último, con una náusea irresistible, cerró los ojos y vomitó. Rápidamente el oficial le alzó la cabeza, alejándola de la mordaza y tratando de dirigirla hacia el hoyo; pero era demasiado tarde, y el vómito se derramó sobre la máquina.

—¡Todo esto es culpa del comandante! —gritó el oficial, sacudiendo insensatamente la barra de cobre que tenía enfrente—. Me dejarán la máquina más sucia que una pocilga —y con manos temblorosas mostró al explorador lo que había ocurrido—. Durante horas he tratado de hacerle comprender al comandante que el condenado debe ayunar un día entero antes de la ejecución. Pero nuestra nueva doctrina compasiva no lo quiere así. Las señoras del comandante visitan al condenado y le atiboran la garganta de dulces. Durante toda la vida se alimentó con peces hediondos, y ahora necesita comer dulces. Pero en fin, podríamos pasarlo por alto, yo no protestaría, pero ¿por qué no quieren conseguirme una nueva mordaza de fieltro, ya que hace tres meses que la pido? ¿Quién podría meterse en la boca, sin asco, una mordaza que más de cien moribundos han chupado y mordido?

El condenado había dejado caer la cabeza y parecía tranquillo; mientras tanto, el soldado limpiaba la máquina con la camisa del otro. El oficial se dirigió hacia el explorador, que tal vez por un presentimiento retrocedió un paso, pero el oficial lo cogió por la mano y lo llevó aparte.

—Quisiera hablar confidencialmente algunas palabras con usted —dijo este último—. ¿Me lo permite?

—Naturalmente —dijo el explorador, y escuchó con la mirada baja.

—Este procedimiento judicial, y este método de castigo, que usted tiene ahora oportunidad de admirar, no goza actualmente en nuestra colonia de ningún abierto partidario. Soy su único sostenedor, y al mismo tiempo el único sostenedor de la tradición del antiguo comandante. Ya ni podría pensar en la menor ampliación del procedimiento, y necesito emplear todas mis fuerzas para mantenerlo tal como es

actualmente. En vida de nuestro antiguo comandante, la colonia estaba llena de partidarios; yo poseo en parte la fuerza de convicción del antiguo comandante, pero carezco totalmente de su poder; en consecuencia, los partidarios se ocultan; todavía hay muchos, pero ninguno lo confiesa. Si usted entra hoy, que es día de ejecución, en la confitería, y escucha las conversaciones, tal vez sólo oiga frases de sentido ambiguo. Esos son todos partidarios, pero bajo el comandante actual, y con sus doctrinas actuales, no me sirven absolutamente de nada. Y ahora le pregunto: ¿le parece bien que por culpa de este comandante y sus señoras, que influyen sobre él, semejante obra de toda una vida —y señaló la maquinaria— desaparezca? ¿Podemos permitirlo? Aun cuando uno sea un extranjero, y sólo haya venido a pasar un par de días en nuestra isla. Pero no podemos perder tiempo, porque también se prepara algo contra mis funciones judiciales; ya tienen lugar conferencias en la oficina del comandante, de las que me veo excluido; hasta su visita de hoy, señor, me parece formar parte de un plan; por cobardía, lo utilizan a usted, un extranjero, como pantalla. ¡Qué diferencia era en otros tiempos la ejecución! Ya un día antes de la ceremonia, el valle estaba completamente lleno de gente; todos venían sólo para ver; por la mañana temprano aparecía el comandante con sus señoras; las fanfarrias despertaban a todo el campamento; yo presentaba un informe de que todo estaba preparado; todo el estado mayor —ningún alto oficial se atrevía a faltar— se ubicaba en torno de la máquina; este montón de sillas de mimbre es un mísero resto de aquellos tiempos. La máquina resplandecía, recién limpiada; antes de cada ejecución me entregaban piezas nuevas de repuesto. Ante cientos de ojos —todos los asistentes en puntas de pie, hasta en la cima de esas colinas— el condenado era colocado por el mismo comandante debajo de la Rastra. Lo que hoy corresponde a un simple soldado, era en esa época tarea mía, tarea del juez presidente del juzgado, y un gran honor para mí. Y entonces empezaba la ejecución. Ningún ruido discordante afectaba el funcionamiento de la máquina. Muchos ya no miraban; permanecían con los ojos cerrados, en la arena; todos sabían: ahora se hace justicia. En ese silencio, sólo se oían los suspiros del condenado, apenas apagados por el fieltro. Hoy la máquina ya no es capaz de arrancar al condenado un suspiro tan fuerte que el fieltro no pueda apagarlo totalmente; pero en ese entonces las agujas inscriptoras vertían un líquido ácido, que hoy ya no nos permiten emplear. ¡Y llegaba la sexta hora! Era imposible satisfacer todos los pedidos formulados para contemplarla desde cerca. El comandante, muy sabiamente, había ordenado que los niños tendrían preferencia sobre todo el mundo; yo, por supuesto, gracias a mi cargo, tenía el privilegio de permanecer junto a la máquina; a menudo estaba en cuclillas, con un niñito en cada brazo, a derecha e izquierda. ¡Cómo absorbíamos todas esas expresiones de transfiguración que aparecía en el rostro martirizado, cómo nos bañábamos las mejillas en el resplandor de esa justicia, por fin lograda y que tan pronto desaparecería! ¡Qué tiempos, camarada!

El oficial había evidentemente olvidado quién era su interlocutor; lo había

abrazado, y apoyaba la cabeza sobre su hombro. El explorador se sentía grandemente desconcertado; inquieto, miraba hacia la lejanía. El soldado había terminado su limpieza, y ahora vertía pulpa de arroz en el recipiente. Apenas la advirtió el condenado, que parecía haberse mejorado completamente, comenzó a lamer la papilla con la lengua. El soldado trataba de alejarlo, porque la papilla era para más tarde, pero de todos modos también era incorrecto que el soldado metiera en el recipiente sus sucias manos, y se dedicara a comer ante el ávido condenado.

El oficial recobró rápidamente el dominio de sí mismo.

—No quise emocionarlo —dijo—, ya sé que actualmente es imposible dar una idea de lo que eran esos tiempos. De todos modos, la máquina todavía funciona, y se basta a sí misma. Se basta a sí misma, aunque se encuentra muy solitaria en este valle. Y al terminar, el cadáver cae como antaño dentro del hoyo, con un movimiento incomprendiblemente suave, aunque ya no se apiñan las muchedumbres como moscas en torno de la sepultura, como en otros tiempos. Antaño teníamos que colocar una sólida baranda en torno de la sepultura, pero hace mucho que la arrancamos.

El explorador quería ocultar su rostro al oficial, y miraba en torno, al azar. El oficial creía que contemplaba la desolación del valle; le cogió por lo tanto las manos, se coloco frente a él, para mirarlo en los ojos, y le preguntó:

—¿Se da cuenta, qué vergüenza?

Pero el explorador calló. El oficial lo dejó un momento entregado a sus pensamientos; con las manos en las caderas, las piernas abiertas, permaneció callado, cabizbajo. Luego sonrió alentadoramente al explorador, y dijo:

—Yo estaba ayer cerca de usted cuando el comandante lo invitó. Oí la invitación. Conozco al comandante. Inmediatamente comprendí el propósito de esta invitación. Aunque su poder es suficientemente grande para tomar medidas contra mí, todavía no se atreve, pero ciertamente tiene la intención de oponerme el veredicto de usted, el veredicto del ilustre extranjero. Lo ha calculado perfectamente: hace dos días que usted está en la isla, no conoció al antiguo comandante, ni su manera de pensar, está habituado a los puntos de vista europeos, tal vez se opone fundamentalmente a la pena capital en general y a estos tipos de castigo mecánico en particular; además comprueba que la ejecución tiene lugar sin ningún apoyo popular, tristemente, mediante una máquina ya un poco arruinada; considerando todo esto (así piensa el comandante), ¿no sería entonces muy probable que desaprobara mis métodos? Y si los desaprobara, no ocultaría su desaprobación (hablo siempre en nombre del comandante), porque confía ampliamente en sus bien probadas conclusiones. Es verdad que usted ha visto las numerosas peculiaridades de numerosos pueblos, y ha aprendido a apreciarlas, y por lo tanto es probable que no se exprese con excesivo rigor contra el procedimiento, como lo haría en su propio país. Pero el comandante no necesita tanto. Una palabra cualquiera, hasta una observación un poco imprudente le bastaría. No hace siquiera falta que esa observación exprese su opinión, basta que aparentemente corrobore la intención del comandante. Que él tratará de sonsacarlo

con preguntas astutas, de eso estoy seguro. Y sus señoras estarán sentadas en torno, y alzarán las orejas; tal vez usted diga: «En mi país el procedimiento judicial es distinto» o «En mi país se permite al acusado defenderse antes de la sentencia» o «En mi país hay otros castigos, además de la pena de muerte» o «En mi país sólo existió la tortura en la Edad Media». Todas éstas son observaciones correctas y que a usted le parecen evidentes, observaciones inocentes, que no pretenden juzgar mis procedimientos. Pero ¿como la tomará el comandante? Ya lo veo al buen comandante, veo cómo aparta su silla y sale rápidamente al balcón, veo a sus señoras, que se precipitan tras él como un torrente, oigo su voz (las señoras la llaman una voz de trueno) que dice: «Un famoso investigador europeo, enviado para estudiar el procedimiento judicial en todos los países del mundo, acaba de decir que nuestra antigua justicia es inhumana. Después de oír el juicio de semejante personalidad, ya no me es posible seguir permitiendo este procedimiento. Por la tanto, ordeno que desde el día de hoy...» y así sucesivamente. Usted trata de interrumpirlo para explicar que no dijo lo que él pretende, que no llamó nunca inhumano mi procedimiento, que en cambio su profunda experiencia le demuestra que es el procedimiento más humano y acorde con la dignidad humana, que admira esta maquinaria... pero ya es demasiado tarde; usted no puede asomarse al balcón, que está lleno de damas; trata de llamar la atención; trata de gritar; pero una mano de señora le tapa la boca... y tanto yo como la obra del antiguo comandante estamos irremediablemente perdidos.

El explorador tuvo que contener una sonrisa; tan fácil era entonces la tarea que le había parecido tan difícil. Dijo evasivamente:

—Usted exagera mi influencia; el comandante leyó mis cartas de recomendación, y sabe que no soy ningún entendido en procedimientos judiciales. Si yo expresara una opinión, sería la opinión de un particular, en nada más significativa que la opinión de cualquier otra persona, y en todo caso mucho menos significativa que la opinión del comandante, que según creo posee en esta colonia penitenciaria prerrogativas extensísimas. Si la opinión de él sobre este procedimiento es tan hostil como usted dice, entonces me temo que haya llegado la hora decisiva para el mismo, sin que se requiera mi humilde ayuda.

¿Lo había comprendido ya el oficial? No, todavía no lo comprendía. Meneó enfáticamente la cabeza, volvió brevemente la mirada hacia el condenado y el soldado, que se alejaron por instinto del arroz, se acercó bastante al explorador, lo miró no en los ojos, sino en algún sitio de la chaqueta, y le dijo más despacio que antes:

—Usted no conoce al comandante; usted cree (perdone la expresión) que es una especie de extraño para él y para nosotros; sin embargo, créame, su influjo no podría ser subestimado. Fue una verdadera felicidad para mí saber que usted asistiría solo a la ejecución. Esa orden del comandante debía perjudicarme, pero yo sabré sacar ventaja de ella. Sin distracciones provocadas por falsos murmullos y por miradas

desdeñosas (imposibles de evitar si una gran multitud hubiera asistido a la ejecución), usted ha oído mis explicaciones, ha visto la máquina, y está ahora a punto de contemplar la ejecución. Ya se ha formado indudablemente un juicio; si todavía no está seguro de algún pequeño detalle el desarrollo de la ejecución disipará sus últimas dudas. Y ahora elevo ante usted esta súplica: Ayúdeme contra el comandante.

El explorador no le permitió proseguir.

—¡Cómo me pide usted eso —exclamó—, es totalmente imposible! No puedo ayudarlo en lo más mínimo, así como tampoco puedo perjudicarlo.

—Puede —dijo el oficial; con cierto temor, el explorador vio que el oficial contraía los puños—. Puede —repitió el oficial con más insistencia todavía—. Tengo un plan, que no fallará. Usted cree que su influencia no es suficiente. Yo sé que es suficiente. Pero suponiendo que usted tuviera razón, ¿no sería de todos modos necesario tratar de utilizar toda clase de recursos aunque dudemos de su eficacia, con tal de conservar el antiguo procedimiento? Por lo tanto escuche usted mi plan. Ante todo es necesario para su éxito que hoy, cuando se encuentre usted en la colonia, sea lo más reticente posible en sus juicios sobre el procedimiento. A menos que le formulen una pregunta directa, no debe decir una palabra sobre el asunto; si lo hace, que sea con frases breves y ambiguas; debe dar a entender que no le agrada discutir ese tema, que ya está harto de él, que si tuviera que decir algo prorrumpiría francamente en maldiciones. No le pido que mienta; de ningún modo; sólo debe contestar lacónicamente, por ejemplo: «Sí, asistí a la ejecución» o «Sí, escuché todas las explicaciones». Sólo eso, nada más. En cuanto al fastidio que usted pueda dar a entender, tiene motivos suficientes, aunque no sean tan evidentes para el comandante. Naturalmente, éste comprenderá todo mal, y lo interpretará a su manera. En eso se basa justamente mi plan. Mañana se realizará en la oficina del comandante, presidida por éste, una gran asamblea de todos los altos oficiales administrativos. El comandante, por supuesto, ha logrado convertir esas asambleas en un espectáculo público. Hizo construir una galería, que está siempre llena de espectadores. Estoy obligado a tomar parte en las asambleas, pero me enferman de asco. Ahora bien, pase lo que pase, es seguro que a usted lo invitarán; si se atiene hoy a mi plan, la invitación se convertirá en una insistente súplica. Pero si por cualquier motivo imprevisible no fuera invitado, debe usted de todos modos pedir que lo inviten; es indudable que así lo harán. Por lo tanto, mañana estará usted sentado con las señoras en el palco del comandante. Él mira a menudo hacia arriba, para asegurarse de su presencia. Después de varias órdenes del día, triviales y ridículas, calculadas para impresionar al auditorio —en su mayoría son obras portuarias, ¡eternamente obras portuarias!—, se pasa a discutir nuestro procedimiento judicial. Si eso no ocurre, o no ocurre bastante pronto, por desidia del comandante, me encargaré yo de introducir el tema. Me pondré de pie y mencionaré que la ejecución de hoy tuvo lugar. Muy breve, una simple mención. Semejante mención no es en realidad usual, pero no importa. El comandante me da las gracias, como siempre, con una sonrisa amistosa, y ya sin

poder contenerse aprovecha la excelente oportunidad. «Acaban de anunciar —más o menos así dirá— que ha tenido lugar la ejecución. Sólo quisiera agregar a este anuncio que dicha ejecución ha sido presenciada por el gran investigador que como ustedes saben honra extraordinariamente nuestra colonia con su visita. También nuestra asamblea de hoy adquiere singular significado gracias a su presencia. ¿No convendría ahora preguntar a este famoso investigador qué juicio le merece nuestra forma tradicional de administrar la pena capital, y el procedimiento judicial que la precede?» Naturalmente, aplauso general, acuerdo unánime, y más que de nadie. El comandante se inclina ante usted, y dice: «Por lo tanto, le formulo en nombre de todos dicha pregunta». Y entonces usted se adelanta hacia la baranda del palco. Apoya las manos donde todos pueden verlas, porque si no se las cogerán las señoras y jugarán con sus dedos. Y por fin se escucharán sus palabras. No sé cómo podré soportar la tensión de la espera hasta ese instante. En su discurso no debe haber ninguna reticencia, diga la verdad a pleno pulmón, inclínese sobre el borde del balcón, grite, sí, grite al comandante su opinión, su incombustible opinión. Pero tal vez no le guste a usted esto, no corresponde a su carácter, o quizás en su país uno se comporta diferentemente en esas ocasiones; bueno, está bien, también así será suficientemente eficaz, no hace falta que se ponga de pie, diga solamente un par de palabras, susúrrelas, que sólo los oficiales que están debajo de usted las oigan, es suficiente, no necesita mencionar siquiera la falta de apoyo popular a la ejecución, ni la rueda que chirría, ni las correas rotas, ni el nauseabundo fieltro, no; yo me encargo de todo eso, y le aseguro que si mi discurso no obliga al comandante a abandonar el salón, lo obligará a arrodillarse y reconocer: «Antiguo comandante, ante ti me inclino». Este es mi plan; ¿quiere ayudarme a realizarlo? Pero, naturalmente, usted quiere; aún más, *debe* ayudarme.

El oficial cogió al explorador por ambos brazos, y lo miró en los ojos, respirando agitadamente. Había gritado con tal fuerza las últimas frases, que hasta el soldado y el condenado se habían puesto a escuchar; aunque no podían entender nada, habían dejado de comer y dirigían la mirada hacia el explorador, masticando todavía.

Desde el primer momento el explorador no había dudado de cuál debía ser su respuesta. Durante su vida había reunido demasiada experiencia para dudar en este caso; era una persona fundamentalmente honrada y no conocía el temor. Sin embargo, contemplando al soldado y al condenado, vaciló un instante. Por fin dijo lo que debía decir:

—No.

El oficial parpadeó varias veces, pero no desvió la mirada.

—¿Desea usted una explicación? —preguntó el explorador. El oficial asintió, sin hablar.

—Desapruebo este procedimiento —dijo entonces el explorador—, aun desde antes que usted me hiciera estas confidencias (por supuesto que bajo ninguna circunstancia traicionaré la confianza que ha puesto en mí); ya me había preguntado

si sería mi deber intervenir, y si mi intervención tendría después de todo alguna posibilidad de éxito. Pero sabía perfectamente a quién debía dirigirme en primera instancia: naturalmente al comandante. Usted lo ha hecho más indudable aún, aunque confieso que no sólo no ha fortalecido mi decisión, sino que su honrada convicción ha llegado a conmoverme mucho, por más que no logre modificar mi opinión.

El oficial callaba; se volvió hacia la máquina, se tomó de una de las barras de bronce, y contempló, un poco echado hacia atrás, el Diseñador, como para comprobar que todo estaba en orden. El soldado y el condenado parecían haberse hecho amigos; el condenado hacía señales al soldado, aunque sus sólidas ligaduras dificultaban notablemente la operación; el soldado se inclinó hacia él; el condenado le susurró algo, y el soldado asintió.

El explorador se acercó al oficial, y dijo:

—Todavía no sabe usted lo que pienso hacer. Comunicaré al comandante, en efecto, lo que opino del procedimiento, pero no en una asamblea, sino en privado; además, no me quedaré aquí lo suficiente para asistir a ninguna conferencia; mañana por la mañana me voy, o por lo menos me embarco.

No parecía que el oficial lo hubiera escuchado.

—Así que el procedimiento no lo convence —dijo éste para sí, y sonrió, como un anciano que se ríe de la insensatez de un niño, y a pesar de la sonrisa prosigue sus propias meditaciones—. Entonces, llegó el momento —dijo por fin, y miró de pronto al explorador con clara mirada, en la que se veía cierto desafío, cierto vago pedido de cooperación.

—¿Cuál momento? —preguntó inquieto el explorador, sin obtener respuesta.

—Eres libre —dijo el oficial al condenado, en su idioma; el hombre no quería creerlo—. Vamos, eres libre —repitió el oficial.

Por primera vez, el rostro del condenado parecía realmente animarse. ¿Sería verdad? ¿No sería un simple capricho del oficial, que no duraría ni un instante? ¿Tal vez el explorador extranjero había suplicado que lo perdonaran? ¿Qué ocurría? Su cara parecía formular estas preguntas. Pero por poco tiempo. Fuera lo que fuese, deseaba ante todo sentirse realmente libre, y comenzó a retorcerse en la medida que la Rastra se lo permitía.

—Me romperás las correas —gritó el oficial—, quédate quieto. Ya te desataremos.

Y después de hacer una señal al soldado, pusieron manos a la obra. El condenado sonreía sin hablar, para sí mismo, volviendo la cabeza ora hacia la izquierda, hacia el oficial, ora hacia el soldado, a la derecha; y tampoco olvidó al explorador.

—Sácalo de allí —ordenó el oficial al soldado.

A causa de la Rastra esta operación exigía cierto cuidado. Ya el condenado, por culpa de su impaciencia, se había provocado una pequeña herida desgarrante en la espalda.

Desde este momento, el oficial no le prestó la menor atención. Se acercó al

explorador, volvió a sacar el pequeño portafolio de cuero, buscó en él un papel, encontró por fin la hoja que buscaba, y la mostró al explorador.

—Lea esto —dijo.

—No puedo —dijo el explorador—, ya le dije que no puedo leer esos planos.

—Mírelo con más atención, entonces —insistió el oficial, y se acercó más al explorador, para que leyieran juntos.

Como tampoco esto resultó de ninguna utilidad, el oficial trató de ayudarlo, siguiendo la inscripción con el dedo meñique, a gran altura, como si en ningún caso debiera tocar el plano. El explorador hizo un esfuerzo para mostrarse amable con el oficial, por lo menos en algo, pero sin éxito. Entonces el oficial comenzó a deletrear la inscripción, y luego la leyó entera.

—«Sé justo», dice —explicó—; ahora puede leerla.

El explorador se agachó sobre el papel, que el oficial, temiendo que lo tocara, alejó un poco; el explorador no dijo absolutamente nada, pero era evidente que todavía no había conseguido leer una letra.

—«Se justo», dice —repitió el oficial.

—Puede ser —dijo el explorador—, estoy dispuesto a creer que así es.

—Muy bien —dijo el oficial, por lo menos en parte satisfecho—, y trepó la escalera con el papel en la mano; con gran cuidado lo colocó dentro del Diseñador, y pareció cambiar toda la disposición de los engranajes; era una labor muy difícil, seguramente había que manejar rueditas muy diminutas; a menudo la cabeza del oficial desaparecía completamente dentro del Diseñador, tanta exactitud requería el montaje de los engranajes.

Desde abajo, el explorador contemplaba incesantemente su labor, con el cuello endurecido, y los ojos doloridos por el reflejo del sol sobre el cielo. El soldado y el condenado estaban ahora muy ocupados. Con la punta de la bayoneta, el soldado pescó del fondo del hoyo la camisa y los pantalones del condenado. La camisa estaba espantosamente sucia, y el condenado la lavó en el balde de agua. Cuando se puso la camisa y los pantalones, tanto el soldado como el condenado se rieron estrepitosamente, porque las ropas estaban rasgadas por detrás. Tal vez el condenado se creía en la obligación de entretenér al soldado, y con sus ropas desgarradas giraba delante de él; el soldado se había puesto en cuclillas y a causa de la risa se golpeaba las rodillas. Pero trataban de contenerse, por respeto hacia los presentes. Cuando el oficial terminó arriba con su trabajo, revisó nuevamente todos los detalles de la maquinaria, sonriendo, pero esta vez cerró la tapa del Diseñador, que hasta ahora había estado abierta; descendió, miró el hoyo, luego al condenado, advirtió satisfecho que éste había recuperado sus ropas, luego se dirigió al balde, para lavarse las manos. Descubrió demasiado tarde que estaba repugnanteamente sucio, se entristeció porque ya no podía lavarse las manos, finalmente las hundió en la arena —este sustituto no le agradaba mucho, pero tuvo que conformarse—, luego se puso de pie y comenzó a desabotonarse el uniforme. Le cayeron entonces en la mano dos pañuelos de mujer

que tenía metidos debajo del cuello.

—Aquí tienes tus pañuelos —dijo, y se los arrojó al condenado. Y explicó al explorador:

—Regalo de las señoras.

A pesar de la evidente prisa con que se quitaba la chaqueta del uniforme, para luego desvestirse totalmente, trataba cada prenda de vestir con sumo cuidado; acarició ligeramente con los dedos los adornos plateados de su chaqueta, y colocó una borla en su lugar. Este cuidado parecía, sin embargo, innecesario, porque apenas terminaba de acomodar una prenda, inmediatamente, con una especie de estremecimiento de desagrado, la arrojaba dentro del hoyo. Lo último que le quedó fue su espadín y el cinturón que lo sostenía. Sacó el espadín de la vaina, lo rompió, luego reunió todos los trozos de espada, la vaina y el cinturón, y los arrojó con tanta violencia que los fragmentos resonaron al caer en el fondo.

Ya estaba desnudo. El explorador se mordió los labios y no dijo nada. Sabía muy bien lo que iba a ocurrir, pero no tenía ningún derecho de inmiscuirse. Si el procedimiento judicial, que tanto significaba para el oficial, estaba realmente tan próximo a su desaparición —posiblemente como consecuencia de la intervención del explorador, lo que para éste era una ineludible obligación—, entonces el oficial hacía lo que debía hacer; en su lugar el explorador no habría procedido de otro modo.

Al principio, el soldado y el condenado no comprendían; para empezar, ni siquiera miraban. El condenado estaba muy contento de haber recuperada los pañuelos, pero esta alegría no le duró mucho porque el soldado se los arrancó, con un ademán rápido e inesperado. Ahora el condenado trataba de arrancarle a su vez los pañuelos al soldado; éste se los había metido debajo del cinturón, y se mantenía alerta. Así luchaban, medio en broma. Sólo cuando el oficial apareció completamente desnudo, prestaron atención. Sobre todo el condenado pareció impresionado por la idea de este asombroso trueque de la suerte. Lo que le había sucedido a él, ahora le sucedía al oficial. Tal vez hasta el final. Aparentemente, el explorador extranjero había dado la orden. Por lo tanto, esto era la venganza. Sin haber sufrido hasta el fin, ahora sería vengado hasta el fin. Una amplia y silenciosa sonrisa apareció entonces en su rostro, y no desapareció más. Mientras tanto, el oficial se dirigió hacia la máquina. Aunque ya había demostrado con larguezas que la comprendía, era sin embargo casi alucinante ver cómo la manejaba, y cómo ella le respondía. Apenas acercaba una mano a la Rastra, ésta se levantaba y bajaba varias veces, hasta adoptar la posición correcta para recibirlo; tocó apenas el borde de la Cama, y ésta comenzó inmediatamente a vibrar; la mordaza de fieltro se aproximó a su boca; se veía que el oficial hubiera preferido no ponérsela, pero su vacilación sólo duró un instante, luego se sometió y aceptó la mordaza en la boca. Todo estaba preparado, sólo las correas pendían a los costados, pero eran evidentemente innecesarias, no hacía falta sujetar al oficial. Pero el condenado advirtió las correas sueltas; como según su opinión la ejecución era incompleta si no se sujetaban las correas, hizo un gesto ansioso al

soldado, y ambos se acercaron para atar al oficial. Éste había extendido ya un pie, para empujar la manivela que hacía funcionar el Diseñador; pero vio que los dos se acercaban, y retiró al pie, dejándose atar con las correas. Pero ahora ya no podía alcanzar la manivela; ni el soldado ni el condenado sabrían encontrarla, y el explorador estaba decidido a no moverse. No hacía falta; apenas se cerraron las correas, la máquina comenzó a funcionar; la Cama vibraba, las agujas bailaban sobre la piel, la Rastra subía y bajaba. El explorador miró fijamente, durante un rato; de pronto recordó que una rueda del Diseñador hubiera debido chirriar; pero no se oía ningún ruido, ni siquiera el más leve zumbido.

Trabajando tan silenciosamente, la máquina pasaba casi inadvertida. El explorador miró hacia el soldado y el condenado. El condenado mostraba más animación, todo en la máquina le interesaba, de pronto se agachaba, de pronto se estiraba, y todo el tiempo mostraba algo al soldado con el índice extendido. Para el explorador, esto era penoso. Estaba decidido a permanecer allí hasta el final, pero la vista de esos dos hombres le resultaba insopportable.

—Vuelvan a casa —dijo.

El soldado estaba dispuesto a obedecerlo, pero el condenado consideró la orden como un castigo. Con las manos juntas imploró lastimeramente que le permitieran quedarse, y como el explorador meneaba la cabeza, y no quería ceder, terminó por arrodillarse. El explorador comprendió que las órdenes eran inútiles, y decidió acercarse y sacarlos a empujones. Pero oyó un ruido arriba, en el Diseñador. Alzó la mirada. ¿Finalmente habría decidido andar mal la famosa rueda? Pero era otra cosa. Lentamente, la tapa del Diseñador se levantó, y de pronto se abrió del todo. Los dientes de una rueda emergieron y subieron; pronto apareció toda la rueda, como si alguna enorme fuerza en el interior del Diseñador comprimiera las ruedas, de modo que ya no hubiera lugar para ésta; la rueda se desplazó hasta el borde del Diseñador, cayó, rodó un momento sobre el canto por la arena, y luego quedó inmóvil. Pero pronto subió otra, y otras la siguieron, grandes, pequeñas, imperceptiblemente diminutas; con todas ocurría lo mismo, siempre parecía que el Diseñador ya debía de estar totalmente vacío, pero aparecía un nuevo grupo, extraordinariamente numeroso, subía, caía, rodaba por la arena y se detenía. Ante este fenómeno, el condenado olvidó por completo la orden del explorador, las ruedas dentadas lo fascinaban, siempre quería coger alguna, y al mismo tiempo pedía al soldado que lo ayudara, pero siempre retiraba la mano con temor, porque en ese momento caía otra rueda que por lo menos en el primer instante lo atemorizaba.

El explorador, en cambio, se sentía muy inquieto; la máquina estaba evidentemente haciéndose trizas; su andar silencioso ya era una mera ilusión. El extranjero tenía la sensación de que ahora debía ocuparse del oficial, ya que el oficial no podía ocuparse más de sí mismo. Pero mientras la caída de los engranajes absorbía toda su atención, se olvidó del resto de la máquina; cuando cayó la última rueda del Diseñador, el explorador se volvió hacia la Rastra, y recibió una nueva y más

desagradable sorpresa. La Rastra no escribía, sólo pinchaba, y la Cama no hacia girar el cuerpo, sino que lo levanta temblando hacia las agujas. El explorador quiso hacer algo que pudiera detener el conjunto de la máquina, porque esto no era la tortura que el oficial había buscado sino una franca matanza. Extendió las manos. En ese momento la Rastra se elevó hacia un costado con el cuerpo atravesado en ella, como solía hacer después de la duodécima hora. La sangre corría por un centenar de heridas, no ya mezclada con agua, porque también los canalículos del agua se habían descompuesto. Y ahora falló también la última función; el cuerpo no se desprendió de las largas agujas; manando sangre, pendía sobre el hoyo de la sepultura, sin caer. La Rastra quiso volver entonces a su anterior posición, pero como si ella misma advirtiera que no se había librado todavía de su carga, permaneció suspendida sobre el hoyo.

—Ayúdenme —gritó el explorador al soldado y al condenado, y cogió los pies del oficial.

Quería empujar los pies, mientras los otros dos sostenían del otro lado la cabeza del oficial, para desengancharlo lentamente de las agujas. Pero ninguno de los dos se decidía a acercarse; el condenado terminó por alejarse; el explorador tuvo que ir a buscarlos y empujarlos a la fuerza hasta la cabeza del oficial. En ese momento, casi contra su voluntad, vio el rostro del cadáver. Era como había sido en vida; no se descubría en él ninguna señal de la prometida redención; lo que todos los demás habían hallado en la máquina, el oficial no lo había hallado; tenía los labios apretados, los ojos abiertos, con la misma expresión de siempre, la mirada tranquila y convencida; y atravesada en medio de la frente la punta de la gran aguja de hierro.

Cuando el explorador llegó a las primeras casas de la colonia, seguido por el condenado y el soldado, éste le mostró uno de los edificios y le dijo:

—Esa es la confitería.

En la planta baja de una casa había un espacio profundo, de techo bajo, cavernoso, de paredes y cielo raso ennegrecidos por el humo. Todo el frente que daba a la calle estaba abierto. Aunque esta confitería no se distinguía mucho de las demás casas de la colonia, todas en notable mal estado de conservación (aun el palacio donde se alojaba el comandante), no dejó de causar en el explorador una sensación como de evocación histérica, al permitirle vislumbrar la grandeza de los tiempos idos. Se acercó y entró, seguido por sus acompañantes, entre las mesitas vacías, dispuestas en la calle frente al edificio, y respiró el aire fresco y cargado que provenía del interior.

—El viejo está enterrado aquí —dijo el soldado—, porque el cura le negó un lugar en el camposanto. Dudaron un tiempo dónde lo enterrarían, finalmente lo enterraron aquí. El oficial no le contó a usted nada, seguramente, porque ésta era, por supuesto, su mayor vergüenza. Hasta trató varias veces de desenterrar al viejo, de noche, pero siempre lo echaban.

—¿Dónde está la tumba? —preguntó el explorador, que no podía creer lo que oía.

Inmediatamente, el soldado y el condenado le mostraron con la mano dónde debía de encontrarse la tumba. Condujeron al explorador hasta la pared; en torno de algunas mesitas estaban sentados varios clientes. Aparentemente eran obreros del puerto, hombres fornidos, de barba corta, negra y luciente. Todos estaban sin chaqueta, tenían las camisas rotas, era gente pobre y humilde. Cuando el explorador se acercó, algunos se levantaron, se ubicaron junto a la pared, y lo miraron.

—Es un extranjero —murmuraban en torno de él—, quiere ver la tumba.

Corrieron hacia un lado una de las mesitas, debajo de la cual se encontraba realmente la lápida de una sepultura. Era una lápida simple, bastante baja, de modo que una mesa podía cubrirla. Mostraba una inscripción de letras diminutas; para leerlas, el explorador tuvo que arrodillarse. Decía así: «Aquí yace el antiguo comandante. Sus partidarios, que ya deben de ser incontables, cavaron esta tumba y colocaron esta lápida. Una profecía dice que después de determinado número de años el comandante resurgirá, desde esta casa conducirá a sus partidarios para reconquistar la colonia. ¡Crean y esperen!» Cuando el explorador terminó de leer y se levantó, vio que los hombres se reían, como si hubieran leído con él la inscripción, y ésta les hubiera parecido risible, y esperaban que él compartiera esa opinión. El explorador simuló no advertirlo, les repartió algunas monedas, esperó hasta que volvieran a correr la mesita sobre la tumba, salió de la confitería y se encaminó hacia el puerto.

El soldado y el condenado habían encontrado algunos conocidos en la confitería, y se quedaron conversando. Pero pronto se desligaron de ellos, porque cuando el explorador se encontraba por la mitad de la larga escalera que descendía hacia la orilla, lo alcanzaron corriendo. Probablemente querían pedirle a último momento que los llevara consigo. Mientras el explorador discutía abajo con un barquero el precio del transporte hasta el vapor, se precipitaron ambos por la escalera, en silencio, porque no se atrevían a gritar. Pero cuando llegaron abajo, el explorador ya estaba en el bote, y el barquero acababa de desatarlo de la costa. Todavía podían saltar dentro del bote, pero el explorador alzó del fondo del barco un cable pesado, los amenazó con él y evitó que saltaran.

# Una mujercita

Es una mujercita; aunque muy delgada, suele además usar un corsé ajustado; la veo siempre con el mismo vestido gris amarillento, algo así como el color de la madera, adornado discretamente con borlas en forma de botón, de igual color; siempre sale sin sombrero, el rubio cabello opaco y lacio es ordenado, pero también muy suelto. Aunque está encorsetada se mueve con agilidad, y a veces exagera esa facilidad de movimiento; le gusta llevarse las manos a la cintura y girar el torso hacia uno u otro lado, con asombrosa rapidez. Apenas puedo dar una ligera idea de la impresión que me causa su mano, si digo que jamás he visto una cuyos dedos estén tan agudamente diferenciados entre sí como la suya; y sin embargo no presenta ninguna peculiaridad anatómica, es completamente normal.

Ahora bien, esta mujercita está muy descontenta conmigo, siempre tiene algo que objetarme, siempre cometo toda clase de injusticias con ella, cada paso mío la irrita; si la vida pudiera cortarse en trozos infinitesimales y cada pedacito pudiera ser juzgado, estoy seguro de que cada partícula de mi vida sería para ella motivo de disgusto. A menudo he pensado en eso: ¿por qué la irrito tanto? Podría ser que todo en mí ofendiera su sentido de la belleza, su idea de la justicia, sus costumbres, sus tradiciones, sus esperanzas; hay naturalezas humanas muy incompatibles, pero ¿por qué se preocupa tanto por eso? No hay en verdad ninguna relación entre nosotros que la obligue a soportarme. Debería decidirse a considerarme un perfecto desconocido, lo que en realidad soy, teniendo en cuenta que semejante decisión no me molestaría, más bien se la agradecería mucho, sólo debería decidirse a olvidar mi existencia, una existencia que nunca quise obligarla a soportar, y jamás querré; y evidentemente, todos sus tormentos terminarían. Hago total abstracción de mis sentimientos y no tengo en cuenta que su actitud también es para mí, naturalmente, muy dolorosa, y no lo tengo en cuenta porque reconozco perfectamente que mis molestias no son nada al lado de sus sufrimientos. De todos modos, siempre he sabido que esos sufrimientos no son causados por el afecto; no le interesa en absoluto mejorarme, y además todo lo que en mí le desagrada es justamente lo que menos puede impedirme mejorar. Pero tampoco le importa que yo progrese, solamente le importan sus intereses personales, que consisten en vengarse de los sufrimientos que le provoco, e impedir los sufrimientos con que pueda volver a amenazarla. Ya una vez intenté indicarle la mejor manera de poner fin a este resentimiento perpetuo, pero sólo logré suscitar en ella tal arrebato de furor, que nunca más repetiré esa tentativa.

Además, esto representa para mí, si así puedo decirlo, cierta responsabilidad, porque por menos intimidad que haya entre la mujercita y yo, y por más evidente que sea que la única relación existente es la irritación que le produzco, o más bien la irritación que ella permite que yo le produzca, no por eso puedo sentirme indiferente ante los visibles perjuicios físicos que le produce. De vez en cuando, y estos últimos tiempos más a menudo, me llegan informes de que esa mañana amaneció pálida, insomne, con dolor de cabeza y casi incapacitada para el trabajo; esto hace que sus familiares se pregunten perplejos cuál será el origen de esos estados, y hasta ahora no

lo han descubierto. Sólo yo lo sé, es la antigua y siempre renovada irritación. Claro que no comparto totalmente las preocupaciones de sus familiares; ella es fuerte y resistente; quien puede enojarse hasta ese punto, puede con seguridad también pasar por alto las consecuencias del enojo; hasta tengo la sospecha de que ella —por lo menos a veces— simula sufrimientos para dirigir hacia mí las sospechas de la gente. Es demasiado orgullosa para decir abiertamente cómo sufre por culpa de mi simple existencia; recurrir a los demás contra mí le parecería rebajarse a sí misma; sólo la repugnancia, una incesante repugnancia que no deja de impelerla, consigue que se ocupe de mí; discutir abiertamente algo tan impuro le parecería demasiada vergüenza. Pero también es demasiado para ella callar constantemente algo que la opprime sin cesar. Por eso prefiere, con astucia femenina, un término medio: callar, y sólo mediante las apariencias exteriores de un sufrimiento oculto, llamar la atención pública sobre el asunto. Tal vez espere, posiblemente, que en cuanto la atención pública fije en mí todas sus miradas, se concrete un rencor general y público, y con todos sus vastos poderes éste consiga condenarme definitivamente, con mucho más vigor y rapidez que sus relativamente débiles rencores privados, entonces se retiraría de la escena, respiraría con alivio y me volvería la espalda. Ahora bien, si estas son realmente sus esperanzas, se engaña. La opinión pública no la sustituirá en su papel; la opinión pública nunca encontraría en mí tantos motivos de reproche, aunque me estudiara a través de su lupa de mayor aumento. No soy un hombre tan inútil como ella cree; no quiero exagerar mis méritos, y mucho menos cuando se trata de este asunto; pero si no llamo la atención por mis condiciones extraordinarias, tampoco la llamo por mi falta de condiciones; sólo para ella, para sus ojos llameantes y casi lívidos de ira, soy así; no podrá convencer a nadie más. Por lo tanto, ¿puedo sentirme por completo tranquilo en lo que a esto respecta? No, tampoco; porque cuando sea realmente de conocimiento público que mi comportamiento está provocando positivamente su enfermedad, y algún observador, por ejemplo mis más activos informadores, estén a punto de advertirlo, o por lo menos adopten la actitud de advertirlo, y la gente venga a preguntarme por qué hago sufrir a esta pobre mujercita con mis acciones incorregibles, o si tengo la intención de llevarla a la tumba, y cuándo llegará el momento de mostrarme más sensato y de demostrar suficiente compasión para poner fin a todo eso; cuando la gente me haga esta pregunta, me costará bastante responder. ¿Confesaré francamente que no creo en sus síntomas de enfermedad, lo que producirá la desagradable impresión de que para librarme de mi culpa culpo a otro, y justamente de una manera tan poco galante? ¿Y cómo podría decir abiertamente que yo, aun cuando creyera que ella está realmente enferma, no siento un poco de compasión, que la mujer en cuestión es para mí una perfecta desconocida, y que la relación que existe entre nosotros es pura invención de su parte y totalmente inexistente? No digo que no me creerían; más bien ni una cosa ni la otra; no se tomarían el trabajo de dudar; simplemente, se tomaría nota de la respuesta relativa a una mujer débil y enferma, y esto no me haría mucho honor. Tanto con ésta

como con cualquier otra respuesta, chocaría inevitablemente con la incapacidad de la gente de impedir, en un caso como éste, la sospecha de una relación amorosa, aunque es más evidente que la luz del día que semejante relación no existe, y que si existiera, se originaría más bien en mí y no en ella, ya que realmente yo sería muy capaz de admirar en esta mujercita la potente rapidez de sus juicios y la infatigabilidad de sus conclusiones, cuando esas mismas cualidades no estuvieran al servicio constante de mi tormento. Pero en todo caso, ella no muestra el menor deseo de llegar a una relación amistosa; en eso es honrada y veraz; en eso reside mi última esperanza; sería imposible que la conveniencia de su plan de campaña la llevara a hacerme creer en una relación de ese tipo, olvidándose de sí misma hasta el punto de cometer una acción semejante. Pero la opinión pública, absolutamente incapaz de sutilezas, seguirá siempre pensando lo mismo en este sentido, y siempre se decidirá en mi contra.

Por lo tanto, lo único que me resta es cambiar a tiempo, antes que intervengan los demás, lo suficiente no para anular el rencor de la mujercita, que es inconcebible, sino por lo menos para dulcificarlo. Y en efecto, muchas veces me he preguntado si me agrada tanto mi estado actual que ya no quiero modificarlo, y si no sería posible provocar en mí algunos cambios, no porque me parecieran necesarios, sino simplemente para calmar a la mujercita. Y he tratado honradamente de hacerlo, no sin fatigas ni problemas; hasta me hacía bien, casi me divertía; logré ciertas modificaciones visibles desde muy lejos, no necesitaba llamar la atención de la mujercita sobre ellas, ya que se da cuenta de esas cosas antes que yo, puede percibir por la expresión de mi cara las intenciones de mi mente; pero no logré ningún éxito. ¿Cómo hubiera podido lograrlo? Su disconformidad conmigo es, como bien lo comprendo ahora, fundamental; nada puede hacerla desaparecer, ni siquiera mi propia desaparición; su furor ante la noticia de mi suicidio sería posiblemente inmenso.

Ahora bien, no puedo imaginarme que ella, una mujer tan aguda, no comprenda todo esto tan bien como yo, no comprenda tanto la inutilidad de sus esfuerzos como mi propia inocencia, mi incapacidad (a pesar de la mejor voluntad del mundo) de conformarme a sus requisitos. Seguramente lo comprende, pero como es de naturaleza combativa, lo olvida en el apasionamiento del combate, y mi desdichada manera de ser, que no puedo imaginar diferente porque me pertenece de nacimiento, consiste justamente en susurrar suaves consejos a quien está enfurecido. De este modo, naturalmente, no llegaremos jamás a entenderlos. Día tras día saldré de la casa con mi habitual alegría matutina, para encontrarme con ese rostro amargado, con la curva desdeñosa de esos labios, la mirada investigadora (y ya antes de investigar, segura de lo que encontrará) que me explora y a la que nada escapa, sea cual sea su brevedad, la sonrisa sarcástica que abre surcos en sus mejillas adolescentes, la mirada lastimera elevada hacia el cielo, las manos que se plantan en las caderas, para reunir más aplomo, y luego, el temblor y la palidez de la ira al estallar.

No hace mucho —y por primera vez, como advertí asombrado entonces—

mencioné algo de este asunto a un buen amigo mío, sólo de pasada, sin darle importancia; con sólo dos palabras le hice un rápido resumen de la situación; tan poca cosa me parece cuando la contemplo desde afuera, que hasta llegué a reducir un poco sus proporciones. Inesperadamente, mi amigo no se desinteresó de la cuestión, sino que por cuenta propia le dio más importancia que yo, no quería cambiar de tema, e insistía en discutirlo. Más inesperado aún fue que él, a pesar de todo, subestimara el problema en uno de sus aspectos más importantes, porque me aconsejó seriamente que me alejara por un tiempo, que viajara. Ningún consejo podría ser más incomprendible; la situación es bastante clara, cualquiera que la estudie de cerca puede llegar a comprenderla perfectamente, pero no es sin embargo tan simple que una simple partida la solucione del todo, o por lo menos en una parte. Nada de eso, tengo que cuidarme mucho de no alejarme; porque si me decido a seguir algún plan, éste debe consistir esencialmente en mantener el asunto dentro de los reducidos límites que hasta ahora ha tenido, no dejar penetrar en él al mundo exterior, o sea quedarme tranquilo donde estoy, y no permitir que el asunto ocasione ningún cambio considerable e importante, lo que significa no hablar con nadie de la cuestión; pero todo esto no porque se trate de un peligroso misterio, sino porque es una cuestión desdenable, puramente personal, y como tal indigna de tanta atención; y porque no debe dejar de serlo. Por eso las observaciones de mi amigo no fueron totalmente inútiles; no me revelaron nada nuevo, pero fortificaron mi primitiva resolución.

En efecto, si se lo considera atentamente, las modificaciones que con el correr del tiempo parece haber sufrido este asunto, no son modificaciones del tema en sí, sino tan sólo un desarrollo de mi actitud ante él, una indicación de que esta actitud se ha vuelto por una parte más tranquila, más viril, más cerca del fondo de la cuestión, y por otra parte, bajo la incesante influencia de estos continuos sobresaltos, por insignificantes que parezcan, ha provocado cierta alteración de mis nervios.

Este asunto me preocupa menos que antes, porque comienzo a creer que comprendo que por más cerca que hayamos creído encontrarnos de una crisis decisiva, es muy poco probable que ésta ocurra; se está predisposto a calcular con demasiado apresuramiento, en especial cuando se es joven, la rapidez con que se producen las crisis decisivas; cada vez que mi pequeño juez femenino, debilitado por culpa de mi mera presencia, se dejaba caer de costado en una silla sosteniéndose con una mano sobre el respaldo, y aflojándose los lazos del corpiño con la otra, mientras lágrimas de furor y desesperación corrían por sus mejillas, yo creía que el instante de la crisis había llegado, y que de un momento a otro me vería obligado a dar explicaciones. Pero nada de momento decisivo, nada de explicaciones, las mujeres se desvanecen con facilidad, la gente ni tiene tiempo de ocuparse de sus manías. ¿Y qué sucedió realmente durante todos estos años? Muy simple: estas situaciones se repitieron, a veces más violentamente, a veces menos, y que en consecuencia su suma total ha aumentado. Y la gente acecha en torno, deseosa de intervenir, si pudieran descubrir una oportunidad que se lo permitiera; pero no encuentran ninguna, hasta

ahora se han visto obligados a reducirse a lo que podían olfatear en el ambiente, y bastante había como para mantenerlos ampliamente ocupados, pero allí terminaba todo. Pero siempre ha sido fundamentalmente así, siempre existieron esos inútiles espectadores y esos olfateadores, que excusaban su presencia con pretextos ingeniosos, con preferencia de parentesco, siempre espiando, siempre olfateando toda clase de pistas, pero la consecuencia de todo esto es simplemente que allí están todavía. La única diferencia consiste en que poco a poco he llegado a conocerlos, y a distinguir sus caras; en otros tiempos, yo creía que acudían paulatinamente de todas partes, que las repercusiones del asunto aumentaban y provocarían por sí solas la crisis definitiva; hoy creo saber que todos éstos estaban aquí desde mucho antes, y que la crisis definitiva poco o nada tiene que ver con ellos. Y esa crisis ¿por qué la dignifico con un nombre tan pomoso? Suponiendo que algún día —que no será seguro mañana ni pasado mañana ni probablemente nunca— ocurriera que la opinión pública se interesara en este asunto, lo que insisto en repetir, no le compete, no saldré seguramente indemne de dicho proceso, pero también es indudable que tendrán en consideración el hecho de que la opinión pública no le desconoce totalmente, y que hasta ahora siempre he vivido a la plena luz, confiado y digno de confianza, y que esta insignificante y desdichada mujercita, recién llegada a mi vida, a quien, hago notar de paso, otro hombre habría considerado hace mucho como insignificante y, sin llamar en lo más mínimo la atención de la opinión pública, la habría aplastado bajo sus pies; esta mujer, en el peor de los casos, sólo podría agregar un odioso adorno al diploma que desde hace tiempo me certifica ante la opinión pública como miembro respetable de la sociedad. Así están actualmente las cosas, de modo que no tengo muchos motivos de preocupación.

El hecho de que con los años yo haya llegado a sentirme un poco inquieto no tiene nada que ver en realidad con el significado esencial del asunto; es simple: es insoportable ser el constante motivo de ira de otra persona, aun cuando se sabe perfectamente que esa ira es infundada; uno se siente inquieto, se empieza, de una manera puramente física, a eludir las crisis decisivas, aun cuando honradamente no crea demasiado en su posibilidad. Además, esto representa en cierta forma un síntoma de envejecimiento; la juventud lo mejora todo; las características desagradables se pierden en la fuente de vigor inagotable de la juventud; si una persona tiene mirada astuta cuando es joven no se considera un defecto, ni siquiera se advierte, ni siquiera él mismo lo advierte; pero lo que perdura en la vejez son restos, todo es necesario, nada se renueva, todo está expuesto a examen, y la mirada astuta de un hombre que envejece es francamente una mirada astuta, y no es difícil reconocerla. Sólo que tampoco en este caso constituye un empeoramiento real de su condición.

Por lo tanto, de cualquier ángulo que se lo considere resulta evidente, y a esa evidencia me atengo, que si consigo mantener este pequeño asunto bajo control, aun sin esforzarme, todavía podré seguir viviendo durante mucho tiempo la vida que

hasta ahora he vivido, imperturbado por el mundo, a pesar de todos los arrebatos de esta mujer.

# Josefina la cantora o El pueblo de los ratones

Josefina es el nombre de nuestra cantora. Quien no la ha oído, no conoce el poder del canto. No hay nadie a quien su canto no arrebate, prueba de su valor, ya que en general nuestra raza no aprecia la música. El silencio es nuestra música preferida; nuestra vida es dura, y aunque intentáramos olvidar las preocupaciones cotidianas no podríamos nunca elevarnos tan por encima de nuestra vida habitual, hacia la música. Pero no nos quejamos mucho; casi ni nos quejamos; consideramos que nuestra máxima virtud es cierta astucia práctica, en verdad sumamente indispensable, y con esa sonriente astucia solemos consolarnos de todo, aun cuando alguna vez sintamos —lo que no ocurre nunca— la nostalgia de felicidad que tal vez la música produce. Sólo Josefina es una excepción; le gusta la música, y además sabe comunicarla; es la única; con su desaparición desaparecerá también la música —quién sabe hasta cuándo— de nuestras vidas.

Muchas veces me he preguntado qué ocurre realmente con esa música. Carecemos totalmente de sentido musical; ¿cómo comprendemos entonces el canto de Josefina, o más bien, ya que Josefina niega nuestra comprensión, creemos comprenderlo? La respuesta más simple sería que la belleza de su canto es tan grande que ni los más obtusos pueden resistirla; pero esa respuesta es insatisfactoria. Si así fuera realmente, al oír ese canto deberíamos experimentar, ante todo y en todos los casos, la sensación de lo extraordinario, la sensación de que en esa garganta resuena algo no oído antes, y que tampoco somos capaces de oír, y que tal vez Josefina y sólo ella nos capacita para oír. En realidad, no es ésta mi opinión, no siento eso y no he notado que los demás lo sintieran. En círculos íntimos, no titubeamos en confesarnos que, como canto, el de Josefina no es nada extraordinario.

Para empezar con algo, ¿es canto? A pesar de nuestra carencia de sentido musical, poseemos tradiciones de canto; en la antigüedad, el canto existió entre nosotros; las leyendas lo mencionan, y hasta se conservan canciones, que desde luego ya nadie puede entonar. Por lo tanto, tenemos alguna idea de lo que es el canto, y es evidente que el canto de Josefina no corresponde a esa idea. ¿Es entonces canto? ¿No será quizás un simple chillido? Todos sabemos que el chillido es una aptitud artística de nuestro pueblo, o, mejor que una aptitud, una expresión vital característica. Todos chillamos, pero a nadie se le ocurre que esto sea un arte, chillamos sin darle importancia, hasta sin darnos cuenta, y muchos de nosotros ni siquiera saben que es una de nuestras características. Por lo tanto, si fuera cierto que Josefina no canta, sino chilla, y que tal vez, como creo yo por lo menos, su chillido no sobrepasa los límites de un chillido común —hasta es posible que sus fuerzas ni siquiera alcancen para un chillido común, cuando un simple trabajador de la tierra puede chillar todo el día, mientras trabaja, sin cansarse—; si todo esto fuera cierto, entonces quedarían de inmediato refutadas todas las pretensiones artísticas de Josefina, pero todavía faltaría resolver el misterio de su inmenso encanto.

Tengamos en cuenta, después de todo, que lo que ella emite es un simple chillido. Si uno se coloca bien lejos y la escucha, o todavía mejor, si para poner a prueba su

discernimiento trata de reconocer la voz de Josefina cuando ésta canta en medio de otras voces, sólo distingue, sin lugar a dudas, un vulgar chillido, que en el mejor de los casos apenas se diferencia por su delicadeza o su suavidad. Y sin embargo, si no se está ante ella, ya no se oye un simple chillido; para comprender su arte es necesario no sólo escucharla, sino también contemplarla. Aun cuando sólo fuera nuestro chillido cotidiano, nos encontramos ante todo con la peculiaridad de alguien que se prepara con solemnidad para ejecutar un acto cotidiano. Cascar una nuez no es realmente un arte, y en consecuencia nadie se atrevería a congregar a un auditorio para cascarr nueces. Pero si lo hace y logra su propósito, entonces ya no se trata simplemente de cascarr nueces. O tal vez se trate simplemente de cascarr nueces, pero se descubre que nos hemos despreocupado totalmente de dicho arte porque lo dominábamos demasiado, y este nuevo cascador de nueces nos muestra por primera vez la real esencia del arte, al punto que podría convenirle, para dar un mayor efecto, ser un poco menos hábil en cascarr nueces que la mayoría de nosotros.

Tal vez sucede lo mismo con el canto de Josefina; admiramos en ella lo que no admiramos en nosotros; por otra parte, ella coincide totalmente con nuestra opinión. Yo me encontraba presente una vez que alguien, como a menudo ocurre, mencionó el chillido popular, tan difundido, y en verdad lo mencionó muy tímidamente, pero para Josefina era más que suficiente. No he visto nunca una sonrisa tan sarcástica y arrogante como la suya en ese momento; ella, que es la personificación de la perfecta delicadeza, y hasta se destaca por eso entre nuestro pueblo, tan rico en finos tipos femeninos, llegó a parecer en ese instante francamente vulgar; pero su gran sensibilidad le permitió advertirlo y se dominó. De todos modos, niega toda relación entre su arte y el chillido. Sólo siente desprecio hacia los que son de opinión contraria, y probablemente un odio inconfesado. Esto no es simple vanidad, porque dichos opositores, entre los que en cierto modo me cuento, no la admiran seguramente menos que la multitud, pero Josefina no se conforma con la simple admiración, quiere ser admirada exactamente como ella prescribe; la mera admiración no le importa. Y cuando uno está frente a ella, la comprende; la oposición sólo es posible desde lejos; cuando uno está frente a ella, sabe: lo que chilla no son chillidos.

Como chillar es uno de nuestros hábitos inconscientes, podría suponerse que también en el auditorio de Josefina se oyen chillidos; nos encanta su arte, y cuando estamos encantados, chillamos; pero su auditorio no chilla, guarda un silencio ratonil; como si nos volviéramos partícipes del anhelado silencio, del que nuestro chillar nos apartaría, callamos. ¿Nos extasía su canto, o no será más bien el solemne silencio que envuelve su débil vocecita? Sucedió una vez que una tonta criaturita comenzó también a chillar, con toda inocencia, mientras Josefina cantaba. Ahora bien, era exactamente lo mismo que Josefina nos hacía oír; frente a nosotros, sus chillidos cada vez más débiles, a pesar de todos los ensayos, y en medio del público, el chillido infantil e involuntario; hubiera sido imposible señalar una diferencia; y sin embargo

silbamos y siseamos de inmediato a la intrusa, aunque en realidad era totalmente innecesario, porque ésta se habría retirado de todos modos arrastrándose de terror y vergüenza, mientras Josefina lanzaba su chillido triunfal y en un completo éxtasis extendía los brazos y estiraba el cuello hasta más no poder.

Por otra parte, siempre ocurre así, cualquier tontería, cualquier contingencia, cualquier contrariedad, un crujido del suelo, un rechinar de dientes, un defecto de la iluminación le sirven de pretexto para realizar el efecto de su canto; cree cantar sin embargo ante oídos sordos; aprobación y aplauso le sobran, pero no verdadera comprensión, según ella, y hace tiempo que se resignó a la incomprendición. Por eso le agradaban tanto las interrupciones; cualquier circunstancia exterior que se oponga a la pureza de su canto, que pueda ser vencida con poco esfuerzo, o hasta sin esfuerzo, con simplemente afrontarla, puede contribuir a despertar a la multitud, y a enseñarle, si no la comprensión, por lo menos un respeto supersticioso.

Si así le sirven las pequeñeces, ¡cuánto más los grandes avatares! Nuestra vida es muy inquieta, cada día nos trae nuevas sorpresas, temores, esperanzas y miedos, que el individuo aislado no podría soportar si no contara día y noche, siempre, con el apoyo de sus camaradas; pero aun así sería bastante difícil; muchas veces miles de espaldas tambalean bajo una carga destinada a uno solo. Entonces Josefina considera que ésta es su hora. Se yergue, delicada criatura; su pecho vibra con angustia, como si hubiera concentrado todas sus fuerzas en el canto, como si se hubiera despojado de todo lo que en ella no es directamente necesario al canto, toda fuerza, toda manifestación de vida casi, como si se hubiera desnudado, abandonado, entregado totalmente a la protección de los ángeles guardianes, como si en su total arroabamiento en la música un sólo hálito frío pudiera matarla. Pero justo cuando aparece así los que nos decimos oponentes solemos comentar:

—Ni siquiera puede chillar; tiene que esforzarse tan horriblemente no para cantar (no hablemos de cantar), sino para obtener algo vagamente parecido al chillido habitual del país.

Así comentamos, pero esta impresión, como he dicho inevitable, es sin embargo fugaz, y rápidamente desaparece. Pronto, también nosotros nos sumergimos en el sentimiento de la multitud, que en cálida proximidad escucha, conteniendo el aliento.

Y para reunir en torno a ella esta multitud de gente de nuestro pueblo, un pueblo casi siempre móvil, que corre de un lado para otro por motivos no muy claros, le basta a Josefina generalmente echar la cabecita hacia atrás, entreabrir la boca, volver los ojos hacia lo alto, y adoptar en general la posición que anuncia su intención de cantar. Puede hacer esto donde se le ocurra, no hace falta que sea un lugar visible desde lejos, cualquier rincón escondido y escogido al azar según el capricho del instante, le sirve. La noticia de que va a cantar se difunde de inmediato, y pronto acuden procesiones enteras. Claro que a veces surgen inconvenientes, porque Josefina canta con preferencia en tiempos de agitación; múltiples preocupaciones y peligros nos obligan a seguir caminos divergentes, a pesar de la mejor voluntad no

podemos reunirnos tan rápidamente como Josefina desearía, y se ve obligada a esperar algún tiempo, sin abandonar su actitud grandilocuente, y sin auditorio suficiente; entonces se pone francamente furiosa, patalea, maldice de manera muy poco casta; hasta llega a morder. Pero ni siquiera semejante conducta perjudica su reputación; en vez de contener sus exageradas pretensiones, todos se esfuerzan por satisfacerlas; se envían mensajeros para convocar más público; se le oculta esta circunstancia; en todos los caminos de los alrededores hay centinelas apostados que hacen señales a los concurrentes para que se apresuren; y continúa hasta reunir un auditorio tolerable.

¿Qué impulsa a la gente a molestar tanto por Josefina? Problema tan difícil de resolver como el del canto de Josefina, y muy relacionado con él. Se podría suprimirlo, e incluirlo totalmente en el segundo problema mencionado, si fuera posible asegurar que por su canto la gente es incondicionalmente adicta a Josefina. Pero no es éste el caso; nuestro pueblo desconoce casi la adhesión incondicional; nuestro pueblo, que ama sobre todo la astucia inocua, el susurro infantil y la charla inocente y superficial, ese pueblo no puede en ningún caso entregarse incondicionalmente, y Josefina lo sabe muy bien, y justamente contra eso combate con todo el vigor de su débil garganta.

En verdad, no debemos exagerar las consecuencias de estas consideraciones tan generales; el pueblo es adicto a Josefina, pero no lo es en forma incondicional. Por ejemplo, no serían capaces de reírse de ella. Llega a admitir que muchos aspectos de Josefina son risibles; y la risa es de por sí una de nuestras características constantes; a pesar de todas las miserias de nuestra existencia, la risa moderada es en cierto modo nuestra compañera habitual; pero de Josefina no nos reímos. A menudo tengo la impresión de que el pueblo concibe su relación con Josefina como si este ser frágil, indefenso, y en cierto modo notable (según ella notable por su poder lírico), le estuviera confiado y debiera cuidar de ella; el motivo no es claro para nadie, pero el hecho parece indiscutible. Pero nadie se ríe de lo que le han confiado; reírse sería faltar al deber; la máxima maldad de que a veces son capaces los mezquinos al hablar de ella es ésta: «La risa se nos acaba cuando vemos a Josefina.»

Así cuida el pueblo a Josefina, como un padre cuida a la criatura que le tiende su manecita, no se sabe bien si para pedir o para exigir. Podría pensarse que nuestro pueblo no es capaz de desempeñar esas funciones paternales, pero en realidad, y por lo menos en este caso, las desempeña admirablemente, ningún individuo podría hacer lo que hace la totalidad del pueblo. Desde luego, la diferencia de fuerzas entre el pueblo y el individuo es tan extraordinaria, que basta que atraiga al protegido al calor de su proximidad, para que éste se encuentre suficientemente protegido. Pero nadie se atreve a hablar de esto con Josefina. «Me burlo de vuestra protección», dice en esos casos. Sí, sí, búrlate, pensamos. Y en realidad, su rebelión no implica nuestra resistencia, más bien es mera puerilidad y gratitud infantil, y el deber de un padre es obviarlas.

Pero hay algo en las relaciones entre el pueblo y Josefina que es aún más difícil de explicar. Josefina no sólo descree de la protección del pueblo, cree que es ella quien protege al pueblo. Piensa que su canto nos salva en las crisis políticas o económicas, nada menos, y cuando no aleja la desgracia, por lo menos nos da fuerzas para soportarla. No lo dice, ni explícita ni implícitamente, pues en verdad habla poco, calla entre charlatanes, pero lo dice el brillo de sus ojos, y lo proclama su boca cerrada (en nuestro pueblo, pocos pueden tenerla cerrada; ella puede).

A cada mala noticia —y hay días en que las malas noticias abundan, incluyendo las falsas y dudosas— ella se yergue, porque por lo general yace en el suelo, fatigada; se yergue, estira el cuello y trata de abarcar con la mirada a su rebaño, como un pastor ante la tormenta. Se sabe que también los niños suelen aducir pretensiones análogas, en su irreprimible e impetuosa puerilidad, pero en Josefina no son tan infundadas como en ellos. Es verdad que no nos salva, ni nos infunde ninguna fuerza especial; es fácil adoptar el papel de salvador de nuestro pueblo, habituado al sufrimiento, temerario, de rápidas decisiones, conocedor del rostro de la muerte, sólo aparentemente tímido en esa atmósfera de audacia que lo rodea sin cesar, y además tan fecundo como arriesgado; es fácil, digo, considerarse *a posteriori* el salvador de este pueblo que siempre ha sabido de algún modo salvarse a sí mismo, aun a costa de sacrificios que estremecen de espanto al historiador (aunque en general descuidamos casi por completo el estudio de la historia). Y sin embargo también es verdad que en las situaciones de angustia escuchamos mejor que en otras la voz de Josefina. Las amenazas en suspenso sobre nosotros nos vuelven más silenciosos, más humildes, más dóciles a la dominación de Josefina; con gusto nos reunimos, con gusto nos apiñamos, especialmente porque la ocasión tiene tan poco que ver con nuestra apremiante preocupación; es como si bebiéramos con apresuramiento —sí, hay que darse prisa, demasiado a menudo Josefina olvida esta circunstancia— una copa común de paz antes de la batalla. Es menos un concierto de canto que una asamblea popular, y en verdad, una asamblea donde, exceptuando el débil chillido de Josefina, impera un silencio absoluto; la hora es demasiado seria para desperdiciarla en charlas.

Una relación de este tipo, como es natural, no satisface a Josefina. A pesar de su inquietud y nerviosismo, consecuencias de lo indefinido de su posición, hay muchas cosas que no ve, cegada por su engreimiento, y sin mayor esfuerzo puede lograrse que pase por alto muchas otras; un enjambre de aduladores se ocupa constantemente de esto, rindiendo un verdadero servicio público; pero no consentiría jamás cantar en un rincón de una asamblea popular, inadvertida, secundaria, aun sin que eso fuera deshonroso, y preferiría negarnos el don de su canto.

Pero esto no es necesario, porque su arte no pasa inadvertido. Aunque en el fondo estamos preocupados por cosas muy diferentes, y el silencio reina no sólo porque ella canta, y muchos acaso ni miran, prefiriendo hundir el rostro en el cuello del vecino, y Josefina parece por lo tanto esforzarse inútilmente en el escenario, hay algo sin embargo en su canto —y esto no puede negarse— que nos commueve. Esos chillidos

que lanza mientras todos están entregados al silencio, nos llegan como un mensaje de todo el pueblo a cada uno de nosotros; el suave chillido de Josefina en medio de esos momentos de graves decisiones es casi como la miserable existencia de nuestro pueblo ante el tumulto del mundo hostil. Josefina se impone, con su carencia de voz, con su carencia de técnica se impone y nos llega al alma; nos hace bien pensar en eso. En esos momentos, no soportaríamos a una verdadera artista del canto, suponiendo que hubiera alguna entre nosotros, y unánimemente nos alejaríamos de la insensatez de semejante concierto. Que Josefina no descubra jamás que la escuchamos justo porque no es una gran cantante. Algún presentimiento de esto ha de tener, porque si no ¿con qué motivo negaría tan apasionadamente que la escuchamos?; pero igual sigue cantando, tratando de alejar a chillidos ese presentimiento.

Pero hay otras cosas que deberían consolarla: a pesar de todo, es probable que la escuchemos igual que se escucha a una artista del canto; provoca emociones que una artista famosa trataría en vano de lograr, y que sólo son posibles justamente por la pobreza de sus medios. Esto se relaciona sobre todo con nuestro modo de vivir.

Si bien nuestro pueblo desconoce la juventud, apenas conoce una mínima infancia. Es cierto que regularmente aparecen proyectos en los que se otorga a los niños una libertad y protección especial; en los que su derecho a cierta negligencia, a cierto espíritu inocente de travesura, a un poco de diversión, es reconocido, y se fomenta su ejercicio; en cuanto aparecen esos proyectos todos los aprueban, nada aprobarían con más agrado, pero tampoco hay nada que la realidad de nuestra vida permita menos cumplir; se aprueban los proyectos, se intenta su aplicación, pero pronto todo vuelve a ser lo que era antes. Nuestra vida es tal, que un niño apenas puede correr un poco y distinguir otro tanto del mundo que le rodea, pues debe ganarse la vida como un adulto; las zonas en que por razones económicas debemos vivir dispersos son demasiado extensas, nuestros enemigos demasiado numerosos, los peligros que nos acechan, innúmeros; no podemos alejar a los niños de la lucha por la existencia, hacerlo significaría una muerte prematura. A estas melancólicas consideraciones se agrega otra que no es nada melancólica: la fecundidad de nuestra raza. Una generación y cada una es más numerosa aún que la anterior es inmediatamente desplazada por la siguiente; los niños no tienen tiempo de ser niños. Otros pueblos pueden criar cuidadosamente a sus niños, pueden edificar escuelas para ellos, y de esas escuelas surgen diariamente torrentes de niños, el futuro de la raza, pero durante mucho tiempo esos niños que día tras día salen de las escuelas son los mismos. Nosotros no tenemos escuelas, pero de nuestro pueblo surgen a brevísimos intervalos innúmeras multitudes de niños, balbuceando o pipiando alegremente, porque todavía no saben chillar, rodando o gateando impulsados por el ímpetu general, porque todavía no saben correr, llevándose todo por delante con torpeza, porque todavía no pueden ver, ¡nuestros niños! Y no como los niños de esas escuelas, siempre los mismos, no; siempre distintos, sin fin, sin interrupción, apenas aparece un niño, ya no es más niño, porque se apiñan detrás de él nuevos rostros de niños,

imposibles de diferenciar a causa de su cantidad y su premura, rosados de felicidad. Verdaderamente, por más hermosa que sea esta abundancia, y por más que nos la envidien los demás, y con razón, no podemos proporcionarles una verdadera infancia. Y esto trae consecuencias. Una especie de inagotable e inarraigable infancia caracteriza a nuestro pueblo; en oposición directa con lo mejor que tenemos, nuestro infalible sentido común, nos conducimos muchas veces de la manera más insensata, y justamente con la misma insensatez de los niños, loca, pródiga, grandiosa, frívolamente, y todo por el placer de alguna diversión. Y aunque tanto nuestra alegría natural ya no puede alcanzar la intensidad de la alegría infantil, algo de ésta sin duda queda. Y también Josefina ha sabido aprovechar desde el primer momento esta puerilidad de nuestro pueblo.

Pero nuestra gente no sólo es pueril, en cierto sentido también es prematuramente senil, la niñez y la vejez no son como en los demás. No tenemos juventud, somos adultos de inmediato, y luego somos adultos demasiado tiempo, y cierto cansancio y cierta desesperanza originados por esa circunstancia nos marcan con señales visibles, a pesar de la resistencia y la capacidad de esperanza que nos caracterizan. Esto también se relaciona seguramente con nuestra carencia de sentido musical, somos demasiado viejos para la música, sus emociones, sus éxtasis no concuerdan con nuestra pesadez; cansados, la desdeñamos; nos conformamos con nuestro chillido; un chillido de vez en cuando basta. Quien sabe si no habrá talentos musicales entre nosotros; pero si los hubiera, el carácter de nuestras gentes los anularían antes de que comenzaran a desarrollarse. En cambio, Josefina puede chillar todo lo que se le ocurra, o cantar, o como quiera llamárselo, no nos molesta, nos cae bien, podemos soportarlo perfectamente; si alguna traza de música hay en su canto, está reducida a su mínima expresión; así conservamos cierta tradición musical, sin molestarnos en lo más mínimo.

Pero Josefina representa algo más para este pueblo tan definido. En sus conciertos, sobre todo durante las épocas difíciles, sólo los muy jóvenes se interesan por la cantante como tal, sólo ellos la contemplan con asombro, miran cómo proyecta los labios, cómo expele el aire entre sus bonitos dientes, y cómo desfallece de pura admiración ante los sonidos que ella misma provoca, y aprovecha esos desfallecimientos para elevarse hacia nuevas y cada vez más increíbles perfecciones; pero la verdadera masa del pueblo —es fácil advertirlo— se recoge en sus propios pensamientos. Aquí, en los breves instantes entre las luchas, el pueblo dormita; como si los miembros de cada individuo se distendieran, como si por una vez el sufriente pudiera tenderse y reposar en el vasto y cálido lecho del pueblo. Y en medio de esos sueños resuena el intermitente chillido de Josefina; ella lo llama canto perlado, nosotros tartamudeo; pero de todos modos, éste es su lugar apropiado, más que en cualquier otra parte; casi nunca encontrará la música momento más adecuado. Algo hay allí de nuestra pobre y breve infancia, algo de una dicha perdida que no puede volver a encontrarse, pero también algo de nuestra activa vida cotidiana, de sus

pequeñas alegrías, incomprensibles y sin embargo incontenibles e imposibles de tapar. Y todo esto expresado no mediante sonidos rotundos, sino suaves, casi murmullos confidenciales, a veces un tanto roncos. Es natural: son chillidos. ¿Por qué no? El chillido es el habla de nuestro pueblo, sólo que muchos chillan toda la vida y no lo saben, pero aquí el chillido se libera de las cadenas de la vida cotidiana y al mismo tiempo nos libera a nosotros, durante un breve instante. Juro que no queremos faltar a esos conciertos.

Pero de aquí a la pretensión de Josefina, de que así nos infunde nuevas fuerzas y etcétera y etcétera, hay un buen trecho. Por lo menos para las personas normales, no para los aduladores.

—¿Cómo podría ser de otro modo? —dicen con la más descarada arrogancia—, ¿cómo se podrían explicar si no ese enorme público, especialmente en momentos de peligro directo e inminente, que muchas veces hasta han llegado a entorpecer las medidas requeridas para alejar a tiempo el peligro?

Bien, esto último es lamentablemente cierto, pero no debería mencionarse como título de honor de Josefina, especialmente si se considera que cuando el enemigo sorprendía y diseminaba dichas asambleas, y muchos de los nuestros perdían la vida, Josefina, la culpable de todo sí, tal vez había atraído al enemigo con sus chillidos, siempre aparecía escondida en el rincón más seguro, y era siempre la primera en escapar en silencio y velozmente, protegida por su escolta. Sin embargo, en el fondo, todos lo saben, y no obstante acuden apresuradamente dónde y cuándo se le ocurre a Josefina volver a cantar. De aquí se podría deducir que Josefina está prácticamente más allá del bien y del mal, que puede hacer lo que se le ocurra, aun cuando entrañe un peligro para la comunidad, y que todo se le perdona. Si así fuera, las pretensiones de Josefina serían entonces perfectamente comprensibles, si, en esa libertad que el pueblo le permite, en esa exención que a nadie más se concede y que va esencialmente contra la ley, uno podría advertir un reconocimiento de la incomprensión que Josefina aduce, como si la gente se maravillara impotente ante su arte, no se sintiera digna de él y tratara de compensar la tristeza que dicha incomprensión provoca en Josefina mediante un sacrificio en verdad desesperado, y decidiera que así como el arte de ella está más allá de su entendimiento, así también su persona y sus deseos están más allá de su alcance. Ahora bien, esto es absolutamente falso; tal vez el pueblo, individualmente, se rinde demasiado pronto ante Josefina, pero en conjunto, así como no se rinde incondicionalmente ante nadie, tampoco lo hace ante Josefina.

Desde hace mucho tiempo, tal vez desde el comienzo de su carrera artística, Josefina lucha por obtener la supresión de toda trabajo en consideración a su canto; se le evitarían así las preocupaciones relativas al pan cotidiano, y todo lo que nuestra lucha por la existencia implica, para transferirlo —aparentemente— a la comunidad. Un fácil entusiasta —y alguno hubo entre nosotros— podría deducir con simpleza lo insólito de esta petición, y de la actitud espiritual que semejante petición implica, la

íntima justicia de la misma. Pero nuestro pueblo deduce otras conclusiones, y declina tranquilamente la exigencia. Tampoco se preocupa mucho por refutar sus considerándos básicos. Josefina aduce, por ejemplo, que el esfuerzo del trabajo le daña la voz, que en realidad el esfuerzo del trabajo no es nada al lado del esfuerzo de cantar, pero que le impide descansar suficientemente después del canto y recuperar fuerzas para nuevas canciones, y por lo tanto se ve obligada a agotarse por completo, y en esas condiciones no puede alcanzar nunca la cima de sus posibilidades. La gente la escucha y no le hace caso. Esta gente, tan fácil de conmover a veces, otras veces no se deja conmover por nada. La negativa es en ciertas ocasiones tan neta, que hasta Josefina se amilana, parece someterse, trabaja como es debido, canta lo mejor que puede, pero sólo durante un tiempo, y luego reanuda el ataque con fuerzas renovadas (en este sentido sus fuerzas son inagotables).

Ahora bien, es evidente que Josefina no pretende en realidad lo que dice pretender. Es razonable, no evita el trabajo; de todos modos, entre nosotros la holgazanería es desconocida, y además si le concedieran lo que pide es seguro que seguiría viviendo como antes, el trabajo no es un obstáculo para su canto, y después de todo, éste no mejoraría gran cosa; en realidad lo que ella pretende es simplemente un reconocimiento público, franco, permanente y superior a todo lo conocido hasta ahora, de su arte. Pero aunque casi todo lo demás parece a su alcance, este reconocimiento la evita con persistencia. Quizá debió atacar desde el primer momento en otra dirección, quizás ella misma advierte ahora su error, pero ya no puede echarse atrás, porque hacerlo significaría traicionarse a sí misma; ahora tiene que resignarse a vencer o morir.

Si en realidad tuviera enemigos, como dice, podría divertirse mucho con el simple espectáculo de esta lucha, sin mover un dedo. Pero no tiene ningún enemigo, y aunque aquí y allá no haya faltado nunca quien la criticara, esta lucha no divierte a nadie. Justamente porque en este caso nuestro pueblo adopta una actitud fría y legal, lo que muy raramente ocurre entre nosotros; y aunque se apruebe dicha actitud, la simple idea de que alguna vez el pueblo pueda adoptarla con nosotros destruye toda alegría. Lo importante, ya en el rechazo como en la petición, no es la cuestión en sí, sino el hecho de que el pueblo sea capaz de oponerse tan implacablemente a un camarada, y tanto más cuanto más paternamente lo protege en otros sentidos; y aun más: servilmente.

Supongamos que en vez del pueblo se tratara de un individuo; se podría creer que este individuo fue cediendo ante la voluntad de Josefina, sin cesar de alimentar un ardiente deseo de poner fin algún día a su sumisión; que se sacrificó con fuerza sobrehumana porque creyó que a pesar de todo había un límite para su capacidad de sacrificio; sí, se sacrificó más de lo necesario, sólo para acelerar el proceso, sólo para ser más que Josefina e incitarla a deseos siempre renovados, obligarla a sobrepasar todo límite en esta última exigencia; y oponer finalmente su negativa, lacónica, porque hacía mucho que estaba preparada. Ahora bien, la situación no es así en

absoluto, el pueblo no necesita de esas astucias, además su respeto hacia Josefina es real y comprobado, y la exigencia de ella es de todos modos tan exagerada que una simple criatura podría haber predicho el resultado; sin embargo, debido a la idea que Josefina se ha formado del asunto, podía ocurrir que también interviniieran estas consideraciones, para agregar una amargura más al dolor de la negativa. Pero sean cuales fueren sus consideraciones, no le impiden proseguir combatiendo. Esta lucha ha llegado a crecer en los últimos tiempos; hasta ahora ha sido sólo verbal, pero ya empieza a emplear otros medios, para ella más eficaces, pero en nuestra opinión más peligrosos.

Muchos creen que Josefina aumenta su apremio porque se siente envejecer, porque su voz se debilita, y por lo tanto cree que ha llegado el momento de librarse la última batalla por el reconocimiento. Yo no lo creo. Josefina no sería Josefina, si esto fuera cierto. Para ella no existen ni vejez ni debilitamiento de la voz. Si algo exige, no lo hace impelida por circunstancias exteriores, sino por una lógica interna. Aspira a la más alta corona, no porque momentáneamente parezca menos accesible, sino porque es la más alta; si dependiera de ella, querría una más alta todavía.

Este desdén hacia las dificultades eternas no le impide de todos modos utilizar los métodos más ruines. Para ella, su derecho es inapelable; entonces, ¿qué importa cómo lo impone? Sobre todo porque en este mundo, tal como ella lo ve, los métodos lícitos están destinados al fracaso. Quizá por eso ha trasladado el combate por sus derechos del campo de la música a otro campo secundario. Sus partidarios han hecho saber de su parte que ella se considera absolutamente capaz de cantar de tal modo que importe un verdadero placer a todo el mundo, cualquiera que sea su nivel social, hasta la más remota oposición; un verdadero placer no en el sentido de la gente, que declara haber experimentado siempre placer ante el canto de Josefina, sino un placer en el sentido que ella desea. No obstante, agrega, como no puede falsificar lo elevado ni halagar lo vulgar, se ve obligada a seguir siendo tal como es. Pero en lo que se refiere a su campaña de liberación del trabajo, el asunto cambia: es claro que es una campaña a favor de la música, pero como ella ya no emplea allí directamente la preciosa arma de su voz, cualquier medio es por lo tanto válido. Así se ha difundido por ejemplo el rumor de que si no aceptan su exigencia, está decidida a abreviar las *coloraturas*. Yo no sé nada de *coloraturas*, y no he advertido la menor *coloratura* en sus cantos. No obstante, Josefina amenaza con abreviar las *coloraturas*, no suprimirlas, sino simplemente abreviarlas. Es posible que haya cumplido su amenaza, pero por lo menos yo no advierto la menor diferencia en su canto. El pueblo en su totalidad la ha escuchado como de costumbre, sin hacer ninguna referencia a las *coloraturas*, y tampoco ha cambiado su actitud ante la exigencia de Josefina. Sin embargo, es indudable que la mente de Josefina, como su figura, es a menudo de una gracia exquisita. Es así por ejemplo que después de aquel concierto, como si su decisión sobre las *coloraturas* hubiera sido demasiado severa o apresurada para el pueblo, anunció que en el concierto siguiente volvería a cantar completas todas las partes de

*coloratura*. Pero después del concierto siguiente volvió a cambiar de idea, suprimiría en forma definitiva las grandes arias de *coloratura*, y hasta qué no se decidiera favorablemente su pleito, no volvería a cantarlas. Ahora bien, la gente oyó todos esos anuncios, decisiones y contra decisiones sin concederles la menor importancia, como un adulto meditabundo que cierra sus oídos ante la cháchara de una criatura, fundamentalmente bien intencionado, pero con distancia.

De todos modos, Josefina no se amilana. Es así que hace poco pretendió haberse lastimado un pie al trabajar, lo que le imposibilitaba cantar de pie; como no podía cantar sino de pie, se vería obligada a abbreviar sus canciones. Aunque renquea y necesita el apoyo de sus partidarios, nadie cree realmente en su herida. Aun admitiendo la extraordinaria delicadeza de su cuerpecito, no dejamos de ser un pueblo de obreros, y Josefina pertenece a ese pueblo; si cada vez que nos hicieramos un rasguño renqueáramos, el pueblo entero lo haría incesantemente. Pero aunque se hace transportar como una inválida, aunque se muestra en público en este patético estado más de lo habitual, la gente escucha sus conciertos tan agradecida y tan encantada como antes, pero no se preocupa mucho por la brevedad de las canciones.

Como no puede seguir renqueando eternamente, imagina otra cosa, alega cansancio, mal humor, debilidad. Al concierto se agrega ahora el teatro. Vemos a los partidarios de Josefina, que la siguen suplicando e implorando que cante. Ella quisiera complacerlos, pero no puede. La consuelan, la adulan, casi la llevan en andas hasta el lugar previamente elegido donde se supone que ha de cantar. Finalmente, prorrumpiendo en lágrimas inexplicables, cede, pero cuando evidentemente cansada se dispone a cantar, fatigada, con los brazos no ya extendidos como antaño, sino fláccidos y caídos junto al cuerpo, lo que produce la impresión de que quizás sean un poco cortos; justo cuando va a empezar, no, es realmente imposible, un movimiento desganado de la cabeza nos lo anuncia, y se desmaya ante nuestros ojos. Después, a pesar de todo, se repone y canta, a mi entender más o menos como de costumbre; quizás, si uno tiene oído para los más finos matices, descubre un poco más de sentimiento que de costumbre, lo que es de agradecer. Y al terminar está menos cansada que antes, y con andar firme, si uno se atreve a designar así sus pasitos, se aleja rechazando la ayuda de sus admiradores, y contemplando con ojos helados a la multitud que le abre paso con respeto.

Así ocurría hace unos días; pero la última novedad es otra: en el momento en que debía iniciar un concierto, desapareció. No sólo la buscan sus partidarios, muchos otros comparten la búsqueda, pero es inútil; Josefina ha desaparecido, no cantará, ni siquiera habrá que adularla para que cante, esta vez nos ha abandonado por completo.

Es curioso lo mal que calcula esa astuta, tan mal que uno pensaría que no calcula nada, y que sólo se deja llevar por su sino, que en nuestro mundo no puede ser sino triste. Ella misma abandona el canto, ella misma hace trizas su poder sobre los corazones. ¿Cómo pudo obtener ese poder, si tan mal conoce esos corazones? Se oculta y no canta, pero el pueblo, tranquilo, sin decepción visible, señoril, una masa

en perfecto equilibrio, constituida de tal modo que, aunque las apariencias lo nieguen, sólo puede dar y nunca recibir, ni siquiera de Josefina, ese pueblo sigue su camino.

En tanto el camino de Josefina declina. Pronto llegará el momento en que su último chillido se apague para siempre. Ella es apenas un pequeño episodio en la eterna historia de nuestro pueblo, que superará su pérdida. Para nosotros no será fácil; ¿cómo haremos para reunimos en completo silencio? En realidad, ¿no eran nuestras reuniones también silenciosas cuando estaba Josefina? ¿Era, después de todo, su chillido notoriamente más fuerte y más vivo que lo que será en el recuerdo? ¿Era acaso en vida de Josefina algo más que un simple recuerdo? ¿No habrá sido quizá porque en algún sentido era inmortal, que la sabiduría del pueblo apreció tanto el canto de Josefina?

Quizá nosotros no perdamos demasiado, después de todo; mientras tanto, Josefina, libre ya de los afanes terrenos, que según ella están sin embargo destinados a los elegidos, se aleja casi jubilosamente en medio de la multitud innumerable de héroes de nuestro pueblo, para entrar muy pronto como todos sus hermanos, ya que desdeñamos la historia, en la exaltada redención del olvido.

# Apéndice

## **Capítulo primero del libro *Ricardo y Samuel***

Por Max Brod y Franz Kafka

### **Nota Preliminar**

La primera publicación de este trozo «Herderblättern» (Praga, 1912) llevaba como introducción la nota siguiente:

Bajo el título *Ricardo y Samuel — Un breve viaje a través de las regiones de Europa central*, se incluirán en un corto volumen los diarios de viaje paralelos de dos amigos de diferente carácter.

Samuel es un joven de mundo, muy seriamente decidido a obtener sólidos conocimientos de Gran Estilo y un juicio correcto sobre todas las cuestiones de la vida y del arte, sin volverse, sin embargo, ni pedante ni estéril. Ricardo no tiene ninguna esfera definida de intereses, se deja llevar por imprevisibles sentimientos y, más aún, por sus debilidades; pero dentro de su reducida y arbitraria esfera demuestra tanta intensidad e inocente independencia que en ningún momento llega a ser francamente risible. En cuanto a profesión, Samuel es secretario de una sociedad artística; Ricardo, empleado de Banco. Samuel dispone de medios, sólo trabaja porque no soporta una vida ociosa; Ricardo, en cambio, debe vivir de su trabajo, por otra parte impecable y muy apreciado por sus superiores.

Aunque compañeros de colegio, el viaje aquí descrito es la primera ocasión en que se encuentran juntos durante un lapso considerable. Se aprecian bastante, aunque se consideran mutuamente incomprendibles. Esta atracción y esta repulsión se manifiestan de diversas maneras. Se describirá cómo esta relación se convierte primero en una fervorosa intimidad, y luego, después de muchos incidentes en el peligroso ambiente de Milán y de París, se transforma en una tranquila y sólida comprensión varonil. El viaje termina cuando ambos amigos deciden cooperar con sus respectivos talentos en una nueva y original empresa artística.

Presentar los muchos matices posibles de una amistad entre dos hombres, y al mismo tiempo mostrar los países recorridos bajo una doble luz y ángulo diferentes, con una frescura y un significado a menudo injustamente reservados a la descripción de países exóticos, tal es el propósito de este libro.

### **El primer viaje largo en tren**

(Praga-Zurich)

SAMUEL: Partida 26, VIII, 1911; mediodía, 13 horas 2 minutos.

RICARDO: Al ver a Samuel, que hace una breve anotación en su calendario habitual de bolsillo, se me ocurre nuevamente la vieja y hermosa idea de que cada uno de nosotros lleve un diario de este viaje. Se la comunico. Primero disiente, luego consiente, da razones para ambas actividades; las entiendo en ambos casos sólo superficialmente, pero no importa; basta que llevemos los diarios en cuestión. Ahora vuelve a reírse de mi cuaderno de apuntes, forrado con tela de hilo negra, nuevo, demasiado grande, cuadrado y que más bien parece un cuaderno de deberes escolares. Preveo que será difícil y en todo caso incómodo llevar este cuaderno en el bolsillo durante todo el viaje. Pero de todos modos puedo comprarme uno más práctico en Zurich. Samuel tiene también una estilográfica. Se la pediré de vez en cuando.

SAMUEL: En una estación, justo frente a nuestra ventanilla, un vagón lleno de campesinas. Sobre el regazo de una que ríe, otra duerme. Se despierta, nos hace un gesto, sugestivamente, en su semisueño: «Vengan.» Como si se burlara de nosotros

porque no podemos ir. En el compartimiento contiguo, una mujer morena, heroica, completamente inmóvil. Con la cabeza muy erguida, mira todo el tiempo por la ventanilla. Sibila deifica.

RICARDO: Pero lo que no me gusta es su manera de saludar a las campesinas, confianzuda, falsamente galante, casi versallesca. Ahora el tren se pone en movimiento, Samuel se queda solo con su sonrisa demasiado amplia y los saludos de su gorra. ¿Exageraré? Samuel me lee su primera anotación, me produce una gran impresión. Debí prestar más atención a las campesinas. El guarda pregunta, bastante vagamente, como si se dirigiera a personas que han recorrido a menudo esta línea ferroviaria, si alguien quiere tomar café en Pilsen. Si uno acepta, coloca en la ventanilla una tarjetita verde por cada café, como hacían antes en Misdroy, cuando no había muelle de desembarco y los vapores izaban banderines desde lejos para anunciar el número de botes que se necesitarían para desembarcar a los pasajeros. Samuel no conoce Misdroy. Lástima que no fui nunca con él. Aquella vez era muy hermoso. Esta vez también será maravilloso. El viaje es demasiado veloz, se termina demasiado pronto; ¡los deseos que tengo ahora de hacer viajes largos! ¡Qué comparación anticuada la anterior, porque ya hace cinco años que existe el muelle de Misdroy! Café en Pilsen, en el andén. No es obligatorio tomarlo, aunque se tenga tarjeta, y también lo sirven sin ella.

SAMUEL: Desde el andén vemos a una muchacha desconocida que mira por la ventanilla de nuestro compartimiento, más tarde Dora Lippert. Bonita, de nariz ancha, poco escote en una blusa blanca de encaje. Cuando el viaje prosigue, primer incidente que nos hace amigos: su vasto sombrero, en un forro de papel, vuela suavemente desde el portaequipaje y se posa en mi cabeza. Descubrimos que es hija de un oficial transferido a Innsbruck y que viaja para visitar a sus padres, a quienes no ha visto desde hace mucho tiempo. Trabaja en una oficina técnica de Pilsen, todo el día; tiene poco que hacer, pero le gusta; está muy contenta con su vida. En la oficina la llaman «nuestro pollito mimado», «nuestra golondrinita». Es la más joven; los demás son hombres. ¡Oh, es muy divertida la oficina! Truecan los sombreros en los guardarropas, clavan los bollitos del desayuno en el escritorio o le pegan con cola a alguien el lapicero sobre la carpeta. También nosotros tenemos ocasión de compartir una de esas «divinas» bromas. En efecto, la joven envía una tarjeta postal a sus compañeros de oficina, donde les dice: «Por desgracia, lo que me habían predicho ha ocurrido. Subí a un vagón equivocado y ahora me encuentro en Zurich. Cariñosos saludos.» Debemos enviar esa tarjeta desde Zurich. Espera que seamos «hombres de honor» y que no agreguemos nada por nuestra cuenta. En la oficina, naturalmente, se preocuparán, telegrafiarán, Dios sabe lo que harán. Es wagneriana, no se pierde ninguna representación de óperas de Wagner («tendrían que haber visto a la Kuz el otro día en *Isolda*»); justamente está leyendo la correspondencia de Wagner con la Wesendonck, se lleva el libro con ella a Innsbruck; un señor, naturalmente el que le toca todas las partituras para piano, se lo ha prestado. Ella, por desgracia, tiene poco

talento para el piano; ya nos dimos cuenta cuando nos tarareó algunos *leitmotiv*. Colecciona el papel plateado de los chocolates y hace con él una gran bola que lleva consigo, además. Esta bola está destinada a una amiga con propósitos ulteriores desconocidos. También junta vitolas de cigarros, seguramente destinadas al adorno de una bandeja. La aparición del primer guarda bávaro la induce a expresarnos con brevedad y gran dogmatismo sus opiniones sobre los militares austriacos y los militares en general, bastante contradictorias y ambiguas para la hija de un oficial. En efecto, no sólo considera flojos a los militares austriacos, sino también a los alemanes y a todo militar en general. Pero ¿no corre a la ventana de la oficina cuando pasa una banda militar? Tampoco, porque no son verdaderos militares. Sí, su hermano menor es diferente. Siempre bailando en el casino de oficiales de Innsbruck. Pero a ella no le impresionan los uniformes, y los oficiales menos. Evidentemente, el señor que le presta las partituras tiene en parte la culpa de esto; pero también la tienen nuestros paseos de ida y vuelta por el andén de la estación de Furth, porque le parece tan refrescante pasear después del viaje en tren y se acaricia las caderas con la palma de las manos. Ricardo defiende al ejército, pero muy seriamente. Sus expresiones favoritas: divino — con cero cinco de aceleración — sacar volando — listo — flojo.

RICARDO: Dora L. tiene mejillas redondas, con abundante vello rubio; pero tan desangradas que habría que hundir largo tiempo los dedos en ellas para conseguir enrojecerlas un poco. Su corsé está mal hecho, el borde superior forma arrugas en la blusa; hay que volver los ojos hacia otra parte.

Me alegro de estar sentado frente a ella y no a su lado, porque no puedo hablar con alguien que está sentado a mi lado. Samuel, por ejemplo, prefiere sentarse a mi lado; también le gusta sentarse al lado de Dora. Yo, en cambio, me siento como torturado cuando alguien se sienta a mi lado. Después de todo, uno no tiene la mirada preparada para ver al interlocutor; es necesario primeramente volver los ojos. Sin embargo, especialmente cuando el tren se mueve, el hecho de estar sentado frente a Dora y Samuel me obliga de vez en cuando a perder parte de su conversación; no se puede gozar de todas las ventajas a la vez. En cambio, ya los he visto quedarse callados, apenas un instante, naturalmente; por supuesto, no por mi culpa.

La admiro; es tan musical. Samuel, en cambio, parece sonreír irónicamente cuando ella entona algo en voz baja. Tal vez no lo haga muy correctamente; pero de todos modos, ¿no es admirable que una muchacha que vive sola en una gran ciudad se interese tan profundamente por la música? Ha alquilado un piano y se lo ha llevado a su cuarto, que también es alquilado. Hay que imaginarse una transacción tan complicada como el transporte de un piano (*pianoforte!*), que a veces representa dolores de cabeza para una familia entera, y esta frágil muchacha. ¡Cuánta independencia y resolución implica ese simple hecho!

Le pregunto cómo vive. Vive con dos amigas; por la noche, una de ellas compra la cena en un almacén; se divierten mucho juntas y se ríen bastante. Mientras escucho, me doy cuenta de pronto que todo esto ocurre a la luz del petróleo, lo que

me parece notable, pero no digo nada. Evidentemente, poco le importa la falta de luz, porque con una energía como la suya seguramente podría obtener de la dueña de casa mejor iluminación, si alguna vez se le antojara.

Como al correr de la conversación tiene que mostrarnos todo lo que lleva en su valija, vemos también una botella de remedio, con algo horrible y amarillo en su interior. Entonces nos enteramos de que no está muy bien de salud, que estuvo enferma mucho tiempo. Y después siguió siempre bastante débil. En aquella circunstancia, el mismo jefe le aconsejó (son todos tan atentos con ella) que sólo trabajara medio día en la oficina. Ahora está mejor, pero todavía tiene que tomar este específico, a base de hierro. Yo le advierto que convendría tirarlo por la ventanilla. Ella está de acuerdo inmediatamente conmigo (el líquido tiene un gusto espantoso), pero no puedo conseguir que me tome en serio, por más que yo, inclinándome hacia ella más que nunca, le explico mis convicciones bastante claras sobre la necesidad de un tratamiento natural para el organismo humano, y todo con la honesta intención de serle útil o por lo menos de salvar de un peligro a esta jovencita sin experiencia, y es así que por lo menos durante un instante me siento como una especie de feliz providencia para ella. Como no cesa de reír, me callo. También me desagrada que Samuel, durante toda mi disquisición, menee la cabeza. Ya lo conozco. Cree en los médicos y considera ridículo todo tratamiento natural. Lo comprendo muy bien; no ha necesitado nunca del médico y, por lo tanto, no se ha puesto nunca a pensar seriamente en el asunto; por ejemplo, no puede ponerse en el lugar de alguien que tenga que beber ese asqueroso específico. Si yo hubiera estado a solas con la joven, la habría convencido pronto. Porque si no tengo razón en estas cosas, no la tengo en nada.

Desde el primer momento supe perfectamente cuál era el origen de su anemia. La oficina. Se puede tomar en broma, como cualquier otra cosa en el mundo, la vida de oficina (y esta joven la toma honestamente en broma, está completamente ilusionada); pero no su esencia, sus desdichadas consecuencias. Yo sé por experiencia lo que digo. Imagínese entonces lo que será una muchacha sentada ante su escritorio, ni siquiera sus faldas están hechas para eso, cómo habrán de deformarse, frotándose todo el tiempo, durante horas, sobre un duro asiento de madera. Y de igual modo, esas redondas nalgas estarán oprimidas, y también el pecho contra el borde del escritorio. ¿Exagero? Sin embargo, una muchacha en un escritorio me parece siempre un espectáculo deprimente.

Samuel ha llegado ya a una gran intimidad con ella. Hasta la ha inducido, lo que a mí no se me habría ocurrido jamás, a venir con nosotros al vagón-comedor. Entramos en dicho vagón, entre pasajeros desconocidos, con un aire increíble de intimidad. Es de notar que para fortificar una amistad basta con buscar un nuevo ambiente. Esta vez me siento al lado de ella; bebemos vino; nuestros brazos se tocan; nuestro espíritu común de vacacionistas nos convierte realmente en una familia.

Samuel, a pesar de su viva resistencia, multiplicada por la lluvia torrencial, la ha

obligado a aceptar que aprovechamos la media hora de parada en Munich para dar un paseo en automóvil. Mientras él va a tomar un taxímetro, ella me dice bajo las arcadas de la estación, apretándome el brazo: «Por favor, suspendan este paseo; no puedo acompañarlos. No cabe la menor duda. Se lo digo a usted, porque confío en usted. Con su amigo no se puede hablar. ¡Es tan loco!» Subimos al automóvil; para mí todo esto es bastante desagradable, me recuerda mucho una película llamada *La esclava blanca*, donde la inocente heroína es introducida, como ésta, en un automóvil por unos desconocidos, a la salida de una estación, en la oscuridad, y luego raptada. Samuel, en cambio, está en buen humor. Como la estructura del automóvil nos impide la visión, de cada edificio sólo vemos, con esfuerzo, la planta baja. Es de noche. Perspectiva de sótano. Samuel, en cambio, deduce fantásticas informaciones sobre la altura de los castillos y las iglesias. Como Dora en su oscuro rincón permanece en su mutismo, y me temo mucho una escena de lágrimas, Samuel termina por desanimarse y le pregunta, a mi entender demasiado convencionalmente: «¿Cómo? ¡Supongo que no estaré enojada conmigo, señorita! ¿La he disgustado en algo?», y así sucesivamente. Ella replica: «Ya que estoy aquí, no quiero estropearles la diversión. Pero no hubieran debido obligarme. Cuando digo *no*, no me faltan razones. No debía acompañarlos.» «¿Por qué?», pregunta él. «No puedo decírselo. Usted mismo tendría que comprender que no está bien para una joven pasearse así, de noche, con dos señores. Pero no es sólo eso. Considere que estoy comprometida...» Adivinamos, cada uno por nuestra cuenta, con silencioso respeto, que esto tiene algo que ver con el señor wagneriano. Bueno, yo no tengo que reprocharme nada, pero de todos modos trato de animarla. También Samuel, que hasta la trató con un poco de condescendencia, parece arrepentido, y se reduce a hablar solamente del viaje. El chófer, a pedido nuestro, proclama los nombres de las invisibles maravillas que nos rodean. Los neumáticos rumorean sobre el asfalto mojado, como un aparato cinematográfico. Nuevamente *La esclava blanca*. Esas calles vacías, largas, mojadas, negras. Lo más visible son las grandes ventanas sin cortinas del restaurante «Cuatro Años», que ya conocíamos como el lugar más elegante de Munich. Reverencia de un criado de librea ante una mesa llena de gente. Al pasar por un monumento, que tenemos la luminosa idea de anunciar como el famoso monumento a Wagner, Dora demuestra algún interés. Se nos concede detenernos un poco junto al Monumento a la Libertad, con sus fuentes que manan bajo la lluvia. Un puente sobre el río Isar, apenas adivinado. Hermosas mansiones señoriales a lo largo del Jardín Inglés. Ludwigstrasse, la iglesia de los Teatinos, Feldherrnhalle, la cervecería Pschorr. No sé lo que me ocurre; no reconozco nada, aunque ya estuve varias veces en Munich. La puerta de Sendlinger. La estación, a la que yo deseaba ansiosamente (sobre todo por Dora) llegar a tiempo. Es así que como un resorte perfectamente calculado hemos atravesado zumbando la ciudad en veinte minutos justos, por el taxímetro.

Escoltamos a nuestra Dora, como si fuéramos sus parientes de Munich, hasta un vagón rápido a Innsbruck, donde una señora vestida de negro, más temible que

nosotros, le ofrece su protección para la noche. Sólo ahora comprendo que se nos puede confiar tranquilamente a una muchacha.

SAMUEL: El asunto de Dora ha sido un completo fracaso. Más avanzaba, peor se volvía. Yo tenía la intención de interrumpir el viaje en Munich y pasar allí la noche. Hasta la cena, más o menos a la altura de Regensburg, me pareció que no habría inconveniente. Traté de poner al tanto a Ricardo, mediante un par de palabras que le escribí en una tarjeta. Parece no haberlas leído; sólo pensó en esconder la tarjeta. Después de todo, no me importa nada, la insípida mujercita no valía mucho. Pero Ricardo hizo grandes aspavientos, con sus ceremoniosos consejos y sus galanterías. Eso la incitó a multiplicar sus estúpidos coqueteos, que especialmente en el automóvil me parecieron insoportables. Al despedirse, como era de esperar, se volvió ridículamente sentimental; Ricardo, que naturalmente le llevaba la maleta, se comportó como si ella le hubiera otorgado inmerecidos favores; me invadió una penosa sensación. Para decirlo en pocas palabras: las mujeres que viajan solas o que de cualquier modo desean ser consideradas independientes no deben recaer en la habitual y hoy tal vez anticuada debilidad de la coquetería, atrayendo de pronto y de pronto repeliendo, y tratando de obtener alguna ventaja en la confusión subsiguiente. Esa actitud es fácil de desenmascarar, y uno se alegra pronto de hacerse repeler mucho más lejos de lo que ella probablemente hubiera querido.

Entramos en el compartimiento, donde para sobresalto de Ricardo habíamos abandonado nuestro equipaje. Ricardo hace sus habituales preparativos para dormir, enrolla su manta como almohada y deja colgar su abrigo como un baldaquín sobre su cara. Me gusta comprobar que, por lo menos cuando se trata de su sueño, no le importa nada de los demás; por ejemplo, apaga la luz sin preguntarme nada, aunque sabe que yo no puedo dormir en el tren. Se tiende sobre su asiento, como si tuviera más derecho sobre él que los demás viajeros. Se duerme inmediatamente, como un santo. Y, sin embargo, el individuo se queja todo el tiempo de su insomnio.

Además de nosotros, viajan en el compartimiento dos jóvenes franceses (estudiantes de Ginebra). Uno de ellos, de pelo negro, ríe todo el tiempo, aun del hecho de que Ricardo no le deje lugar para sentarse (tan estirado está); luego, aprovechando un instante en que Ricardo se levanta y pide a los presentes que no fumen tanto, recupera una parte del lecho de Ricardo. Estas pequeñas disputas entre personas de distinto idioma son mudas y, por lo tanto, mucho más intrascendentes, sin disculpas y sin reproches. Los franceses tratan de acortar la noche pasándose mutuamente una lata de bizcochos o liando cigarrillos o saliendo a cada instante al corredor, llamándose, volviendo a entrar. En Lindau (ellos dicen «Lendó»), se ríen alegremente del guarda austriaco, y bastante fuerte, teniendo en cuenta la hora avanzada. Los guardas de un país extranjero parecen irresistiblemente cómicos, como nos pareció el bávaro de Furth, con su enorme maleta roja que le golpeaba los tobillos. Una larga y persistente visión del lago de Constanza, terso e iluminado por las luces del tren, hasta las lejanas luces de la orilla opuesta, oscura y neblinosa. Un

antiguo poema escolar acude a mi memoria: *El jinete sobre el lago de Constanza*. Paso un buen rato tratando de recordarlo. Entran tres suizos, a empujones. Uno de ellos fuma. Otro, que permanece después que los dos primeros descienden, es al principio inexistente, pero por la mañana adquiere forma. Ha puesto fin a las disputas entre Ricardo y el francés moreno, decidiendo que ninguno de los dos tiene razón, y sentándose rígidamente entre ambos durante todo el resto de la noche, con el bastón de montaña entre las piernas. Ricardo demuestra que también puede dormir sentado.

Suiza me asombra porque sus casas se elevan aisladas, con un aspecto por lo tanto de sólida y enfática independencia, en todas las pequeñas ciudades y pueblitos de la línea ferroviaria. En St. Gall no están agrupadas en calles. Tal vez sea una prueba del buen individualismo germano, alentado por las desigualdades del terreno. Las casas, con sus persianas verde oscuro y mucho verde en los aleros y las barandas, parecen más bien mansiones particulares. Y, sin embargo, albergan una firma comercial, sólo una, porque la familia y el negocio parecen inseparables. Esta idea de instalar negocios en las casas particulares me recuerda bastante la novela de R. Walsers *El ayudante*.

Hoy es domingo, 27 de agosto; son las cinco de la mañana. Todas las ventanas están todavía cerradas; todo duerme. Constantemente tenemos la sensación de que nosotros, encerrados en este tren, estamos respirando el único aire malsano en muchos kilómetros a la redonda, mientras el paisaje se desarrolla y se revela de una manera natural, que sólo puede ser observado correctamente desde un tren nocturno, a la luz de una lámpara constantemente encendida. Al principio, las oscuras montañas lo comprimen como un valle extraordinariamente angosto entre ellas y el tren; más tarde, la niebla matutina lo ilumina blancamente, como a través de pantallas de iluminación indirecta; las praderas aparecen paulatinamente frescas, como si nunca las hubieran tocado; verdes de savia, lo que me asombra mucho en este año de sequía; finalmente, el sol que asciende hace palidecer el pasto en una lenta transformación. Los árboles, con pesadas y grandes stalactitas, que descienden a lo largo del tronco, hasta el mismo pie del árbol.

Formas como éstas se ven a menudo en los cuadros de los pintores suizos; hasta ahora yo las había creído una estilización.

Una madre con sus criaturas inicia el paseo dominical por el nítido camino. Esto me recuerda a Gottfried Keller, que fue criado por su madre.

En todos los campos de pastoreo, las cercas divisorias más cuidadas del mundo; muchas están hechas de maderos grises, afilados en la punta como lápices; a menudo esos troncos están partidos en dos. Así partíamos, cuando niños, los lápices, para obtener el grafito. Cercas como éstas no he visto nunca. De este modo, cada país nos ofrece algo nuevo en su vida diaria, y, llevado por el placer de estas impresiones, uno debe cuidarse de no pasar por alto lo extraordinario.

RICARDO: Suiza, en las horas matutinas, abandonada a sí misma. Samuel me despierta, ostensiblemente para mostrarme un puente notable, que ya ha

desaparecido, antes que yo me asome, y mediante esta acción directa se proporciona a sí mismo quizá la primera fuerte impresión de Suiza. Al principio, durante demasiado tiempo, la veo desde un crepúsculo interior como un crepúsculo exterior.

Esta noche dormí desacostumbradamente bien, como casi siempre en un tren. Mis noches de tren son francamente una labor minuciosa. Me acuesto, la cabeza en último término; como preliminar pruebo brevemente diversas posiciones, me aíslo de todos los que me rodean, por más que miren desde todos los ángulos, cubriendome la cara con el abrigo o con mi gorra de viaje, y poco a poco me deslizo hacia el sueño, gracias al placer inicial que la adopción de una nueva posición me proporciona. Al principio, naturalmente, la oscuridad es una buena ayuda, pero más tarde se vuelve casi superflua. La conversación también puede proseguir, aunque la imagen de un durmiente decidido es una advertencia que aun el charlatán más lejano no puede pasar por alto. Porque no existe lugar donde se sienten más cerca una de otra las formas más opuestas de vida; una proximidad directa y sorprendente, y, como consecuencia de su mutua y continua contemplación, en muy breve lapso comienzan a influirse mutuamente. Y, aunque un durmiente no induzca a los demás al sueño, lo obliga a hacer menos ruido o fomenta su capacidad de meditación hasta el punto de fumar un cigarrillo, como por desgracia ocurre en este viaje, donde en medio de la pura atmósfera de mis tranquilos sueños tuve que inhalar nubes de humo de cigarrillo.

Me explico de la manera siguiente esta facilidad mía para dormir en los trenes: que mi nerviosidad, originada por el exceso de trabajo, no me deja generalmente dormir por el estrépito que provoca en mi interior, tan exacerbado de noche por todos los ruidos casuales de la vasta casa de departamentos y de la calle, del rodar de todos los vehículos que se aproximan, todos los apostrofes de los ebrios, todos los pasos que suben la escalera, hasta el punto que mi irritación llega muchas veces a culpar injustamente a todos estos ruidos exteriores; en cambio, en el tren, la homogeneidad de los ruidos, el juego de los elásticos del vagón, el roce de las ruedas, el choque de los extremos de los rieles, la vibración de toda la estructura de madera, de vidrio y de hierro, crea una especie de nivel como de completa tranquilidad, que me permite dormir con toda la apariencia de un hombre sano. Esta apariencia, naturalmente, no resiste, por ejemplo, un estridente silbido de la locomotora, o una disminución del ritmo de las ruedas, o más claramente la sensación de entrar en una estación, que se transmite a través de mi entero sueño como a través de todo el tren, hasta despertarme. Entonces oigo sin asombrarme el anuncio de los nombres de lugares por donde no me imaginé nunca que pasaría, como ahora Lindau, Constanza, creo que también Romanshorn, y me proporcionan menos placer que si sólo hubiera soñado con ellos; más aún, sólo me molestan. Si me despiertan cuando el tren está en movimiento, mi despertar es más violento, porque está contra toda la naturaleza del sueño ferroviario. Abro los ojos y dirijo la mirada hacia la ventanilla, no veo gran cosa, y lo que veo es aprehendido con las perezosas facultades de un soñador. Sin

embargo, podía jurar que en algún lugar de Württemberg, como si hubiera conocido íntimamente Württemberg, a eso de las dos de la madrugada, vi a un hombre asomado sobre la baranda de la terraza de su casa de campo. Detrás de él se veía la puerta entreabierta de su despacho iluminado, como si sólo hubiera salido para refrescarse las ideas antes de acostarse... En la estación de Lindau y en las cercanías, tanto al entrar como al salir, oí cantidad de cantos en la noche, y aunque es fácil en un viaje como éste, durante la noche del sábado al domingo, recoger largos trechos de abundante vida nocturna, que apenas perturba levemente el sueño, esto hace que nuestro sueño parezca más profundo y la perturbación exterior mucho más ruidosa. Los guardas, además, a quienes vi a menudo pasar corriendo frente a mi oscura ventanilla y que no pretendían despertar a nadie, sino cumplir con su deber, gritaban en el vacío de la estación, con exceso de voz, una sílaba del nombre del lugar junto a nuestro comportamiento y las demás en los otros. Mis compañeros de viaje se sentían impelidos a reconstruir el nombre o se levantaban para volver a limpiar, como siempre, la ventanilla y leer directamente el nombre en cuestión; pero pronto volvía a caer mi cabeza sobre la madera.

De todos modos, cuando uno tiene la suerte de poder dormir tan bien como yo en los trenes —Samuel se pasa toda la noche sentado, con los ojos abiertos, según él—, no se le debería despertar hasta que llegue a su punto de destino, en vez de obligarlo a interrumpir de pronto su sueño, con la cara grasienta, el cuerpo sudado, el pelo aplastado en todas direcciones, con una vestimenta y una ropa interior que ya han soportado veinticuatro horas de ferrocarril sin ser lavadas ni aireadas, acurrucado en un rincón del compartimiento y forzado a seguir viaje en esas condiciones. Si uno tuviera suficiente energía, suprimiría el sueño; pero, en cambio, uno se reduce a envidiar secretamente a las personas que como Samuel, tal vez sólo durmieron intermitentemente, pero que por eso mismo pudieron prestarse más atención a sí mismos; que han gozado de plena conciencia durante casi todo el viaje y que han mantenido su entendimiento claro e impoluto a través de todas las opresiones del sueño, a las que también ellos se vieron quizá expuestos. En efecto, durante toda la mañana me sentí a merced de Samuel.

Estábamos de pie junto a la ventanilla; yo sólo por complacerlo; él me mostraba lo que podía verse de Suiza, me contaba lo que no había visto durante el sueño, y yo asentía y me asombraba tal como él lo deseaba. Es una suerte, sin embargo, que él o no entienda esos estados míos, o no los advierta, porque justamente en esos momentos se muestra más amable conmigo que cuando más me lo merezco. Pero yo sólo pensaba, con toda seriedad, en la Lippert. Sólo puedo formarme una opinión verdadera sobre una persona que he conocido hace poco, especialmente si es una mujer, con mucha dificultad. En efecto, mientras la amistad está en vías de formación, prefiero observarme a mí mismo, lo que me da bastante que hacer, y es así que sólo advierto una parte ridículamente pequeña de todo lo que durante dicho período vagamente sentí e inmediatamente perdí. En el recuerdo, en cambio, estas

amistades adquieren vastos y adorables aspectos, ya que allí están calladas, sólo se ocupan de sus propios asuntos, y gracias a su completo olvido de nuestra presencia demuestran su indiferencia hacia nuestra amistad. Pero también había otro motivo que me hacía añorar a Dora, la muchacha más reciente en mi memoria. Esta mañana Samuel no me servía. Acepta como amigo hacer un viaje conmigo, pero esto no significa gran cosa. Esto sólo quiere decir que tendré a mi lado durante todos los días de este viaje a un hombre completamente vestido, cuyo cuerpo sólo podré ver durante el baño, sin tener, por otra parte, el más mínimo deseo de ese espectáculo. Samuel, seguramente, me permitiría apoyar la cabeza sobre su pecho, si yo quisiera llorar sobre él, pero realmente, al ver su rostro masculino, su móvil barba puntiaguda, su boca que de pronto se cierra con firmeza —no necesito seguir—, ¿cómo podrían acudirme a los ojos las lágrimas liberadoras?

## Tres críticas

### Una novela de la juventud

Felix Sternheim: *La historia del joven Oswald*. Hyperionverlag, Hans von Weber, Munich, 1910.

Quiérase o no, éste es un libro que hará felices a los jóvenes.

Tal vez el lector, cuando empieza a leer esta novela de forma epistolar, deba necesariamente sentirse un poco ajeno, porque no es posible que un lector incline su cabeza y con el primer impulso se introduzca en la invariable corriente de un sentimiento. Y tal vez esa situación del lector sea causa de que al principio se le aparezcan bajo una luz meridiana las debilidades del autor: una terminología pobre, visitada por la sombra de Werther, que lastima el oído con su siempre «dulce» y su siempre «querido»; un éxtasis incesantemente repetido, cuya plenitud no cede, y que, dependiendo a menudo sólo de las palabras, cruza sin vida las páginas de la obra.

Pero cuando el lector se familiariza, obtiene una posición inexpugnable, cuyo suelo es el mismo que el suelo de la historia, y con ella vibra, y no es difícil entonces descubrir que el autor es casi más necesario a la forma epistolar que ella a él. La forma epistolar implica describir una rápida vicisitud de un estado permanente, sin que la rápida vicisitud sufra las consecuencias de su rapidez; implica dar a conocer un estado permanente mediante un grito y que la permanencia coexista con el grito. Permite demorar el desarrollo sin peligro, porque mientras el hombre, cuyos autorizados transportes nos emocionan, escribe sus cartas, ningún poder podría alcanzarlo, las cortinas están bajas, y en pleno reposo de todo su cuerpo desplaza uniformemente su mano sobre papel. Habrá cartas de la noche, escritas casi en

sueños; cuando más grandes son los ojos, más pronto se cierran. Habrá dos cartas, escritas una después de otra, a diferentes personas, y la segunda con una cabeza que sólo piensa en la primera. Habrá cartas escritas de tarde, de noche y de mañana, y el rostro de la mañana se superpone al rostro ya irreconocible recordado por la noche, todavía con la comprensión en los ojos del rostro de tarde. Las palabras «Amada, amada Margarita», aparecen escondidas entre dos largas frases, las rechazan por sorpresa y obtienen absoluta libertad.

Y entonces nos olvidamos de todo, de la fama, del arte poético, de la música, y nos perdemos, tal como somos, en esa tierra estival, donde los campos y las praderas, «como en los campos de Holanda, están atravesados por angostos y oscuros canales»; donde, rodeado de muchachas adultas, de criaturas y de una mujer experimentada, Oswald se enamora de Margarita, al compás de breves frases habladas. Esta Margarita vive en la más profunda calma de la novela; desde todos lados, incesantemente, nos precipitamos hacia ella. De vez en cuando, hasta perdemos de vista a Oswald; a ella no, y aun a través de la risa estrepitosa de su pequeño mundo la vemos como a través de un follaje. Sin embargo, apenas la vemos, vemos su rostro sencillo, y ya estamos tan cerca de ella que no podemos verla, apenas la sentimos próxima, y ya nos alejamos, y la vemos diminuta, lejos. «Apoyó su cabecita sobre la balaustrada de abedul, y la luna ilumino a medias su rostro.»

La admiración por ese verano en el corazón..., quién se atrevería a decirla, o más bien quién se atrevería a enunciar la fácil comprobación de que desde aquí en adelante tanto el libro como el héroe, el amor, la confianza, todas las cosas hermosas, francamente fenecen, mientras que sólo el arte poético del héroe vence, una circunstancia que, como consecuencia de su poca importancia, ni siquiera es dudosa. Es así que el lector, a medida que se acerca al final, con más intensidad desea volver a aquel verano inicial y, finalmente, en vez de seguir al héroe a la roca del suicidio, retorna dichoso a aquel verano, donde quisiera demorarse siempre.

## Sobre las Anécdotas de Kleist

Es un espectáculo cuando las grandes obras, a pesar de una arbitraria fragmentación, continúan viviendo de su indivisible esencia, tal vez llamando extraordinariamente la atención de nuestros tristes ojos. Por eso toda edición aislada, que la estudiosa atención confina de una vez por todas en un límite definido, presenta verdaderas ventajas; especialmente cuando respeta, como esta *Colección de anécdotas* de Kleist, una nueva unidad, y aumenta así formalmente el conjunto de las obras de Kleist. Lo aumenta, aun cuando ya conozcamos todas estas anécdotas, lo que, para felicidad de muchos, no es el caso. El conocedor podrá naturalmente aclarar por qué muchas de estas anécdotas faltan en las diversas ediciones completas, aun en la Tempelausgabe; el no conocedor no lo comprenderá y por eso mismo preferirá con

más intensidad este nuevo texto que la Rowohlt Verlag, en clara impresión y sobria encuadernación (de paso nos parece notable el papel levemente coloreado), le ofrece por la pequeñez de dos marcos.

## Hyperión

En parte por obligación y en parte por propia decisión, a revista *Hyperion* pone fin a su labor, y sus doce blancos números, grandes como losas de piedra, aquí terminan. Su mención nos recuerda directamente los almanaques *Hyperion* de 1910 y 1911, en torno de los cuales acecha el público como en torno de las entretenidas reliquias de un muerto incómodo. El verdadero editor era Franz Blei, ese hombre tan digno de admiración, cuya actividad y sobre todo cuya variedad de talento han conducido a la más seria literatura, donde, sin embargo, no puede conformarse y permanecer, ya que con transformada energía se dedica a la fundación de revistas. El impresor era Hans von Weber, cuya imprenta se vio al principio oscurecida totalmente por la invasión de *Hyperion*, pero que hoy, sin apartarse hacia las vías laterales de la literatura, sin irradiar tampoco programas vulgares, ha llegado ser una de las imprentas alemanas más admiradas.

El propósito de estos fundadores de *Hyperion* era llenar con dicha revista ese vacío en el mundo de las revistas, que primero había conocido la revista *Pan*, que luego trató de llenar *Insel* y que desde entonces parecía deshabitado. Así comienza el error de *Hyperion*; puede decirse que ninguna revista literaria erró con más nobleza. En su época, *Pan* produjo en Alemania un beneficioso asombro que se ramificaba en mil formas, reuniendo y haciendo que alentaran entre sí las posibilidades todavía desconocidas, pero esencialmente contemporáneas; *Insel* se introdujo, mediante la adulación, donde más se sentía su superficial necesidad; una necesidad diferente, aunque de menor categoría; pero *Hyperion* no llenaba ninguna necesidad. Debió de ser una amplia y viviente representación para aquellos que viven en las fronteras de la Literatura; pero a éstos no les pareció apropiada y fundamentalmente no la deseaban. Aquellos cuya naturaleza los aleja de la vulgaridad no pueden sin detrimento aparecer en una revista, donde, en medio de las obras de los demás, se sienten como colocados ante una luz de candilejas y más aislados todavía que lo que naturalmente son; no necesitan, ademas, ninguna protección, porque la incomprendición no puede herirlos mientras permanecen en la oscuridad, y el amor los encuentra en todas partes; tampoco necesitan ningún aliento que les dé fuerzas, porque, si quieren seguir siendo verdaderos, sólo deben consumir sus propias fuerzas, de manera que no se les puede ayudar sin dañarlos previamente. Al abstenerse, sin embargo, *Hyperion* de estas posibilidades de las demás revistas, la de representar, la de señalar, la de proteger, la de dar fuerzas, no podía evitar ciertas penosas consecuencias: una exposición literaria tan múltiple como la de *Hyperion* atrae poderosamente, y sin posibilidad de defensa,

lo ficticio; por eso ocurría que, aunque en *Hyperion* hallaba lugar lo mejor de la literatura y el arte en general, no constituyó nunca, de ningún modo, una voz conjunta y definida, y en todo caso ningún provecho notable alcanzó a nadie fuera de los límites de la misma revista. Todas estas consideraciones, sin embargo, no significan que haya sido menor la felicidad que durante dos años implicó dicha revista, ya que el encanto del experimento, bárbaro en la medida en que todo heroísmo es bárbaro, relegaba lo demás al olvido; pero tales consideraciones hirieron profundamente a la revista y, como un reproche, si la indefinida indiferencia del público no hubiera sido prevista, le habrían permitido desaparecer. Desaparecer como un espíritu a quien se le termina el aire nocturno y que no fue poco poderoso, como lo son todos los espíritus buenos en nuestra vida, que él —sin preguntar formalmente si le era permitido— con nueva confusión quiso ordenar. Pero por eso mismo no desaparecerá su recuerdo, porque en las siguientes generaciones seguramente no habrá nadie que tenga la fuerza de voluntad, el vigor, la capacidad de sacrificio y la animosa suficiencia de reiniciar una empresa semejante, y por eso mismo comienza ya la inolvidada *Hyperion* a anular todas las hostilidades, y dentro de diez o veinte años será simplemente un tesoro bibliográfico.

### **Nota final de acuerdo con datos proporcionados por Max Brod**

En este volumen está reunido todo lo que Franz Kafka publicó personalmente, exceptuando los relatos *La metamorfosis*, *Primera tristeza* y *Un artista del hambre* (estos dos últimos pertenecientes al libro *Un artista del hambre*), excluidos del contrato de traducción castellana en virtud del cual se publica este libro.

Teniendo en cuenta esta excepción, el tomo presente contiene: 1) todos los libros que Kafka entregó a la imprenta en vida; 2) las pocas páginas que Kafka publicó (en diarios o revistas) fuera de sus libros. Los dos fragmentos en prosa *Conversación con el suplicante* y *Conversación con el ebrio*, que aparecieron en 1909 en el octavo número de la revista *Hyperion* (Ed. Hans von Weber, Munich), son trozos del relato *Descripción de una lucha*, que aparece en el quinto tomo de las *Obras completas*, volumen publicado en traducción castellana con el título de *La muralla china* (Emecé Editores, Buenos Aires); el texto publicado por Kafka en la revista *Hyperion* presenta supresiones con respecto al del relato. Con respecto a las críticas literarias de Kafka, por primera vez publicadas aquí en libro, Max Brod posee la primera (*Una novela de la juventud*) en forma de texto impreso en un periódico, las otras dos en forma de manuscrito. Los manuscritos relativos a las *Anécdotas* y a *Hyperion* están evidentemente destinados a la impresión, el primero de puño y letra de Kafka. (sólo el título es de Max Brod), y el segundo copiado por la limpia caligrafía de la hermana

de Kafka, Ottla, con título agregado por el mismo Kafka además de algunas correcciones suyas. Si estas dos últimas críticas fueron publicadas, y dónde, no se sabe. Puede ayudar a fecharlas el hecho de que la revista *Hyperion*, de Franz Blei, dejó de salir a fines de 1910. La crítica sobre *Una novela de la juventud* apareció en el diario *Bohemia* (Praga) el 16 de enero de 1910. En el mismo diario, el 28 de septiembre de 1909, *Aeroplanos en Brescia*, y el 27 de marzo de 1910, *Contemplaciones*, de los que se dan detalles en la biografía de Kafka escrita por Max Brod<sup>[1]</sup>.

En el apéndice de este tomo se encuentra, además, el primer capítulo de una novela, *Ricardo y Samuel*, escrito en colaboración con el nombrado escritor y publicado en *Herderblättern* (Praga, 1912, Ed. W. Haas). No se publicaron otros fragmentos de esta novela.

Las fechas de publicación de los libros son las siguientes: *Contemplación*, 1913, en la Ernst Rowohlt Verlag, Leipzig, con la dedicatoria «Para M. B.»; *La condena*, 1913, en el anuario *Arcadia*, Kurt Wolff Verlag, Leipzig, con la dedicatoria «Para la señorita Felice B.», y más tarde, en la edición como libro, «Para F.»; *La metamorfosis*, noviembre 1915, como volumen 22/23 de la colección *Der Jüngste Tag*, con una portada de Ottomar Starke, Kurt Wolff Verlag, Leipzig (en la misma colección se incluyeron *La condena* y *El fogonero*); *Un médico rural*, fines de 1909, en la Kurt Wolff Verlag, Munich y Leipzig, con la dedicatoria «A mi padre»; *En la colonia penitenciaria*, cuarto número de la nueva colección de las ediciones Drugulin en la Kurt Wolff Verlag, mayo 1919; *Un artista del hambre*, 1924, en la editorial «Die Schmiede», Berlín. Kafka leyó personalmente las primeras pruebas de este último libro, en su lecho de enfermo, y Max Brod supervisó las pruebas siguientes. Se ha conservado para los fragmentos en prosa el mismo orden y agrupamiento que Franz Kafka les diera en los libros nombrados, con las únicas dos excepciones siguientes: 1.º, la exclusión de los relatos *La metamorfosis*, *Primera tristeza* y *Un artista del hambre* por las razones expuestas; 2.º, la ubicación del cuento *La condena* que da título a este volumen de la traducción castellana y que en la edición alemana va colocado después de la serie *Contemplación*. Cuando los libros están formados por trozos aislados, no se debe considerar casual su ordenación. Dichos libros causaron impresión como una unidad simple y como tal pertenecen a 1a historia de la literatura. Por ese motivo el trozo *Ante la ley* corresponde a la colección *Un médico rural*, a pesar de encontrarse también repetido en el texto de la novela *El proceso*. El relato *El fogonero* no aparece en este tomo, porque es el primer capítulo de la novela *América*<sup>[2]</sup>.

# **Notas**

[1] Traducción castellana: Max Brod, *Kafka*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1951. <[<](#)

[2] Traducción castellana: Franz Kafka *América* Emecé/Alianza Editorial. <<